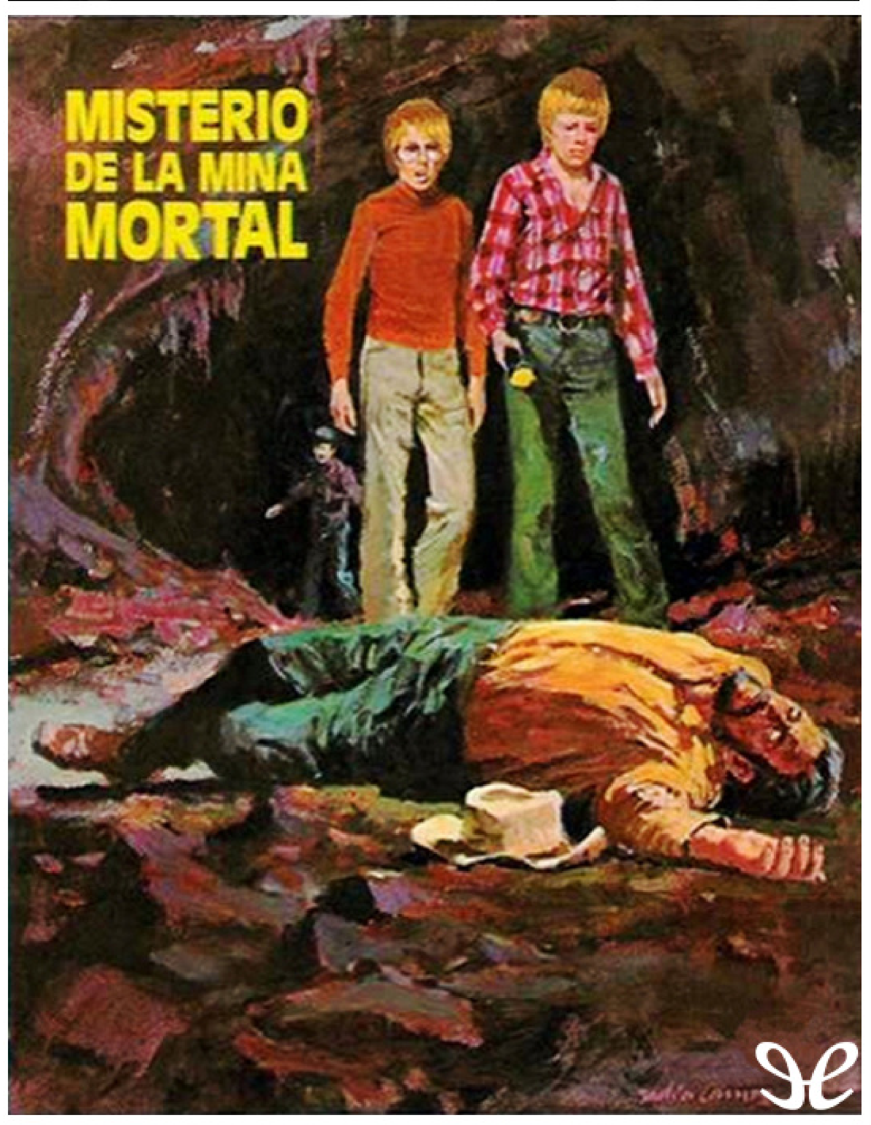
ALFRED HITCHCOCK Y

LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

# Misterio de la mina mortal

## Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 24

**ePub r1.3**

**Titivillus** 02.10.16

Título original: *The mystery of death trap mine*
M. V. Carey, 1976
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



## *Unas palabras de Alfred Hitchcock*

¡Saludos, amantes de lo misterioso!

Una vez más, os invito a tomar parte en las hazañas de los Tres Investigadores, ese trío de arrojados jóvenes detectives que se han especializado en la resolución de enigmas de carácter poco habitual y especialmente raros. Espero que aquellos de vosotros que tengáis valor suficiente, disfrutéis acompañándolos en su viaje a una remota ciudad minera de Nuevo México. En una de sus minas abandonadas yace un hombre muerto para acusar a un bribón vivo; allí, una misteriosa mujer… ¡Eh! ¡No debo precipitarme!

Por si todavía no estáis familiarizados con los Tres Investigadores, os diré que el jefe del grupo se llama Jupiter Jones, un chico corpulento, dotado de excelente memoria y de unas dotes asombrosas para la deducción. Pete Crenshaw es ágil y atlético, pero en sus momentos bajos suele deplorar la inclinación de Jupiter por remover ciertas cosas que les ponen en apuros. Bob Andrews es un muchacho estudioso y se encarga de la documentación y archivo del trío. Los Investigadores residen en Rocky Beach, California, en las inmediaciones de Los Ángeles, pero nunca oponen reparos cuando han de efectuar largos desplazamientos para ir en pos del misterio y la intriga.

Bueno, ya está bien de formalismos. Será mejor que paséis al capítulo primero de la historia de hoy.

ALFRED
HITCHCOCK

*CAPÍTULO 1*

# *La invitación*

—¡Eh, Jupe! ¿A que no adivinas quién anda buscándote? —preguntó Pete Crenshaw al abrir la trampilla del piso, a fin de entrar en el puesto de mando de los Tres Investigadores.

—No tengo que adivinar nada. Estoy informado —contestó Jupiter Jones, recostándose en su silla, que crujió bajo el peso de su macizo cuerpo—. Tía Mathilda se levantó a las seis de esta mañana —explicó, tan detallista como siempre—. Preparó un buen desayuno y envió a tío Titus a Oxnard, para que efectuara unas compras. Inmediatamente deduje de eso que planeaba un día de ajetreo —Jupiter echó un vistazo a su reloj—. Ahora es, exactamente, la una y cuarto. De tu pregunta deduzco que tío Titus ha regresado, que ha adquirido algunas cosas, desde luego, en Oxnard, y que tía Mathilda desea que colabore en la descarga del camión.

—¡Jupiter Jones, el genio! —exclamó Bob Andrews, zumbón.

Bob, un chico delgado, con gafas, estaba apoyado en un armario, leyendo detenidamente unas notas.

Los tres muchachos se encontraban en el desvencijado remolque que los tíos de Jupe les cedieran para que lo utilizaran como refugio y centro de reunión. Estaba emplazado en un apartado rincón del «Patio Salvaje» de los Jones, oculto entre montones de viejas tablas, vigas y piezas de hierro. En el «Patio Salvaje» se hallaban las cosas más insólitas, provenientes de viviendas derribadas: relojes de sol, viejas bañeras de mármol, puertas labradas y ventanas con vidrios de colores. Ocupados siempre con la clasificación, limpieza y almacenaje de todos esos objetos, pendientes continuamente de las personas que acudían allí desde la costa del Pacífico, en busca de piezas raras y difíciles de encontrar, los tíos de Jupiter no habían vuelto a acordarse del remolque dejado mucho tiempo atrás en un

rincón del Patio.

El remolque habíase convertido en el cuartel general de los Tres Investigadores, la juvenil firma de detectives. Contaban en su interior con un laboratorio y un cuarto oscuro; tenían un despacho equipado con una mesa y varias sillas desgastadas por el uso, y teléfono. En un armario bajo se guardaban todos los informes relativos a los casos en que habían participado los chicos, meticulosamente redactados por Bob Andrews. Jupiter, el jefe del trío, pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el remolque, estudiando los casos de la firma y poniendo a prueba su aguda inteligencia.

El chico se sentía orgulloso de su nada corriente habilidad en lo relativo a la deducción. Viendo que Pete y Bob sonreían sin dejar de mirarle, frunció el ceño.

—¿No es tía Mathilda quien me busca? —inquirió.

—No te preocupes —repuso Pete—. Siempre que tu tía Mathilda te busca ya sabes lo que significa: ¡trabajo en perspectiva! Sin embargo, se trata de otra cosa. Esta mañana, encontrándome en el mercado de Rocky Beach, tropecé con Allie Jamison…

Jupe se irguió de repente en su asiento. Bob apartó la vista momentáneamente de sus papeles. Allie Jamison, perteneciente a una de las familias más acaudaladas de Rocky Beach, había sido su cliente el verano anterior. En el caso denominado «Misterio de la serpiente susurrante», habíanla ayudado a desembarazarse de un siniestro invitado, poniendo al descubierto un plan diabólico para montar un chantaje. Pero su relación con la joven no había sido precisamente una placer. Era impulsiva, aficionada a hacer cuanto se le antojaba, y sólo se doblegaba ante la verdad siempre que ésta se amoldaba a sus personales conveniencias.

—¡Válgame Dios! —exclamó Jupe, por fin—. Yo creí que esa chica estaba pasando el verano con un tío suyo, en Nuevo México. La casa de los Jamison está cerrada. El matrimonio se encuentra ahora en el Japón.

Pete asintió.

—Todo eso lo sabía. Pero el caso es que Allie se encuentra en estos instantes en Rocky Beach. Me dijo que ella y su tío necesitaban coger algunas cosas que se habían quedado en la casa. Además, el hombre tiene negocios en la ciudad. Y esa chica lleva

algo en la cabeza. Piensa hablar con nosotros antes de partir en compañía de su pariente para Nuevo México.

Bob suspiró.

—¡Y yo que creía que íbamos a tener un verano tranquilo!

—No importa —dijo Jupiter—. De todas maneras, se irá enseguida… Bueno, eso espero. Pete: ¿cuánto tiempo estará Allie aquí?

—¡Sólo hasta mañana! —dijo una voz desde detrás de la cortina que separaba el pequeño laboratorio del despacho.

Pete emitió un gemido cuando aquella cortina quedó echada a un lado, apareciendo ante sus ojos, sonriendo, Allie Jamison. Con su camisa del Oeste y sus descoloridos pantalones vaqueros parecía ir a participar en un rodeo. Tenía la tez tostada y los cabellos morenos.

—¿Es que no os alegráis de verme? —inquirió con aire ingenuo.

En sus almendrados ojos se descubría una maliciosa mirada.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí? —preguntó, a su vez, Pete.

Allie se echó a reír. Acercóse a la mesa y se sentó en ella, cruzando las piernas.

—Entré aquí antes que vosotros —declaró—. En la valla posterior de este lugar hay una pintura con el tema del gran incendio de San Francisco. En esta pintura se ve un perro que contempla el espectáculo.

Jupe añadió, con aire fatigado:

—Y en uno de los ojos del perro hay un orificio, introduciendo un dedo en él, se hace caer un pestillo que queda por dentro de la valla y las tablas se abren.

Jupiter se estaba refiriendo a la Puerta Roja, una de las entradas secretas del «Patio Salvaje», ideada en sus principios por el trío.

—Tu deducción ha sido correcta esta vez —señaló Allie—. El pasado verano os vi utilizar esa entrada en diez o doce ocasiones. Y no era necesario que fuese un Sherlock Holmes para imaginarme que debíais tener aquí un escondite secreto.

—Adelante, Allie —dijo Pete—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Evidentemente, Allie se sentía encantada.

—Vosotros, chicos, no sois tan listos como os creéis. Encima de un montón de cosas, a la derecha de esa puerta y por dentro, hay un rótulo que dice «Despacho». Pero la flecha del rótulo no señala

hacia el del Patio. Por tanto, debía indicar, pensé, vuestro puesto de mando. ¡Y no me equivoqué! Seguía la dirección de la flecha por entre los montones de chatarra… y llegué hasta ese panel deslizante —La chica señaló el mismo, en la parte posterior del remolque—. Es un buen trabajo detectivesco el mío, ¿no?, si me permitís decirlo.

—Tenemos que poner una cerradura en el panel —manifestó Jupe.

—Sí. Y habrá que quitar el rótulo —añadió Pete.

—No os preocupéis —saltó Allie—. Me marcho mañana y vuestros secretos me tienen sin cuidado. —Hizo una mueca de desdén—. Además, tengo mejores cosas que hacer…

—¿Por ejemplo? —preguntó Pete.

Allie se inclinó hacia delante.

—Me estoy ocupando de un caso —explicó—. Voy a realizar ciertas investigaciones, como vosotros, amigos. Me propongo impedir que mi tío Harry continúe viviendo con una venda puesta sobre los ojos.

—¿Ah, sí? —exclamó Jupe—. ¿No sabe tu tío Harry cuidar de sí mismo? ¿Tienes forzosamente que echarle tú una mano?

Allie contestó, muy seria:

—Mi tío Harry es Harrison Osborne, un hombre que no tiene un pelo de tonto. Hizo fortuna por dos veces en el mercado de valores antes de retirarse y compró un rancho en Nuevo México, digno de una postal de Navidad. Sin embargo, en lo tocante a sus relaciones con los demás seres humanos, mi tío Harrison se muestra como un verdadero ingenuo.

—Tú, claro, eres más lista en ese sentido —dijo Pete, riendo.

—Simplemente, sé ver una persona falsa en cuanto se me pone delante —manifestó Allie—. La finca adquirida por mi tío perteneció antes a una compañía minera. Hay una mina dentro de ella: la Mina Mortal.

—Un nombre impresionante —señaló Pete, burlón—. ¿Qué había en ella? ¿Huesos de dinosaurio?

—Plata —repuso Allie, sin inmutarse—. La mina fue abandonada. Ya no hay plata allí. Se llama de esa manera porque en cierta ocasión una mujer cayó por uno de los pozos, matándose. Algunos de los viejos de Twin Lakes (tal es el nombre de la población en que se encuentra la finca de tío Harry) afirman que el

espíritu de aquella mujer vaga todavía por la mina. Desde luego, yo no creo en tales cosas. La verdad es que el espectro real lo encontré por los alrededores… Me refiero al tipo que adquirió la mina y una extensión de terreno de su contorno. Mi tío le cedió ambas cosas.

En la atezada faz de Allie se dibujó una mueca de desagrado.

—Algo lleva entre manos —afirmó—. Habéis de saber que nació en Twin Lakes.

—¿Y qué? ¿Es eso un crimen?

—No. Sin embargo, siempre llama la atención la historia de un individuo que habiendo nacido allí se ausentó siendo todavía un niño para regresar años y años más tarde, convertido en millonario que se complace en poner de relieve lo contento que está de su vuelta a casa… En realidad, es tan cordial como una serpiente de cascabel. He de deciros que abrió la mina. La entrada se hallaba cerrada por una fuerte verja de hierro, que se apresuró a quitar, poniendo en su sustitución un perro guardián. ¿Qué es lo que hay que guardar en una mina abandonada? Ese tipo va de un lado para otro embutido en unos pantalones vaqueros de marca moderna y lleva la cabeza cubierta con un casco semejante al que usan los obreros de la construcción. Estas cosas no cuadran con el resto de su atuendo. ¡Pero si lleva las uñas como cuidadas por una manicura!

Allie hizo una pausa. Como los chicos no hicieran ningún comentario, continuó con su discurso.

—No permite que nadie se acerque a la mina. Yo me huelo algo aquí. Me figuro que abriga ciertas pretensiones en relación con el patio principal de la finca de mi tío. Tengo el propósito de dar los pasos necesarios para averiguar qué se propone concretamente.

—¡Buena suerte, Allie! —le deseó Pete.

—¡Allie!

Una voz llegó débilmente a sus oídos, una voz masculina. Bob se dirigió al periscopio que tiempo atrás Jupe instalara en el techo del remolque con el fin de poder ver sin ser vistos. Repasó a través de sus lentes los montones de chatarra del exterior.

—Cerca de la puerta hay un hombre de blancos cabellos, con bigote. Está hablando con la tía de Jupe —informó Bob.

—Ése es tío Harry —Allie abandonó la mesa. Le dije que estaría en el «Patio Salvaje» de los Jones. ¿Queréis conocerlo, chicos? Es

una persona muy agradable… Entre todos mis parientes, es el que más quiero.

Allie se encaminó al panel deslizante, saliendo del remolque. Los Investigadores intercambiaron unas sonrisas al seguirla. Aquel panel no era la única entrada secreta al puesto de mando. Al menos, la muchacha no había descubierto la más importante, la de la trampilla en el piso del despacho. Por entre los objetos más heterogéneos del «Patio Salvaje», se dirigieron a la puerta principal.

—¡Vaya! ¡Ya estáis aquí! —exclamó tía Mathilda al verlos—. Sabía que no andaríais muy lejos. ¡Allie! Me alegro mucho de verte, hija.

—Yo también me alegro de verla a usted, señora Jones —contestó Allie, recurriendo a sus modales más finos—. Tío Harry: te presento a Jupiter Jones, Bob Andrews y Pete Crenshaw.

—¿Qué tal, muchachos? —dijo Harrison Osborne, estrechando la mano de Jupe, y haciendo un gesto de asentimiento dedicado a Bob y a Pete—. De manera que vosotros sois los Tres Investigadores. Allie me ha hablado mucho de vosotros.

—Y, por supuesto, no he dicho nada bueno —indicó la chica.

Los Investigadores hicieron como si no hubiesen oído las palabras de Allie. Jupe sacó de uno de sus bolsillos una tarjeta comercial, que entregó a Harrison Osborne.

—Por si necesita usted alguna vez de nuestros servicios, señor…

El señor Osborne procedió a leer la tarjeta:

**LOS TRES INVESTIGADORES**

*"Investigamos Todo"*

? ? ?

| | |
|---|---|
| *Primer Investigador* | Jupiter Jones |
| *Segundo Investigador* | Pete Crenshaw |
| *Tercer Investigador* | Bob Andrews |

El tío de Allie devolvió la tarjeta a Jupiter.

—¿Y qué significan los signos de interrogación? —preguntó.

—El signo de interrogación es el símbolo universal de lo

desconocido —repuso Jupe—. Los tres que figuran en nuestra tarjeta aluden a los Tres Investigadores, es como nuestra marca… Nos hemos especializado en la solución de todos aquellos acertijos, misterios o enigmas que se nos confían.

—No creo que en Twin Lakes vaya a necesitar nunca los servicios de unos detectives —dijo el señor Osborne, con una risita —. Con todo… —De repente se quedó pensativo—. Creo que de teneros en mi rancho podríais resultarme muy útiles. Por otro lado, Allie necesita estar acompañada de gente de su edad, más o menos… Bueno, supongo que no habréis hecho jamás trabajos de poda…

—¿De poda, dice usted? —inquirió Bob—. ¡Claro que hemos trabajado en eso!

—¡Magnífico! —exclamó tío Harry—. Nuestros árboles han de ser podados con tiempo, pues de lo contrario no tendrán la forma requerida cuando llegue la Navidad. He tenido problemas de mano de obra en Twin Lakes. ¿Por qué no os unís a Allie y a mí mañana por la mañana, con el fin de pasar un par de semanas en mi rancho?

El hombre se volvió hacia tía Mathilda.

—Si usted puede prescindir de los chicos por unos días, me los llevaré. Dispongo de alojamiento para ellos y les pagaré las horas que trabajen para mí como se las pago a la gente de la localidad.

Tía Mathilda vacilaba.

—No sé, no sé… Esta semana me proponía poner un poco de orden en ese rincón del fondo del Patio. Lo que hay allí ocupa demasiado espacio ya.

Los chicos experimentaron un fuerte sobresalto. ¡Tía Mathilda se proponía despejar los montones de chatarra que servían de protección a su cuartel general! Jupe adoptó rápidamente una decisión. Si ellos no se encontraban allí, su tía no acometería aquella pesada tarea.

—Tía Mathilda: a mí me gustaría mucho acompañar a Allie y a su tío. Esto supondría una nueva experiencia.

—A ti te han atraído siempre las cosas nuevas —subrayó Allie, riendo—. Además, podría ser que en Twin Lakes toparas con algún misterio por aclarar y entonces sí que te divertirías.

Jupe comprendió de repente que por un procedimiento u otro Allie se las había arreglado para que su tío formulara la invitación.

De este modo no tendrían más remedio que ayudarla en la solución del caso de que les hablara.

—Podemos pasarlo bien —señaló Pete—. Yo creo que mis padres me dejarán ir.

Bob parecía estar un poco preocupado.

—Me imagino que me darán permiso en la biblioteca, donde trabajo durante algunas de mis horas libres. Ahora hay poco que hacer allí.

—Está bien, de acuerdo —remató tía Mathilda.

Harrison Osborne estrechó la mano de la mujer.

—Le prometo que no seré muy exigente con los chicos.

—No me preocupa eso, señor Osborne —contestó tía Mathilda—. Es inevitable… A la hora de trabajar, estos chicos tienen más excusas que patas un ciempiés.

*CAPÍTULO 2*

# *Una tumultuosa acogida*

—Eso que veis ahí es Twin Lakes —anunció Harrison Osborne.

El tío de Allie aminoró la marcha de la gran furgoneta, dotada de aire acondicionado, que les había llevado a través de los desiertos de Arizona, remontando luego las elevaciones existentes al sudoeste de Nuevo México. Los Investigadores, que se habían acomodado en la parte posterior del vehículo, miraron más allá de la carretera, contemplando un valle intensamente verde, delimitado por dos hileras de montañas cubiertas de árboles. Había allí filas de pequeñas casas de madera delimitando polvorientas calles que arrancaban de una vía principal. Vieron un tienda, un almacén, un quiosco y una casa de ruinoso aspecto dedicada a la venta de utensilios de barro cocido. En el centro de la población se elevaba un edificio de descoloridos ladrillos con dos plantas.

—¡Un incendio! —exclamó Pete de pronto, señalando un punto situado más allá del núcleo urbano.

Una columna de humo se curvaba pausadamente bajo el claro firmamento de la tarde.

—No te asustes —dijo Allie, que se hallaba sentada junto a su tío, en la parte delantera de la furgoneta—. Ese humo proviene del aserradero.

—La minería alcanzó un gran esplendor en este lugar hace muchos años —explicó tío Harry—. En la actualidad, las minas están cerradas y es el aserradero lo que mantiene a la población en marcha. Hace cuarenta y cinco años, Twin Lakes era una bulliciosa ciudad.

—La última ciudad del mundo a la que se me ocurriría volver de haber salido de ella de niño —manifestó Pete.

Harrison Osborne apartó la vista de la carretera un momento para fijarla en Allie.

—Allie, ¿es que has hecho partícipes a estos chicos de tus alocadas fantasías?

La muchacha no contestó.

—¡Allie!

Su tío paró el vehículo para dejar que una mujer embutida en unos pantalones de vaquero y una camisa a cuadros cruzara la carretera.

—Lo único que les he dicho es que Wesley Thurgood es un tipo falso… ¡Y lo es, tío Harry!

Tío Harry produjo un sonido que tenía tanto de despectivo como de alegre. Mantuvo su pie en el freno y se volvió hacia los Investigadores.

—Ya sé que sois detectives aficionados —declaró—. No quiero que molestéis a Wesley Thurgood. Es nuestro vecino y siempre evito los conflictos con los vecinos. Thurgood es hombre de buena reputación. Supo hacer fortuna y volvió a Twin Lakes porque aquí fue donde empezó su vida. Nació en este lugar, poco antes de que la mina fuese cerrada. Su familia se marchó a raíz de esto, pero me dijo que se pasó la juventud escuchando historias relativas a Twin Lakes, que databan de la época en que alcanzara su mayor esplendor. Compró la Mina Mortal porque su padre trabajó cierto tiempo en ella. A mí no se me antoja esto una acción censurable precisamente.

—Bueno, ¿y qué pretende abriendo la mina de nuevo? —inquirió Allie, enérgicamente.

—Eso es algo que a nosotros no nos incumbe —repuso su tío—. Yo sé que se ha preocupado siempre de que los chicos de la localidad no vayan por allí, porque podrían hacerse daño. A Thurgood no puede echársele nada en cara. Personalmente, he efectuado ciertas comprobaciones. El banco con que suelo operar, también. Es un hombre que tiene millones. Cualquier multimillonario envidiaría el crédito de que disfruta.

Tío Harry se volvió hacia los investigadores, sonriente.

—Allie tiene sus cosas… —explicó—. Thurgood no le es simpático porque ella intentó explorar la mina y él se lo impidió. Hizo bien. La mina se llama Mortal porque una mujer murió en ese lugar hace varios años al pretender hacer lo mismo que Allie.

Pete se echó a reír.

—¡Allie! No nos habías dicho que Thurgood te expulsó de ese lugar de mala manera.

—¡Oh! ¡Haz el favor de callarte! —exclamó Allie, irritada.

Jupe dejó oír una risita al imaginarse la escena.

—¡Os digo que ese individuo es un hipócrita! —insistió la chica.

—Tal vez sólo sea un excéntrico —alegó Jupe—. Las personas ricas suelen serlo.

—Eso no es ningún crimen —declaró tío Harry. Soltó el freno y el vehículo empezó a avanzar nuevamente—. Bueno, el caso es que no quiero que vuelvas a molestarle, Allie. Y esto es válido también para vosotros, muchachos.

La furgoneta dejó atrás la carretera, pavimentada con postes creosotados, enfilando un puente de madera sobre una pequeña corriente de agua que comunicaba entre sí dos lagos pequeños. Los chicos supusieron que eran los que daban nombre a la población[1]. Más allá del puente el camino carecía de pavimentación. Una enorme nube de polvo flotaba detrás de la furgoneta. A unos dos kilómetros del puente, a la izquierda, se extendía una verdosa campiña. Más adelante encontraron una puerta abierta. Había por aquella zona algunas casas pequeñas. Una de ellas había sido pintada recientemente, pero las otras parecían estar desiertas y abandonadas. Tío Harry aminoró la marcha y tocó el claxon a la vista de una mujer alta y delgada que regaba el jardín, en las proximidades de la blanca y diminuta vivienda.

—Ésa es la señora Macomber —dijo Allie.

La mujer sonrió, haciendo unos ademanes, saludándolos. Vestía unos pantalones oscuros y una camisa blanca. De su cuello pendía un adorno de plata y turquesas. Al volverse para dejar la manguera, los chicos observaron que a pesar de sus grisáceos cabellos y de su edad (contaría unos sesenta años, por lo menos) movíase con la agilidad de una joven.

—La señora Macomber nació aquí, en los días de mayor esplendor de la ciudad —explicó Allie—. Se casó con el superintendente de la mina. El matrimonio se ausentó al ser cerrada ésta. A la muerte de su esposo estuvo trabajando en Phoenix, donde pudo ahorrar algún dinero. Entonces, regresó para comprar la casa en que viviera de recién casada. Es la propietaria también de esas pequeñas casas medio en ruinas que veis, que en la actualidad no

utiliza para nada.

—Así pues, su historia se parece bastante a la de Wesley Thurgood, ¿eh? —dijo Bob.

—Ella no puede ser comparada con ese individuo —saltó Allie —. La señora Macomber es una mujer muy agradable.

—Pues sí, son dos historias muy semejantes —arguyó tío Harry, como si no hubiera oído las palabras de su sobrina—. Twin Lakes es un sitio bueno para vivir, un lugar perfecto para la edad del retiro.

Detuvo la furgoneta frente a la abierta puerta, mostrando con un movimiento de la mano el punto en que acababa el camino. Unas altas montañas formaban la cara occidental del valle. En una ladera, a la izquierda, a unos ochocientos metros de distancia, los chicos divisaron una abertura, una negra boca de forma cuadrada hecha con leños.

—Ahí está la Mina Mortal —declaró tío Harry—. En esa cabaña vive el señor Thurgood. También es dueño de la gran construcción existente más allá. En otro tiempo estuvo en ella el taller de la explotación.

Los chicos habían escuchado con cortés atención las palabras de tío Harry. El vehículo franqueó la entrada para enfilar un camino estrecho y muy bacheado. A uno y otro lado de éste veíanse filas de árboles. Tras ellos quedó un recinto en el que pastaba el caballo de Allie, un hermoso ejemplar de la raza «appaloosa», llamado *Rey Indio*[2], en compañía de otros tres animales. Unos metros más lejos vieron la casa del rancho, emplazada en un claro, entre árboles no muy altos. La estructura, pintada de rojo y de blanco, ofrecía un inmaculado aspecto. Al final del camino había un viejo y desvencijado pajar que llevaba años sin saber lo que era una mano de pintura.

Tío Harry estacionó la furgoneta ante la entrada de la casa principal, bostezó y se estiró pausadamente.

—Por fin hemos llegado al hogar —murmuró.

Allie y los Investigadores se apresuraron a apearse y echaron un vistazo a su alrededor. Una polvorienta y anticuada camioneta estaba aparcada frente al pajar. En el lado opuesto de la casa descubrieron unas telas metálicas. Al otro lado cloqueaban unas gallinas, acompañadas de un buen número de pollos que no cesaban de picotear el suelo.

Tío Harry se deslizó hasta el piso desde su asiento moviéndose lentamente.

—Me gusta tener en casa siempre huevos frescos —dijo, señalando su gallinero—. Además, estos animales, con sus familiares ruidos, me producen una extraordinaria sensación de paz cuando me despierto por las mañanas. Tengo un gallo que se encarga de eso, que se ha hecho «personalmente» responsable de despertarme a mi hora con su canto.

Estas palabras de tío Harry precedieron a una especial agitación que se produjo de repente en el recinto. Los ruidos característicos del gallinero se multiplicaron confusamente, reinando entonces un terrible alboroto…

Segundos después de haber oído los chicos el estampido de un disparo de arma de fuego, los cloqueos se trocaron en graznidos, y hubo un alocado batir de alas que levantó una masa de polvo.

Pete dio un grito, cayendo al suelo, cubriéndose instintivamente la cabeza con los brazos. Jupe y Bob se agazaparon detrás de la furgoneta.

Una enorme forma oscura salió corriendo del gallinero, saltando prodigiosamente en dirección a Jupe. Éste sólo vio unos blancos colmillos y unos ojos fieros y brillantes. El animal le derribó aparatosamente, emprendiendo luego una veloz huida y perdiéndose entre las sombras de una espesura.



*CAPÍTULO 3*

# *El millonario misterioso*

—¡Bienvenidos a estas pacíficas tierras! —exclamó Allie, riendo, cuando volvió a reinar la paz en torno a ellos.

Pete, que se había quedado sentado en el suelo, parpadeó.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó.

—El perro guardián de Wesley Thurgood, ese monstruo, que ha vuelto a visitar nuestro gallinero —explicó Allie al incorporarse Jupe—. Siempre intenta colarse por debajo de la cerca de tela metálica. Los animales se espantan y arman un gran alboroto… En tales ocasiones, Magdalena sale corriendo y, ni corta ni perezosa, hace fuego sobre el perro. El día menos pensado ella decidirá afinar la puntería y la fiera saldrá de aquí, si sale, con una buena perdigonada en el cuerpo.

—¿Magdalena, has dicho? —inquirió Bob.

—Mi ama de llaves —respondió tío Harry.

Una fornida mujer mejicana de negros cabellos surgió de la parte posterior de la casa. Llevaba un vestido muy basto de algodón, con numerosas flores bordadas en el pecho y en las mangas. Llevaba una escopeta en los brazos.

—¡Señor Osborne! —gritó—. ¡Allie! Me alegro mucho de que estén de vuelta. Aquí hay demasiada quietud cuando los dos se ausentan.

Harrison Osborne sonrió.

—A ti, por lo que veo, no te faltan recursos para animar esto —dijo.

Magdalena hizo un gesto de enojo.

—¡Ese perro acabará mal! ¡Es un ladrón de gallinas!

—¡Bah! No le des tanta importancia —repuso tío Harry—. Haz lo posible por no acordarte de la escopeta y ya verás cómo se corrige. Magdalena, estos chicos son amigos de Allie. Son Jupiter

Jones, Bob Andrews y Pete Crenshaw. Piensan quedarse aquí un par de semanas.

Los negros ojos de Magdalena parecieron encenderse.

—¡Muy bien, muy bien! No nos vendrá mal estar rodeados de gente joven. Sacaré unos filetes del frigorífico. Tras el viaje todos tendréis hambre, ¿eh?

La mujer se perdió en el interior de la casa.

—Supongo que Magdalena tiene razón —consideró tío Harry—. Tened en cuenta que esa mujer sólo pierde la paciencia con las personas que se muestran remilgadas en la mesa.

—¡Oh! ¡En ese aspecto, que no se preocupe! —respondió Jupiter, de buen humor.

Tío Harry empezó a sacar de la furgoneta los equipajes, dejándolo todo ante el porche. Los chicos se apresuraron a ayudarle en tal tarea. A los pocos minutos sus maletas se encontraban depositadas en el gran dormitorio de la planta superior, que quedaba sobre el espacioso cuarto de estar de la casa. La habitación de Allie estaba abajo, junto a la de su tío. Magdalena disponía de un alojamiento detrás de la cocina.

—Seguramente desearéis asearos un poco —dijo tío Harry cuando comenzaron a deshacer sus maletas—. No tardéis mucho. Quiero enseñaros los alrededores de la casa antes de la cena.

Inmediatamente, para Pete perdió todo interés la labor de ordenar sus efectos personales en el armario.

—Esto podemos hacerlo en cualquier momento —señaló, encaminándose al cuarto de baño, situado fuera del dormitorio, al otro lado del descansillo.

Un rato más tarde, los Investigadores, Allie y tío Harry caminaban bajo el azulado cielo de Nuevo México. La chica echó a correr con dos terrones de azúcar en la mano.

—*¡Rey!* —llamó.

Su caballo relinchó, lanzándose al trote en dirección a la cerca. Allie acarició su musculado cuello, y el animal movió repetidas veces la cabeza, tornando a relinchar alegremente.

—Tener a Allie apartada de ese caballo un par de días me costó mi trabajo, no vayáis a creer —comentó Harrison Osborne—. En marcha. Quiero enseñaros los machetes que utilizamos aquí para podar nuestros árboles.

—¿Machetes? —preguntó Pete—. Una especie de cuchillos grandes, ¿no?

Tío Harry asintió.

—En las novelas de aventuras, los héroes los utilizan siempre para abrirse paso en la selva.

El hombre abrió la puerta del desvencijado pajar. Los Investigadores percibieron inmediatamente un intenso olor a heno. Había allí, en efecto, unas cuantas balas apiladas. De unos pernos clavados en las paredes pendían rollos de mangueras. Cerca de un banco de trabajo, encima del cual se veía una piedra de afilar, estaban las herramientas de más frecuente utilización en el rancho: tijeras de gran tamaño para el arreglo de los árboles, palas y azadas, entre otras, todas cuidadosamente ordenadas. Junto al banco de trabajo había una varilla de madera, de la que pendían cinco enormes cuchillos de impresionante aspecto.

—Nosotros utilizamos las clásicas tijeras cuando en casa podamos nuestros árboles —puntualizó Pete.

—Las clásicas tijeras aquí no sirven. Se trabaja muy despacio con ellas y aquí hay varios miles de árboles —contestó tío Harry—. En cambio, con los machetes la tarea cunde mucho. —Tío Harry cogió uno de ellos, efectuando una breve demostración en cuanto se apartó unos pasos de los chicos—. El típico árbol de Navidad tiene una forma convencional, la que más le gusta a la gente. Se la damos nosotros, no la naturaleza. Cuando yo compré este rancho hace tres años, pensé que todo lo que tenía que hacer para ir adelante era plantar pequeños árboles y esperar a que crecieran. La cosa es más complicada de lo que parece a primera vista. Hay que regar, hay que matar las malas hierbas, hay que podar. Acordaos de los árboles de Navidad, de las tarjetas de felicitación, amplios por debajo y menudos en la copa. Primero debéis apuntar, abatiendo el machete así… —La hoja de acero hendió el aire produciendo un sordo rumor —. Tenéis que ser prudentes, ya que de lo contrario podéis produciros una grave herida en las piernas. Yo podo en verano. Cuando los árboles se encuentran en condiciones de ser cortados, en noviembre, esos cortes ya no son visibles y han crecido todas las hojas. ¿Me habéis comprendido?

—Sí —replicó Pete.

Tío Harry volvió a poner el machete en su sitio. Luego, mostró a

sus amigos un viejo y polvoriento automóvil dotado de ruedas de caucho macizo, situado al fondo de la construcción.

—El día menos pensado empezaré a construir un nuevo pajar —anunció—. Habré de tomar entonces una decisión con respecto a este cacharro.

Jupe se aproximó al vehículo, estudiando su interior desde una de las ventanillas, abierta a medias. Vio unos asientos tapizados de cuero negro y un piso desnudo de madera.

—Es un «Ford» modelo T, ¿no? —inquirió.

—En efecto —declaró tío Harry—. Me lo regalaron cuando compré la finca. Ahí ha estado mucho tiempo, cubierto de paja. Empecé a limpiarlo y luego tuve que dejarlo de lado. He estado demasiado ocupado. No obstante, en cuanto me sea posible intentaré restaurarlo. Ya quisieran tener este vehículo muchos coleccionistas.

Allie apareció en la puerta.

—Wesley Thurgood viene hacia acá —avisó.

—Está bien, Allie. A ver cómo te portas —la previno su tío—. Nada de indirectas.

La chica guardó silencio. Los Investigadores oyeron un rumor de pasos fuera, y una voz:

—¡Señor Osborne!

—Estoy aquí —contestó tío Harry.

Un hombre de unos cuarenta años de edad, de rubios y ondulados cabellos, entró en el pajar. Sus pantalones vaqueros tenían la rigidez característica de las telas nuevas; sus botas brillaban; la camisa parecía acabada de estrenar. Jupe observó al recién llegado mientras estrechaba la mano de tío Harry. El hombre se excusó por la intrusión de su perro. Jupe pensó que Allie no andaba equivocada en alguna de sus afirmaciones. Thurgood producía la sensación de estar representando un papel… Era un actor que se había caracterizado con tal fin. Después, Jupe se preguntó qué había de raro en que vistiera, en un sitio como Twin Lakes, un atuendo como aquél. Y si Wesley Thurgood no disponía de unos pantalones de vaquero viejos, lo lógico era que luciera unos nuevos…

—El perro ha quedado amarrado —explicó Thurgood—. Descuide usted, que no les molestará de nuevo.

—Bueno, no creo que logre acabar con ningún pollo. Al menos mientras Magdalena ande por los alrededores.

Tío Harry procedió a presentar a los chicos. Allie hizo como si no hubiera visto a Thurgood, mirando a otro lado. Él la estudió por un momento y en sus ojos apareció brevemente una dura expresión. Luego, su atención se concentró en el «Ford».

—Tiene usted ahí un coche antiguo nada corriente —dijo.

—Estaba diciéndoles a estos chicos que en cuanto disponga de algún tiempo voy a proceder a su restauración.

Wesley Thurgood se acercó al automóvil, pasando lentamente una mano por su carrocería, como si lo acariciara.

Pete, de súbito, salió de un momentáneo ensimismamiento.

—¡Wesley Thurgood! —exclamó—. ¡Estaba seguro de haber oído este nombre antes…!

—¿Cómo? —preguntó el aludido.

—Mi padre es un experto en efectos especiales, dentro del cine —manifestó Pete—. Hace unos días estuvo hablando de usted mientras cenábamos, señor Thurgood. Contó que en sus estudios habían necesitado un viejo «Reo» para un filme que estaban rodando y que usted fue quien se lo facilitó, pues es un destacado coleccionista de coches antiguos.

—¡Ah, sí! Es cierto —repuso Thurgood.

—Mi padre se refirió ampliamente a su extraordinaria colección —añadió Pete—. Nos dijo también que dispone de un mecánico que sólo se ocupa de sus automóviles, procurando tenerlos en todo instante en condiciones de funcionamiento.

—Pues sí —confirmó Thurgood—. ¿Por qué no? Los coches de hoy no son ya los de ayer, ¿verdad?

—¿No fue su «Nube de Plata» el vehículo utilizado en la película *Los cazadores de fortunas*?

—¿«Nube de Plata»? Sí… Lo presté a uno de los estudios cinematográficos. No hace mucho tiempo de eso.

—Al lado de ese «Nube de Plata» —opinó tío Harry—, este «Ford» modelo T de mi propiedad resulta muy humilde.

—Yo empecé por poco también —señaló Thurgood—. Una vez se apodera de uno este gusanillo, comienza a comprar, inevitablemente. Con el tiempo, tendrá que ampliar este pajar.

—Más bien habré de construir otro nuevo.

Tío Harry y Thurgood salieron de aquel lugar. El primero había empezado a hablar de los planes relacionados con el rancho.

—¿Y bien? —dijo Allie cuando los dos hombres se hubieron alejado de ellos—. ¿Habéis visto alguna vez un tipo que inspire menos confianza que éste?

—Ciertamente, todo es demasiado nuevo en él, especialmente sus ropas —repuso Pete—. ¿Qué quiere decir esto? El nombre de Wesley Thurgood significó algo para mí cuando le vi interesarse por el «Ford»… Mi padre contó muchas cosas acerca de él y de su colección de coches. Tiene el dinero a montones y vive como un recluso… Posee una gran mansión en Mandeville Canyon, rodeada de muros de tres metros de altura…

Jupiter se aclaró la garganta.

—Sin embargo, no es verdad que prestara un «Nube de Plata» para ser utilizado en el rodaje de *Los cazadores de fortunas* —comunicó Jupe, adoptando la grave expresión de siempre cuando daba a conocer una información—. La revista *Film Fun* publicó un artículo sobre este automóvil. No era propiedad de Thurgood. Pertenecía a Jonathan Carrington, el financiero. Además, *Los cazadores de fortunas* no fue rodada recientemente. Hace varios años que se distribuyó este filme.

Nadie contradijo a Jupe, quien se sentía muy orgulloso, legítimamente, de sus amplios conocimientos sobre cinematografía y teatro. Allie palmoteo triunfalmente.

—¿Qué os dije? Ese tipo es un hipócrita. ¡Ha mentido!

Jupe sonrió.

—Bueno, Allie, no hay que precipitarse en llegar a determinadas conclusiones. Wesley Thurgood es un hombre muy rico. Si posee una flota de automóviles antiguos, atendidos por un mecánico que se ocupa constantemente de ellos, no creo que repare mucho en los detalles. Cabe la posibilidad de que ni siquiera se acuerde de que dejó cierto coche a un estudio de cine, en algún momento. Lo más seguro es que disponga de empleados que se ocupen de las negociaciones precisas. Y el mecánico será quien efectúa las entregas, si lleva a cabo algunas.

Allie optó por callar.

Al cabo de un rato oyeron la voz de Magdalena, llamando a los cuatro chicos para cenar.

*CAPÍTULO 4*

# *Unos disparos en la oscuridad*

—Sírvete un poco más de pastel de fresas, hijo —recomendó Magdalena, desde su sitio al final de la larga mesa instalada en la cocina.

Habíase dirigido a Jupe, quien acababa de dar buena cuenta de su ración de postre.

—No, gracias. El pastel está delicioso, pero… es que intento perder un poco de peso.

Magdalena arrugó el ceño.

—Los jóvenes de hoy andáis siempre preocupados con el peso. Allie come menos que un gorrión. En consecuencia, está flaca como un palo. Este verano voy a hacer lo posible para que engorde algo…

—Con respecto a eso estás equivocada, Magdalena —repuso Allie—. La Asociación Médica Americana ha dicho que lo más conveniente para la salud son las pocas carnes. —La muchacha señaló con un movimiento la cabeza de Jupe—. Nuestro gordinflón, aquí presente debería tenerlo en cuenta.

Jupe se puso encarnado como la grana. No le gustaba que le recordaran su época de niño actor, en que fuera conocido de costa a costa por aquel nombre.

—Sigo un régimen desde hace mucho tiempo —manifestó.

—Que practicas severamente cuando no estás comiendo —replicó Allie, burlona.

Se levantó, llevando los platos al fregadero.

Tío Harry le dijo:

—No eres nada cortés con tu invitado, Allie. Si tuvieras menos años te pondría sobre mis piernas para darte una azotaina.

Allie continuó secando los platos en silencio, colocándolos en el escurridor.

Magdalena se levantó.

—Atiende a tus amigos. Yo me encargaré de esto.

—¿Quiere usted que le ayudemos? —ofreció Bob.

—No, no. A mí me gusta ver poca gente en mi cocina. Además, tenemos lavavajillas, una máquina que puede hacernos el resto del trabajo.

Tío Harry, Allie y los Investigadores se trasladaron al cuarto de estar. El dueño de la casa no tardó en quedarse dormido, frente al receptor de televisión. Los chicos empezaron a bostezar.

—No valéis para nada —saltó Allie, agresiva—. ¡Si todavía no son las nueve!

—Esta mañana, a las cinco ya estábamos en pie —le recordó Bob.

—Yo también —señaló Allie—. Voy a hacer una cosa. Sacaré el ajedrez y…

—¡No, gracias! —la interrumpió Jupe—. He decidido que es hora de acostarme, de acuerdo con la hora que indica mi reloj personal que llevo dentro de la cabeza. Para mí que son las diez y media. Me voy a la cama.

—Yo voy a hacer lo mismo —anunció Pete, dirigiéndose a la escalera.

Bob bostezó, siguiéndole.

—¡Vaya unos botarates! —exclamó Allie, provocativa como siempre.

—Esa Allie es terrible, peor que un dolor de muelas —se lamentó Pete estando ya los tres arriba, acostándose—. Se pasa la vida atacando.

Jupe se estiró perezosamente, colocando sus manos bajo la nuca.

—Escuchad…

Bob y Pete guardaron silencio. Oyeron los apagados sonidos del televisor y después nada. Sonó la voz de Harrison Osborne, baja, somnolienta. Se cerró una puerta y percibió el ruido del agua al caer de la ducha. Otra puerta fue cerrada luego.

—Allie se ha ido a la cama también —comentó Jupe.

Volvióse de lado y apagó la luz de la mesita de noche. Se quedó profundamente dormido… hasta que fue despertado por un estruendo proveniente del exterior. El ruido fue atenuándose poco a poco, hasta que, por fin, dejó de ser perceptible.

Instantáneamente alarmado, Jupe se incorporó, sentándose en su

lecho. Permaneció quieto y atento, por si el sonido se repetía.

Pete gimió, desde su cama:

—Ésa es Magdalena, que ha disparado sobre el perro de nuevo.

—No, no… —Jupe saltó de la cama y se acercó a una ventana—. Eso fue un disparo, pero no ha sido Magdalena su autora. Se oía muy lejos…

Jupiter paseó la mirada por la campiña, bañada por la luz de la luna y que daba relieves muy peculiares a los numerosos árboles. A la derecha contempló la casa de la señora Macomber y las abandonadas estructuras que formaban parte de sus dominios. La propiedad de Wesley Thurgood era perfectamente visible al frente, sobre una suave ladera. Cerca de la entrada de la mina había una camioneta con una caja cuadrada. Una sombra se movió junto a la cabaña de Thurgood.

El perro guardián, retenido por una cadena, levantó la cabeza, ladrando.

Una luz se encendió en la pequeña casa situada en un punto opuesto a la entrada de la finca de tío Harry. Se abrió una puerta y Jupe vio a la señora Macomber que salía embutida en un batín. Quedóse plantada en el porche y miró en dirección a la cabaña de Thurgood.

Sonaron unas voces en el cuarto de estar, abajo. Tío Harry se había levantado, y también Magdalena.

—No fui yo —oyeron decir a la mujer los chicos—. No he hecho ningún disparo.

Resonó en la escalera un rumor de pasos, muy tenue. Allie, descalza, llamó a la puerta del dormitorio.

—¡Eh, chicos! ¿Oísteis eso?

Los Tres Investigadores se embutieron en sus batas, saliendo al descansillo. Allie miraba por la ventana, teniendo los codos apoyados en el antepecho de la misma, bien afirmada.

—¡Es Thurgood! —susurró Allie—. Estoy segura de que el disparo fue hecho desde su cabaña. ¡Mirad!

Pete se aproximó a la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Allie señaló la casa de la señora Macomber. La mujer del porche dio la vuelta, entró en la vivienda y cerró la puerta.

—El ruido despertó a la señora Macomber —concluyó Allie—. Y

también al perro, que ladró. Asimismo, nos hemos despertado nosotros. En cambio, Thurgood ha seguido durmiendo. Al menos, no ha encendido ninguna luz, ni ha salido de la cabaña para tranquilizar al perro. Apuesto lo que queráis a que fue él quien disparó…

—¡Allie! —exclamó Harrison Osborne, desde abajo—. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—He subido por si se ve algo desde aquí —explicó la chica, al tiempo que se alejaba de la ventana—. Tío Harry: estoy segura de que fue Wesley Thurgood quien disparó.

Su tío repuso, con un gesto de cansancio:

—Decididamente, la has tomado con Thurgood. Probablemente, se trataba de alguien que estaba cazando conejos o coyotes.

—¿Quién? —inquirió Allie—. Desde aquí arriba se divisa claramente todo el terreno que nos separa de las más cercanas colinas. No he visto a nadie. Además, de andar por ahí algún coyote, ¿no se habría lanzado ya sobre nuestras gallinas?

—Tal vez se le haya adelantado algún cazador al adivinar sus intenciones —opinó tío Harry—. Baja inmediatamente y vuélvete a la cama. Deja dormir a los chicos.

No había hecho Allie más que empezar a bajar los escalones cuando Jupe la llamó desde la ventana.

Thurgood había aparecido en el claro próximo a su cabaña. Llevaba en las manos un rifle o una escopeta, acomodada sobre los brazos. Los chicos le vieron mirar hacia las elevaciones existentes al otro lado de la carretera. Luego se echó la culata al hombro, apuntó cuidadosamente e hizo fuego.

De nuevo, un disparo quebrantó la tranquilidad de la noche. El perro volvió a ladrar. Thurgood se fue hacia él, acariciándole la cabeza. El animal pareció tranquilizarse, y Thurgood se perdió en el interior de su cabaña.

—No te equivocaste, Allie —corroboró Pete—. Fue Thurgood.

—Tu tío parece estar también en lo cierto, por su parte —puntualizó Bob—. Seguramente disparó sobre un coyote.

Allie hizo un ademán que delataba su enfado y bajó corriendo la escalera.

—Desde luego, Allie no siente la menor simpatía por ese hombre —comentó Bob al entrar en el dormitorio—. En todo lo que hace,

ella ve algo malo.

Jupiter se tendió en su cama.

—Creo que si yo fuese dueño de una mina permitiría a Allie Jamison que la explorara a su antojo, para que satisficiera plenamente su curiosidad —manifestó—. Me resultaría más cómodo que convertirla en mi feroz enemigo.

Bob y Pete se acomodaron también en sus lechos. A los pocos minutos respiraban de una manera que hizo pensar a Jupe que se habrían quedado dormidos. Ahora él no podía conciliar el sueño. El Primer Investigador permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando el murmullo del viento agitando suavemente las hojas de los árboles.

Finalmente, Jupe se incorporó.

—¿Dónde se encontraba Thurgood cuando sonó el primer disparo? —preguntó, en voz alta.

—¿Eh?

Pete se agitó en su lecho.

—¿Có… cómo? —dijo Bob.

—¿Dónde estaba Thurgood al hacer el primer disparo?

—¿El primer disparo? —repuso Pete—. Supongo que en su casa.

—¿Lo viste tú salir? —inquirió Jupe—. ¿Lo viste en el momento de entrar en el patio, antes del segundo disparo?

—No, creo que no. Yo estaba pendiente de Allie.

—Lo mismo que yo —señaló Jupe—. Bob: ¿de dónde salió Thurgood antes de que disparara nuevamente?

—No lo sé…

—Por tanto, pudo haber estado en varios lugares —concluyó Jupe—. No creo que se encontrara en su cabaña. El primer disparo sonó ahogado, tanto, que no estaba seguro de que hubiera sido eso… El segundo se oyó más claramente y sonó más cercano. Yo me imagino que Thurgood estaba en la mina cuando disparó por vez primera.

—¿Y qué? —preguntó Pete.

—Puede ser que esto no signifique nada —añadió Jupe—. Pero yo pienso que no había por ahí ningún coyote. De haber andado alguno por las inmediaciones, el perro habría ladrado. Creo que ladró, sí, pero después del disparo. Es posible que Thurgood disparara sobre algo dentro de la mina. Al salir de ella se encontró

con que el ruido había despertado a sus vecinos. Imaginemos que no quería que nadie se enterase de que había hecho uso de su arma dentro de la mina. ¿Qué haría en tal situación?

Bob y Pete siguieron en silencio.

—¿No era lo más conveniente para él dejarse ver y disparar por segunda vez? —dijo Jupe—. Así daba la impresión de que estaba haciendo fuego, efectivamente, sobre un coyote.

—Te estás volviendo tan perverso como Allie —subrayó Bob.

—Puede ser —admitió Jupe—, y también es posible que ese señor Thurgood lleve algo extraño entre manos. ¡Allie nos está enfrentando, quizá, con un caso!

*CAPÍTULO 5*

# *La mina prohibida*

Brillaba el sol esplendorosamente cuando Jupe abrió los ojos. De pronto, sus sospechas de la noche anterior se le antojaron absurdas. Una vez vestido, bajó a la cocina. Bob y Pete tenían delante de ellos ya sus desayunos. Tío Harry ocupaba la cabecera de la mesa. Magdalena se hallaba ante el fogón, preparando uno de sus pasteles.

Pete levantó una mano a modo de saludo.

—Allie ha salido para dar un paseo a caballo y nosotros estábamos a punto de subir para despertarte —dijo—. Hoy tenemos que habérnoslas con esos machetes…

—Así cambiaremos de oficio —contestó Jupe.

—¿Qué oficio es normalmente el vuestro, muchachos? —inquirió tío Harry, cordial.

—¡Llevar de un lado para otro las cosas que van acumulándose en el «Patio Salvaje» de los Jones!

—Espero que esta tarea os guste ahora —dijo tío Harry, sonriendo—. A mí me agrada mucho. La labor de dar forma a un árbol de Navidad tiene bastante de creadora. No vayáis a trabajar como esclavos el primer día. Trabajad durante una hora y luego descansad… Así cubriréis vuestra jornada sin tener que hacer un gran esfuerzo.

Cuando se levantaron de la mesa, tío Harry cogió tres de los grandes machetes que se encontraban en el estante del banco de trabajo del pajar. Los chicos le siguieron hasta un trozo de tierra situado entre el rancho y la carretera. Viéronle podar uno de los árboles, con rápidos y precisos movimientos hacia abajo, eliminando aquellas ramas que lo desfiguraban.

—No os acerquéis demasiado al árbol —les recomendó—. Mantened siempre el machete alejado de vuestro cuerpo. Abatidlo siempre a un lado. No quiero que nadie se haga daño.

Tío Harry estuvo observando a los chicos por turno para ver qué tal se desenvolvían. Convencido de que habían adquirido la maña indispensable, se separó de ellos, regresando a la casa. Unos minutos más tarde abandonaba el rancho con la furgoneta, en compañía de Magdalena.

Los Investigadores continuaron trabajando en silencio hasta que llegó a sus oídos el rumor apresurado de los pasos de una cabalgadura. Allie corría por la zona comprendida entre el camino y la propiedad de Wesley Thurgood. Cuando los chicos levantaron la vista, Allie se internaba en el pequeño prado, desensillando su caballo, frotando a continuación su cuerpo con puñados de paja. Seguidamente, entró en la casa.

Unos minutos después los chicos percibieron el inconfundible ruido de un motor que se ponía en marcha. Miraron hacia el pajar.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¿Qué nueva sorpresa nos guarda esta muchacha?

Allie se había acomodado tras el volante de la camioneta de su tío. El vehículo empezó a bajar por el camino, tras producir unos ruidos metálicos que provenían, seguramente, de la caja de cambio.

—¿Es que te has vuelto loca, Allie? —gritó Pete—. ¿Qué te propones?

Allie se enfrentó con sus amigos, pisando el freno. La vieja camioneta sufrió un par de sacudidas, parándose luego el motor.

—No pasa nada —dijo la chica, muy animosa—. Puedo conducir este cacharro, siempre y cuando no salga del rancho.

—¡Eres demasiado joven para eso! —protestó Bob.

—Soy demasiado joven para tener el carnet de conducir, desde luego. Pero mis pies llegan ya a los pedales, de modo que puedo manejar este trasto.

Intentó arrancar de nuevo, sin lograrlo.

—Supongo que debería poseer más experiencia —señaló Allie.

—¿Sabe tu tío esto? —quiso informarse Pete.

—¡Naturalmente que lo sabe! —replicó Allie—. Él opina que las mujeres deben saber hacer cuanto hacen los hombres.

—Sí, y por eso esperaste a que él y Magdalena salieran del rancho —subrayó Pete, zumbón.

Allie asomó la cabeza por la ventanilla del vehículo. Le bailaban los ojos.

—Se han ido de compras y tardarán todavía un poco en regresar. Por otra parte, Wesley Thurgood no está en su cabaña, y el perro sigue encadenado…

—Sé lo que estás pensando —dijo Pete—. Tú quieres explorar la mina. Bueno, eres muy dueña de hacer, lo que se te antoje.

Jupe examinó, pensativo, su machete. Recordó el sonido del primer disparo en la noche… muy apagado. Podía haber provenido de un túnel abierto en las entrañas del monte.

—¡Pero qué cabezotas sois! —exclamó Allie—. De acuerdo. Quedaros ahí y no os acordéis para nada del misterio…

Roncó el motor del vehículo y esta vez arrancó.

—¡Un momento! —gritó Jupe—. ¡Yo te acompaño!

—¡Estupendo, hombre! —contestó Allie, riendo—. Tráete el machete. Si Thurgood regresa, volveremos a la carrera a la camioneta y fingiremos que hemos estado trabajando en la poda de los árboles situados en el bancal próximo a sus tierras. ¡Pete! ¡Bob! ¿Qué decís vosotros?

Pete miró, vacilante, a Jupe. Al más alto y atlético de los Investigadores le agradaban las aventuras que exigían un esfuerzo físico… Pero no le gustaba buscarse complicaciones. De otro lado, Jupe no era capaz de resistirse a la tentación de investigar un misterio, por leve que fuera, por grande que fuera el peligro también. Y cuando decidía pasar a la acción, nadie podía pararle los pies. Con un encogimiento de hombros, Pete trepó a la cabina, instalándose junto a Allie. Bob comprendió que Jupiter había visto algo que a ellos aún se les escapaba y subió, tras él, a la caja de la camioneta.

El vehículo empezó a avanzar, casi a saltos, por el bacheado camino que cruzaba la finca de Harrison Osborne.

—Ésta es una camioneta muy buena —explicó Allie.

Se empleaba a fondo en su conducción, porque, al parecer, para controlarla necesitaba el concurso de todas sus fuerzas físicas y de su voluntad. Se veía y se deseaba para cambiar de marchas. La palanca del cambio se le resistía, y el embrague estaba durísimo.

—Cuando hay que remontar las colinas y el motor necesita desarrollar más fuerza —añadió— se convierte en un vehículo con tracción a las cuatro ruedas. Ahí enfrente va un dispositivo que sirve para sacarlo adelante si se queda atascado en alguna zanja.

Tiene cuatro velocidades. En la cabeza de la palanca del cambio, como puedes ver, Pete, hay un diagrama que nos sirve de orientación para ponerlas. Para la primera no tienes más que desembragar y echar la palanca hacia delante y a la izquierda; para la segunda…

—Yo no exijo mucho —murmuró Pete, modesto—. Me contentaría con volver al pajar en una pieza.

—¡Bah! No te preocupes, hombre —respondió Allie.

La chica detuvo la camioneta al borde del bancal que conducía a la propiedad de Wesley Thurgood. Los Investigadores se apearon, mirando a un lado y a otro.

A unos centenares de metros vieron la ladera montañosa, como surgiendo repentinamente del suelo. La entrada a la mina era un oscuro y amenazador orificio en la base. La luz penetraba un poco en la abertura, más allá de los leños que la enmarcaban. El piso era de arena blanca y grava. La ruinosa cabaña en que vivía Thurgood quedaba a la derecha de la mina.

—Una mísera cabaña, ¿eh? —comentó Allie, señalándola.

—Probablemente, acabará por arreglarla —opinó Bob—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí este hombre?

—Casi un mes —respondió la chica—. Se instaló ahí con unas ropas de cama y varias ollas y sartenes. Me imagino que eso es todo lo que posee actualmente. En realidad, no debe pasarlo bien. Ese gran edificio de detrás de la cabaña era el taller de la mina. En ese sitio se extraía la plata que contenía el mineral.

Oyose el tintineo de una cadena arrastrada y apareció el perro guardián en una de las esquinas de la cabaña. No era todo lo enorme que a los chicos se les había figurado la primera vez que lo vieran, pero resultaba de gran talla. Jupe supuso que era un cruce de sabueso de labrador con un pastor alemán. Al descubrir a Allie y a sus amigos se escapó de su garganta un prolongado gruñido.

—¿Estás segura de que la cadena está sujeta a algo verdaderamente sólido? —preguntó Pete.

Allie sonrió.

—No tengas cuidado. Antes, al pasar por aquí montando a *Rey*, le arrojé un palo para probar. No podrá llegar hasta nosotros.

—¡Qué manera tan especial la tuya de hacer amistad con animales de esta clase! ¿Y si se hubiera soltado entonces? —inquirió

Bob.

—*Rey* hubiera corrido siempre más que él —declaró Allie. Cogió una linterna de la guantera de la camioneta y añadió—: ¡En marcha!

Cruzaron el claro para aproximarse a la entrada de la mina. El perro se puso frenético, poniendo la cadena tensa como sus bruscos saltos, esforzándose por liberarse de ella.

Allie no le hizo el menor caso. Los Tres Investigadores siguieron a la muchacha.

Hallándose ya a unos pasos de la entrada, Allie encendió la linterna. Su haz luminoso les mostró el piso, que era inclinado. De vez en cuando, descubrían pasadizos laterales. Las paredes estaban reforzadas con gruesos leños, semejantes a traviesas de ferrocarriles, que sostenían vigas aplicadas al rocoso techo.

Llegaban a sus oídos los ladridos cada vez más lejanos del perro. Por lo demás allí dentro reinaba un gran silencio. No obstante, parecía flotar una amenaza en el aire. Allie y sus amigos caminaban lentamente por el túnel, procurando no perder el equilibrio sobre el pétreo piso, muy desigual.

Jupe se mantenía atento a la luz de la linterna, horadando las sombras.

Unos cuantos metros más adelante, el túnel se bifurcaba. Un pasillo apuntaba hacia la derecha, y el segundo casi a la izquierda. Tuvieron un momento de vacilación. Allie decidió, por fin, seguir el de la izquierda. Los chicos no opusieron ningún reparo. La oscuridad era absoluta más allá de ellos. Sus pasos resonaban fantasmalmente en el túnel.

—Me estoy preguntando dónde caería aquella mujer —dijo Allie —. Me refiero a la que encontró la muerte en este lugar —No pudo evitar un estremecimiento al expresarse en tales términos—.

—Un instante, Allie —murmuró Jupe, quien acababa de notar algo en el piso del túnel—. Apunta hacia aquí con la luz, ¿quieres?

La chica obedeció, viendo todos entonces una roca desprendida del muro y unas piedras. Cuando Jupe se inclinó para estudiar más de cerca el montón, Allie se apartó de él bruscamente.

—¡En! —gritó Pete—. ¡Vuelve con la linterna, Allie!

Sin embargo, seguía avanzando. Habíase escabullido por un corredor lateral.

—¡Allie! —llamó Bob.

De repente, a sus espaldas, notaron un gran resplandor. La poderosa luz los deslumbró, dejándolos inmovilizados.

—¿Qué diablos estáis haciendo aquí vosotros? —inquirió una irritada voz.

Era la de Wesley Thurgood…

—¡Oh! —exclamó Pete, por toda respuesta.

Luego, los Tres Investigadores oyeron el ruido de la linterna de Allie al caer al suelo. Debió de estrellarse contra unas rocas. Percibieron el sonido del cristal al hacerse añicos.

Al final del pasillo en tinieblas, Allie profirió un grito que les heló la sangre en las venas.

Al grito siguió un nuevo chillido estremecedor, y otro, y otro…

*CAPÍTULO 6*

# *La trampa mortal*

—¡Allie! ¿Qué pasa? —preguntó Jupe.

Los gritos eran cada vez más agudos y prolongados. La muchacha parecía haber sido presa de un ataque de histeria.

—¡Maldita criatura! —exclamó Thurgood, pasando como una exhalación junto a los investigadores, para internarse en el túnel.

Los tres echaron a correr detrás de él, guiados por la luz de su linterna.

Allie se había plantado ante el borde de un pozo que abría sus negras fauces en el piso de la mina. Tenía la vista fija en el fondo, en la oscuridad, y continuaba gritando.

—¡Basta ya! —ordenó Thurgood, asiéndola por un brazo y apartándola de allí.

Allie, sin dejar de temblar, extendió un brazo, señalando el pozo.

—Ahí… abajo… —acertó a decir tan sólo.

Los chicos se acercaron al borde de la abertura y Thurgood hizo ir de un lado para otro el haz luminoso de su linterna. El orificio no tenía una gran profundidad (no rebasaba, seguramente, los tres o cuatro metros), pero sus paredes eran verticales, cortadas a pico.



En el fondo se distinguía algo que hacía pensar en un montón de viejas ropas. Después, la luz de la linterna les permitió ver una cosa que había sido una mano… una mano humana. Y aquellas ropas contenían un cuerpo, un cuerpo que se había retorcido de una manera extraña sobre el duro piso del pozo. Descubrieron asimismo unos huecos a la altura de los ojos y una polvorienta maraña de cabellos.

—¡Muerto! —exclamó Allie—. ¡Está… muerto! ¡Un hombre! ¡Muerto!

—¡Silencio! —ordenó Thurgood.

Allie tragó saliva, enmudeciendo.

—Y ahora, ¡fuera de aquí! ¡Fuera todos de aquí! —dijo el hombre, apremiante.

Jupiter y Bob asieron a Allie por los brazos. Pete los siguió dando continuos tropezones. Thurgood les guiaba con la linterna. Llegaron así al túnel principal, desde donde se deslizaron hasta la entrada, bañada por la luz del sol. Jupe oyó el ladrido del perro guardián, que se le antojó completamente irreal, como si formara parte de una terrible pesadilla. El Primer investigador continuaba contemplando con los ojos de la imaginación el montón de viejas ropas del fondo del pozo, aquella cabeza de los hundidos ojos, la mano esquelética.

—¡Volved a vuestro rancho ahora! —dijo Thurgood con voz autoritaria—. Y procurad no moveros de allí. Si os vuelvo a encontrar merodeando por mi mina de nuevo no vacilaré en romperos la cabeza.

Se encerró en su cabaña dando un portazo. Allie y los chicos caminaron lentamente, dejando atrás el rojo y brillante «Chevy» de Thurgood, estacionado a no mucha distancia de la camioneta de tío Harry.

A la llegada a la casa principal del rancho, el color había vuelto ya a las mejillas de Allie.

—Llamaremos al *sheriff* —dijo la chica—. Ese Thurgood… Yo sabía que ocultaba algo.

—Estoy seguro de que ya se ha puesto en contacto con él —contestó Jupe—. Y creo que lo mejor sería que no le acusases de nada.

—¿Por qué? ¡En esa mina hay un hombre muerto!

—Por ahora no tenemos la más mínima idea sobre lo que puede haber ocurrido allí —puntualizó Jupe.

Una nube de polvo apareció en la carretera que conducía a la población. Momentos después, vieron un sedán oscuro, que llevaba un rótulo en la portezuela delantera: *Sheriff*. El conductor era un hombretón armado con una «Stetson». El coche giró frente a la cabaña de Thurgood, deteniéndose.

Jupe sonrió.

—¿Has visto? —dijo a Allie.

Allie le correspondió con una maliciosa sonrisa.

—Me pregunto ahora qué es lo que Thurgood le contará al *sheriff*…

—¿Qué es lo que tú piensas contarle a tu tío?

Jupe le señaló con un movimiento de cabeza la carretera. La furgoneta de la finca se aproximaba. Tío Harry y Magdalena ocupaban los asientos delanteros. Nada más ver al primero, Jupe se dio cuenta de que estaba preocupado.

—¡Allie!

El vehículo se detuvo y tío Harry se asomó por la ventanilla.

—El *sheriff* Tait acaba de adelantarme en la carretera. Venía hacia aquí. ¿Ha ocurrido algo?

—En la mina de Thurgood hay un cadáver —replicó Allie, recreándose en cierto modo en sus palabras.

—¿Un cadáver? ¿En la mina?

Allie asintió.

—¡Madre de Dios! —Magdalena se apeó de la furgoneta—. Allie, hija, ¿cómo sabes tú eso?

Se hizo el silencio, un silencio bastante incómodo. Harrison Osborne miró fijamente a su sobrina.

—¿Volviste a visitar la mina, Allie?

Jupe dio un paso adelante.

—Estuvimos los cuatro allí, señor Osborne. Deseaba satisfacer mi curiosidad con respecto a los disparos de anoche y…

—¡No quiero oír más explicaciones! —replicó tío Harry, enojado —. Lo único que deseo es que os metáis en la casa y que no salgáis de ella para nada, ¿habéis comprendido?

Tío Harry echó a andar a buen paso en dirección a la cabaña de Thurgood. Por el camino se unió a él la señora Macomber, quien

había salido de su vivienda al pasar por allí el coche del *sheriff*.

Los Tres Investigadores y Allie, ya en la planta superior, fueron de ventana en ventana, intentando ver lo que sucedía fuera. Al cabo de un buen rato llegó a la finca de Thurgood una ambulancia, que maniobró delante de la entrada de la mina, ofreciendo a ésta la parte posterior. Transcurrió una hora antes de que se pusiera en marcha rumbo a la población. Entretanto habían llegado otros vehículos. Uno de éstos pertenecía al servicio de patrullas de la policía. Harrison Osborne regresó al rancho a las tres.

—¿Qué, tío? ¿Han detenido ya a Thurgood? —preguntó Allie.

—Por supuesto que no —dijo tío Harry—. ¿Y por qué habían de arrestarle? Quienquiera que fuese el muerto, llevaba en la mina mucho tiempo. El forense se encargará de practicar la autopsia. Todo parece indicar que el desconocido, hace años cayó al fondo de uno de los pozos, matándose. Eso es algo con lo que Thurgood nada tiene que ver. Debió de ocurrir antes de que fuera cerrada la entrada de la mina.

—Hace cinco años —comentó Magdalena, que acababa de presentarse, proveniente de la cocina—. ¡Pobre hombre! ¡Ha estado ahí cinco años, sin que nadie lo supiera!

—¿Fue la mina cerrada hace tan poco tiempo? —inquirió Pete —. Yo he oído decir que sé cerró hace cuarenta años…

—Verás, Pete —explicó Magdalena—. La mina quedó paralizada hace mucho tiempo, pero la gente podía entrar en ella. Lo que se hizo, cinco años atrás, fue colocar una verja de hierro en la entrada. Fue una primavera… Sí. Lo recuerdo perfectamente.

Jupe se sentó en el piso, jugando distraídamente con una piedra, que arrojó varias veces al aire.

—¿Qué tienes en las manos? —quiso saber Allie.

Jupe le enseñó la piedra.

—La cogí en la mina, antes de que te alejaras de nosotros con la linterna. —Se humedeció con la lengua un dedo y tocó la piedra—. Tú me dijiste que de allí había sido extraída mucha plata, hasta que se agotaron los filones. ¿Hubo oro en ella también?

—Que yo sepa, no.

Tío Harry confirmó este extremo, Jupe acercó la piedra a la luz.

—¿No ves una tira brillante aquí? —preguntó a la chica—. Probablemente se trata de una simple pirita de hierro.

—Pirita de hierro o no, a mí eso me tiene sin cuidado —declaró Allie—. Yo lo que quisiera saber es por qué razón Wesley Thurgood no informó a las autoridades acerca de la presencia de ese cadáver en la mina. Nosotros, al entrar allí, fuimos los que le forzamos a llamar al *sheriff*. Habiendo visto nosotros el cadáver, ¿qué otra cosa podía hacer?

Tío Harry estaba a punto de perder la paciencia.

—Wesley Thurgood ignoraba la presencia de ese hombre muerto en la mina —subrayó—. Hace tan sólo una semana que quitó la verja de hierro de la entrada. No ha dispuesto de tiempo para explorar la mina en su totalidad. ¿Para qué iba a querer ocultar él ese cadáver? No existe ninguna razón. Si no cesas de formular acusaciones infundadas me veré obligado a encerrarte en el sótano y a echarte un saco por la cabeza, bien amarrado.

Un coche se detuvo frente al porche, apeándose del mismo el *sheriff*. Magdalena le abrió la puerta antes de que pudiera llamar. Tío Harry se levantó, pero el recién llegado se fijó en Allie, a la que obsequió con una grave mirada.

—Esa mina, Allie, se llama Mortal… ¿Tú sabes por qué?

La chica hizo un gesto afirmativo.

—Cualquiera puede matarse andando por allí, ¿no es cierto?

Allí asintió nuevamente.

—Sí, *sheriff* Tait.

—Si tú te atreves a volver por allí te arrestaré y tendrá que ir a buscarte tu tío para que regreses a casa. Lo que acabo de decir es válido también para vosotros, muchachos.

El *sheriff* Tait aceptó la silla que le ofrecía tío Harry, sentándose frente a él.

—¿Conocéis ya la identidad de ese hombre? —inquirió Harrison Osborne.

Tait asintió.

—Creo que sí. En uno de los bolsillos del pantalón encontramos una cartera con una tarjeta de identificación que lleva unas señas de San Francisco. Telefoneamos a San Francisco, al registro de personas desaparecidas, por si figuraba en él un tal Gilbert Morgan, en las listas de hace cinco o más años. Tuvimos noticias enseguida. En un mes de enero, hace más de cinco años, Gilbert Morgan, que también había utilizado los nombres de George Milling, Glenn

Mercer y George Martins, salió de San Quintín después de haber cumplido una condena de seis años, de una sentencia de quince, por atraco a mano armada. Se presentó en dos ocasiones al agente observador de su conducta, en San Francisco, y posteriormente desapareció. Se le busca desde entonces. Verificaremos su identidad comparando tarjetas odontológicas. Pero la descripción general coincide con todo. El cadáver se ha conservado bastante bien. El clima aquí es muy seco; el cuerpo se ha quedado como momificado.

—¡Pobre señor Thurgood! —exclamó Allie, en un tono de voz especial, que a veces la hacía odiosa—. Supongo que él ignoraba que estuviese ese cadáver ahí, en su mina…

—Naturalmente que lo ignoraba. Habría puesto el hecho en mi conocimiento enseguida, de lo contrario. —El *sheriff* se puso en pie —. Acuérdate de lo que te dije hace unos minutos, jovencita.

El *sheriff* y tío Harry abandonaron la casa, poniéndose los dos a hablar fuera, en voz baja.

—Es muy raro que Thurgood no se decidiera a explorar la mina tan pronto como quitó la verja de la entrada —señaló Jupe—. De comprar una mina, es lo que haría yo.

—¡Ya os dije que ese individuo lleva algo raro entre manos! —insistió Allie.

—Hace cinco años —dijo Jupiter—, un mes de enero, un delincuente llamado Gilbert Morgan abandonó la prisión. Tras haberse presentado en dos ocasiones al agente de que dependía en San Francisco, desapareció. En cierto momento comprendido entre ese mes de enero y el día en que se cerró la mina, una primavera, llegó a Twin Lakes, entró en la mina y murió. ¿Dónde estuvo entretanto? Magdalena: ¿pudo haber estado ese hombre en la población?

Magdalena movió la cabeza, denegando.

—Twin Lakes es una población pequeña. Siempre se nota la llegada de un forastero.

Jupe bajó la cabeza.

—Cierto. Y siendo el hombre un fugitivo de la justicia, nada más lejos de su ánimo que querer llamar la atención.

Lo lógico es que escogiera un sitio donde hubiera mucha gente, donde pudiera pasar inadvertido. Sin embargo, se presentó aquí.

—¿Qué es lo que sucedió en Twin Lakes hace cinco años? —

preguntó Allie—. La mina fue cerrada y ese hombre se quedó dentro. ¿Habría otro hombre en la población que pudiera estar interesado en el caso? Del estilo de Wesley Thurgood…

—Me sorprendería mucho que llegáramos a dar con él —Bob había estado hojeando un montón de periódicos colocados sobre una mesita—. ¿Te sentirías mejor si efectuáramos algunas comprobaciones?

—¿Cuáles?

—Podríamos leer los ejemplares de distintas fechas del diario de la localidad —repuso Bob, cogiendo un pliego impreso—. Esto es la *Twin Lakes Gazette*. En estas páginas viene reflejándose todo lo que ocurre en la población. Hasta se dice quiénes tienen invitados y de dónde proceden éstos. Examinando la colección del diario, podríamos hallar una pista en forma de información relacionada con ese delincuente llamado Gilbert Morgan y su presencia en Twin Lakes.

—¡Estupenda idea! —exclamó Allie—. ¡Vámonos! Yo conozco al director del diario… Me entrevistó cuando llegué aquí. Le entretendré mientras vosotros rebuscáis en sus archivos.

—¿Crees que tu tío nos dejará salir de esta casa? —preguntó Pete.

—Nos dejará ir a donde se nos antoje —aseguró Allie— siempre y cuando estemos lejos de esa mina…

*CAPÍTULO 7*

# *Siguiendo el rastro del hombre muerto*

Tío Harry se negó a conceder la autorización necesaria para que Allie y sus amigos salieran del rancho aquella tarde. Luego decidió enviarlos a podar árboles, hasta la hora de la cena. Allie estuvo irritada durante algunas horas.

A la mañana siguiente, sin embargo, tío Harry se mostró más blando. Cuando Allie le dijo que deseaba llevar a los Tres Investigadores a la población, se limitó a contestar:

—No os paséis todo el día fuera.

—¿En qué vamos a invertir todo el día? —inquirió la chica—. ¡Poco es lo que hay que ver en Twin Lake!

Emprendieron aquel desplazamiento a pie, por la polvorienta carretera. Por el camino vieron varios coches que se dirigían hacia la finca de Thurgood. Uno de ellos se detuvo a su altura, asomándose un hombre por la ventanilla.

—¿Es ésta la carretera que lleva a la Mina Mortal? —preguntó el desconocido.

—Sí —respondió Allie.

—¡Magnífico! —El hombre fue a arrancar de nuevo, pero de pronto inquirió—: No seréis vosotros los chicos que encontraron el cadáver, ¿eh?

—Vámonos, Allie —dijo Bob, asiendo a la chica por un brazo.

—¡Un momento, un momento! —El desconocido se apeó del automóvil con una cámara fotográfica en las manos—. Quiero haceros una foto. ¿De acuerdo?

—No, no estamos de acuerdo —señaló Pete.

Apretaron el paso, sin llegar a correr. Vieron otro coche. Unos ojos les contemplaron con curiosidad desde el interior del vehículo.

—Era de esperar —manifestó Jupe—. Anoche, la televisión se ocupó de esa mina, y la gente es curiosa por naturaleza.

—No debes permitir que te hagan fotografías —recomendó Pete —. A tu tío, Allie, eso le disgustaría.

—Sé muy bien que se enfadaría.

La calle principal de la población registraba en el momento de su llegada mucha actividad. Circulaban bastantes coches por la calzada y paseaban por las aceras algunos transeúntes. Enfrente de su oficina, el *sheriff* Tait, acalorado, nervioso, hablaba con unas cuantas personas.

—Han acudido los reporteros periodísticos en busca de información —aclaró Bob.

El local de la *Twin Lakes Gazette* había sido en otro tiempo un almacén. Había allí un ventanal que daba a la calle, al otro lado del cual se divisaban dos viejas mesas. En una de ellas se veía un montón de papeles sueltos y otro formado por periódicos de otros lugares del Oeste. La segunda mesa estaba ocupada por un individuo alto y muy flaco, de rojizos cabellos, muy escasos, y de rasgos faciales agudos. Daba la impresión de hallarse muy excitado, manejando una máquina de escribir.

—¡Allie! —gritó al ver entrar a la chica—. Precisamente la chica a quien deseaba ver. Estuve hablando con Ben Tait. Me dijo que tú eres la que habías encontrado ese cadáver de la mina.

Allie sonrió.

—Hasta ahora, señor Kingsley, usted es la única persona que se siente feliz con tal hecho. El señor Thurgood habría acabado conmigo de buena gana, el *sheriff* Tait me ha amenazado con encarcelarme si vuelvo a acercarme a la mina, y tío Harry está furioso…

—Me consta. Se le pasará, no te preocupes. Claro que de aquí en adelante será mejor que te olvides de las minas. La verdad, no me gustaría escribir una nota necrológica encabezada con tu nombre. —El hombre miró de reojo a los Tres Investigadores—. ¿Son éstos tus amigos de Los Ángeles?

—Señor Kingsley: le presentó a Jupiter Jones. Ése de la puerta es Pete Crenshaw, y Bob Andrews es el de las gafas… Su padre trabaja en *Los Ángeles Times*.

—¡Vaya! ¡Ése es todo un periódico! —exclamó el señor Kingsley.

—Sí, señor —convino Bob.

Un mamparo de cristales separaba aquel despacho de la parte

posterior del local, donde no había mucha luz. Acertó a ver, sin embargo, una pequeña prensa rotativa y una linotipia. Flotaba en el aire un fuerte olor a tinta de imprenta, a polvo y a cosas viejas.

—¿Qué pasa? ¿Quieres echar un vistazo por aquí? —le preguntó el señor Kingsley.

—Me gustaría —confesó Bob—. Todo lo que se relaciona con los periódicos me interesa. ¿Maneja usted mismo la linotipia?

—Yo lo hago todo. Pero normalmente hay poco que hacer aquí. Esta semana la cosa ha cambiado. Hoy tenemos noticias que dar. Bueno, Allie, siéntate y cuéntame qué sentiste al asomarte a aquel pozo y ver el cadáver. Chicos, estáis en vuestra casa. Encended las luces de ahí dentro. Examinad las máquinas, si queréis.

Los Tres Investigadores pasaron a la parte posterior del mamparo. Jupe oprimió un interruptor y unas lámparas fluorescentes fijas en el techo iluminaron el recinto. Bob señaló unos estantes adosados a una de las paredes. Había allí varias filas de cajas de archivo, en las que aparecían unas fechas.

—Ésa debe ser la colección del periódico —apuntó Bob.

—Hemos de ver los números de hace cinco años —recordó Jupe.

Bob asintió, y los tres chicos empezaron a sacar cajas de los estantes. Seis de ellas se referían al año en que fuera cerrada la mina.

—Examinad los números uno por uno, fijándoos en los titulares —señaló Jupe—. Hemos de hacernos con todo lo que pueda representar una pista.

Se sentaron en el suelo, encargándose cada uno de una caja, extrayendo de ellas los periódicos para hojearlos atentamente. Estaban oyendo la voz de Allie en el despacho, contando a Kingsley lo que probablemente él ya sabía: que era una experiencia sumamente desagradable encontrar un cadáver.

Primeramente cundió el desaliento entre ellos. Hallaron informaciones referentes a dos pequeños incendios. En una gacetilla, se notificaba la compra de un nuevo coche para el *sheriff*. También se hablaba en aquellas páginas de personas que se habían presentado en Twin Lakes con objeto de pasar unos días con familiares suyos. No dieron de momento con nada que pudiera tener relación con Gilbert Morgan. Pero más tarde, en un número correspondiente a un 29 de abril, Jupe leyó algo que le hizo

comentar:

—Esto podría ser una pista…

—¿De qué se trata? —inquirió Bob.

Jupe guardó silencio momentáneamente, releyendo para si aquellas lineas. Finalmente, levantó la vista.

—Una niña de cinco años se ausentó de su casa, en las inmediaciones de la población y fue dada por desaparecida durante tres horas. Una partida que se organizó para buscarla consiguió encontrarla en la Mina Mortal. Parece ser que la entrada había sido cerrada con tablones, pero al correr del tiempo los curiosos, en unión de algunos vagos ociosos, quitaron algunos de ellos. La niña había entrado en la mina, donde se quedó dormida. Sus padres pretendieron reunir un poco de dinero para sellar la entrada definitivamente. Todos dijeron que la chiquilla hubiera podido encontrar la muerte de haberse adentrado más en la mina… Nosotros sabemos que aquella gente no andaba equivocada.

Jupe miró a su alrededor.

—¿Quién tiene el número del periódico siguiente a éste?

—Aquí está —Bob tendió al Primer Investigador el ejemplar que había estado hojeando—. En primera página se habla de la mina. El propietario del mercado de Twin Lakes colocó un recipiente metálico vacío junto a su caja registradora, pidiendo a todos sus clientes un donativo, con la idea de cerrar la mina mediante el dinero que se recaudara. En dos días reunió el suficiente para construir una buena verja de hierro. Esta verja fue pedida a Lordsburg. Su colocación quedó proyectada para el 14 de mayo.

El número del periódico del 13 de mayo traía nuevos detalles sobre aquel plan. En el del 20 del mismo mes se refería un cronista a la sencilla medida de seguridad. La gente se concentró en el lugar, celebrándose una breve ceremonia con motivo de la colocación de la verja.

—La verdad es que dieron a la cosa un realce exagerado —observó Pete.

—Ya oíste las palabras del señor Kingsley —le recordó Bob—. Aquí nunca suele pasar nada. El cierre de la mina fue un auténtico acontecimiento.

Contempló unas fotografías, en las que se veía a los habitantes de Twin Lakes transitando por la calle principal. De repente,

manifestó:

—¡Eh! Aquí hay algo más. En la cuarta página. Cuando la gente se echó a la calle para presenciar la colocación de la verja, se encontró un vehículo abandonado en la zona de la mina. Era un «Chevrolet», un sedán que fue identificado como el coche robado en el aparcamiento de un mercado de Lordsburg, tres días antes. Aquí se cita incluso al *sheriff* Tait, que supuso que el automóvil había sido robado por unos jóvenes de Twin Lakes que no quisieron regresar a pie desde Lordsburg. Previno a todo el mundo que si sorprendía a cualquier chico de la localidad dedicado a tales prácticas lo metería en la cárcel, sin más.

Bob apartó la vista del periódico. Jupe se estaba pellizcando el labio inferior, cosa que hacía siempre que reflexionaba intensamente.

—Un coche robado en Lordsburg y luego hallado cerca de la mina el día en que fue ésta cerrada —dijo—. Y dentro de la mina había un delincuente convicto. Creo que no me equivoco si afirmo que el automóvil fue robado por el hombre muerto. Se presentó en Twin Lakes y lo abandonó en las inmediaciones de la mina. Después, entró en ella, por una razón u otra… para no volver a salir jamás.

—Conforme —aprobó Pete—. Pero eso nos deja donde estábamos antes… Bueno, no exactamente. Podemos suponer que el hombre se trasladó desde San Francisco a Lordsburg, pasando de Lordsburg a Twin Lakes. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que lo trajo aquí?

Jupe se encogió de hombros.

Bob continuó viendo viejos periódicos. Nada halló que pudiera tener que ver con el misterio. De Wesley Thurgood no había la menor mención. En un número del mes de octubre del mismo año se anunciaba el regreso de la señora Macomber a Twin Lakes. En otra gacetilla aludíase a la compra por ella de parte de las tierras que en otro tiempo pertenecieran a los propietarios de la Mina Mortal.

—¿Cuánto tiempo estaría Gilbert Morgan en Lordsburg después de haber salido de San Francisco? —preguntó Jupiter, como si hablara consigo misma.

Pete se apoyó en la linotipia.

—¿Quién puede saberlo? Se hallaba en libertad vigilada. No

podía hacer mucho ruido. Y todo eso sucedió hace cinco años. Todo rastro ha quedado borrado, seguramente.

—Cierto —confirmó Jupiter—. Y tuvo que haber algún motivo para que viniera aquí. De otro lado… Bien, el caso es que estuvo en este lugar, y que visitó una mina posteriormente adquirida por Wesley Thurgood. ¿Cómo es posible que Thurgood no supiera nada acerca del cadáver? ¿Existirá alguna relación entre Thurgood, un triunfador, y Morgan, un ladrón? Sólo una cosa podemos hacer por el momento.

—¿Qué? —preguntó Pete.

—Intentaremos adentrarnos en el pasado de Morgan. Si estuvo en Lordsburg, se alojaría en alguna parte. Ya sé que es muy difícil dar con una pista al cabo de tanto tiempo, pero, en fin, probaremos suerte. Revisaremos los periódicos y consultaremos el directorio de la ciudad. No tenemos más salida que ésta, por ahora.

*CAPÍTULO 8*

# *Un ladrón en la noche*

Allie y sus amigos regresaron al rancho a primera hora de la tarde. Tío Harry se hallaba en el porche. Su roja faz denotaba su impaciencia. Había tres coches en el camino. Varios hombres se estaban dirigiendo al tío de Allie, discutiendo con él.

—Mi sobrina no puede entrevistarse con ninguno de ustedes —decía en aquellos instantes tío Harry—. Siendo como es, una chica muy sensible, se halla extraordinariamente afectada por…

Tío Harry se interrumpió al ver llegar al grupo.

—¡A casa, Allie!

De un salto cogió a la chica por un brazo, metiéndola materialmente en la vivienda. Jupiter, Pete y Bob se apresuraron a seguirla. Una vez ellos dentro, tío Harry cerró de un portazo.

—Esos tipos de ahí fuera son periodistas y no quiero que hables con ellos —explicó tío Harry.

—¿Por qué? —preguntó Allie—. Yo soy noticia, ¿no?

—Si tu madre llega a enterarse de lo que has estado haciendo, la emprenderá contra mí…

—Bueno, es demasiado tarde ya para evitar a esa gente —dijo Allie—. Acabo de hablar con el señor Kingsley.

—Eso es otro cantar —declaró tío Harry—. Es difícil que en el Lejano Oeste llegue a caer un ejemplar de la *Twin Lakes Gazette* en manos de los tuyos. Quiero que te quedes aquí dentro el resto de la jornada. Lo mismo os digo a vosotros, chicos. Y si esa gente sigue ahí, mañana no saldréis tampoco.

—Señor Osborne —contestó Jupiter—: queríamos ir a Lordsburg mañana…

—¿Para qué?

Jupe sacó de uno de sus bolsillos la piedra que cogiera en la mina.

—Deseaba enseñar esto a un joyero. Es una piedra que encontré ayer en la Mina Mortal.

Harrison Osborne sonrió.

—Me imagino lo que piensas: que eso es oro. No hay nada de eso, muchacho. Aquí no hay oro. Ahora bien, esta semana tengo que trasladarme a Lordsburg. Tú y Allie podríais acompañarme. En realidad, ¿por qué no os venís todos? No me agrada la idea de dejaros solos aquí. Corro el riesgo de que hagáis otra de las vuestras.

Tío Harry salió para deshacerse de los periodistas. Los Tres investigadores y Allie pasaron el resto del día leyendo y jugando. De vez en cuando Allie subía las escaleras para asomarse por una de las ventanas y echar un vistazo en dirección a las tierras de Wesley Thurgood. Informó alegremente que éste se mantenía a la expectativa en sus dominios, con un arma de fuego en las manos, y que el perro, cansado de ladrar al observar las andanzas de numerosos curiosos, se había tendido en el suelo quedándose dormido.

Aquella noche, los chicos subieron a su dormitorio muy pronto. Desde su ventana vieron una luz en la cabaña de Thurgood. Antes de que se acostaran, Thurgood apagó la luz. La casa de la señora Macomber, al otro lado de la carretera, se quedó también, al poco tiempo, a oscuras.

—Supongo que todo el mundo se siente muy fatigado esta noche —manifestó Pete, cubriéndose con las ropas de su cama—. Yo estoy cansado, en efecto, pero que me aspen si sé por qué.

—Yo creo que eso es una especie de reacción retrasada —opinó Bob—. La visión de aquel pobre hombre en la mina, ayer, resultaba impresionante. Sé que era un desgraciado, pero…

—¿Qué estaría haciendo allí? —inquirió Jupe, en voz alta. Era ésta una pregunta que se había formulado varias veces aquel día—. Pudiera ser que encontráramos algún rastro de Gilbert Morgan en Lordsburg.

—¿Piensas de veras enseñar esa piedra tuya a un joyero? —quiso saber Bob.

—¿Qué pierdo con ello? Además, así dispondremos de una buena excusa para movernos con libertad. Seguro que tío Harry no quiere que nos ocupemos para nada del muerto… Pero lo cierto es

que para nosotros éste ofrece mucho interés.

—Allie no piensa igual —subrayó Bob al apagar la luz—. Su atención se concentra exclusivamente en Wesley Thurgood, y yo no creo que hallemos ninguna clase de relación entre Thurgood y el delincuente.

—Es posible… Pero a mí me preocupa el hecho de que Thurgood no diera por sí mismo con el cadáver —replicó Jupe—. Ni siquiera sintió la curiosidad de explorar una mina de la que es propietario. Esto es muy extraño.

Los chicos guardaron silencio. Los tres pensaban en el hombre de la mina; los tres se preguntaban cómo había llegado hasta allí, y por qué había muerto.

Había avanzado bastante la noche cuando Pete abrió los ojos. Arrugó el ceño en la oscuridad, escuchando atentamente… Algo se movía en el exterior, más allá de las abiertas ventanas. Se incorporó ligeramente, apoyándose en un brazo. El sonido percibido antes llegó de nuevo a sus oídos: un desigual chirrido.

—¡Jupe! —llamó en voz lo más baja posible—. ¡Bob! ¡Escuchad!

—¿Qué ocurre? —preguntó Bob, volviéndose hacia él.

—Alguien acaba de abrir la puerta del pajar.

Pete abandonó el lecho, aproximándose a una ventana, descalzo. Miró a lo lejos. Bob y Jupe se unieron a él.

—La puerta está cerrada ahora —señaló Bob.

Seguidamente, los chicos vieron una luz que se desplazaba dentro del pajar, reflejándose en las polvorientas maderas de las ventanas. La luz se apagó, encendiéndose segundos después.

—Alguien se está alumbrando allí con cerillas —puntualizó Jupe —. ¡Vámonos!

Sólo necesitaron unos instantes para embutirse en sus camisas y pantalones, deslizando los desnudos pies en las zapatillas. Descendieron por la escalera en silencio, abriendo la puerta principal sin hacer el menor ruido.

En el firmamento no se veía ya el menor rastro de la luna. Avanzaron hacia el pajar. Jupe iba delante. A punto de llegar allí, Bob tropezó con una piedra, torciéndose un tobillo. El muchacho profirió un gemido apenas audible al caer al suelo.

La luz del pajar se había encendido una vez más. Luego, reinó nuevamente la oscuridad.

—¡Vaya! —resopló Pete.

Bob se sentó en el suelo, frotándose el tobillo dolorido sin perder de vista el pajar. Al cabo de unos segundos se incorporó. Los tres fueron aproximándose a la desvencijada estructura. Jupe alargó una mano tocando el pestillo, que tintineó ligeramente.

De repente, la puerta se abrió, estrellándose contra el pecho de Jupe, que cayó hacia atrás. Pete se echó a un lado en el momento en que una fornida figura irrumpía en el umbral, saliendo disparada para perderse entre los árboles existentes junto al camino.

—¿Quién es? —rugió alguien desde la casa—. ¿Quién anda por ahí?

Jupe se puso en pie.

—¡En el pajar había un ladrón! —gritó.

—¡Oh, buenas noches! —exclamó tío Henry—. Llamaré al *sheriff*.

Pete señaló hacia la casa de Thurgood.

—¡Echó a correr por ahí!

Los Investigadores escucharon atentamente, mirando a un sitio y a otro, pero no percibieron ningún sonido. En la zona de los árboles no había más que sombras y una gran quietud.

—No puede estar lejos de aquí —subrayó Jupe.

Pete tragó saliva, decidiéndose a internarse en la arboleda. Aguzó los oídos. Esforzábase por percibir algún sonido, un rumor que delatara cualquier movimiento a su alrededor. Se dio cuenta de que Bob y Jupe le seguían. Luego Jupe se desplazó ligeramente a la izquierda, y Bob se apartó de él en sentido contrario. Pete avanzó solo. Sus pasos eran cautelosos y procuraba evitar los matorrales.

Finalmente, Pete se detuvo. Oyó un zumbido en sus oídos y algo más, un rumor inconfundible, el de una agitada respiración. Alguien estaba cerca de él, procurando recobrar el aliento, como si hubiese recorrido una gran distancia.

Pete se quedó como paralizado y continuó oyendo aquella angustiada respiración. Al parecer, el desconocido, se encontraba a dos o tres metros del chico, al otro lado de un árbol que éste habría podido alcanzar fácilmente, de proponérselo. Pete abrió la boca para llamar a Jupe y a Bob… Vaciló. Si daba una voz, el ladrón emprendería otra vez la huida.

Pete oyó el ruido de un coche en la carretera. Sonrió. El *sheriff* había atendido la llamada de tío Harry… y él tenía al ladrón

localizado.

Pero cuando el automóvil giraba para enfilar la entrada del rancho, barriendo con los haces luminosos de los faros fugazmente las inmediaciones, el desconocido abandonó su refugio en un frondoso árbol. Pete saltó sobre él. Pero enseguida vio, perfilado contra el firmamento nocturno, un brazo en alto… y algo que le hizo tirarse al suelo. ¡Una acerada hoja relampagueó en el aire, seccionando la copa de un pequeño árbol! Luego, el fugitivo desapareció, respirando dificultosamente, dando continuos tropezones…



Pete se incorporó sobre sus rodillas. Temblaba.

Jupe se plantó instantáneamente a su lado.

—¡Un machete! —exclamó Pete—. ¡Llevaba un machete! ¡Hubiera podido decapitarme del primer golpe!

*CAPÍTULO 9*

# *La tierra tiembla*

El *sheriff* Tait tenía un ayudante, un joven llamado Blythe. Cuando los dos hombres se enteraron de que había entrado alguien en el pajar, y de que el desconocido había atacado a uno de los muchachos con un machete, encendieron sus potentes linternas, comenzando a explorar las inmediaciones. Localizaron el rastro del fugitivo cerca del árbol en que Pete se detuviera. El *sheriff* siguió las huellas de sus pasos, hasta que las mismas se perdieron entre otras muchas en la carretera, no lejos de los dominios de Thurgood.

Los Investigadores y Allie observaban desde las ventanas de la casa lo que estaba ocurriendo fuera. El *sheriff* y su ayudante continuaban explorando el terreno. Despertaron a Thurgood y entraron en su cabaña, mientras el perro guardián ladraba ferozmente. Visitaron también la mina. La señora Macomber se había levantado, encendiendo las luces. Los dos hombres penetraron en su vivienda, registrando las otras construcciones de que era propietaria. Una hora después regresaron al rancho.

—El desconocido tiene que haberse encaminado a las montañas —informó el *sheriff* a tío Harry—. Allí, en plena oscuridad, nos será imposible localizarlo. Tampoco creo que logremos nada positivo con eso… Probablemente es uno más entre los muchos haraganes que llegaron de Lordsburg o Silver City cuando se enteraron del hallazgo del cadáver en la mina. Siempre que ocurre algo fuera de lo normal tenemos que vérnoslas con toda clase de chiflados. Sin embargo, hubiera preferido que no se asustase hasta el extremo de decidirse a coger ese machete.

El *sheriff* Tait y Blythe, su ayudante, regresaron a Twin Lakes. Tío Harry cerró luego con llave la puerta principal. Asimismo cerró las ventanas de la planta baja.

A la mañana siguiente, nada más abrir los ojos, los

Investigadores oyeron unas fuertes risas. Al bajar del dormitorio vieron que Allie sentada en una de las banquetas de la cocina, escuchando con evidente placer todo lo que decía la señora Macomber, quien charlaba animadamente con Magdalena mientras saboreaba una taza de café. En la curtida faz de la viuda había una risueña expresión.

—Lamento lo de anoche —dijo Jupe, una vez hechas las presentaciones—. Quizá le causamos algunas molestias.

La señora Macomber dejó oír una breve risa.

—Nada de eso —repuso—. Anoche tuve ocasión de recordar los viejos tiempos. Hace cuarenta y cinco años, Twin Lakes era toda una ciudad. Todos los sábados por la noche había terribles peleas, viéndose obligado siempre el *sheriff* a intervenir.

—Hablando de los viejos tiempos —medió Allie—, ¿se acordó usted también de Wesley Thurgood?

—¿Cómo podía olvidarlo? Lo veo a diario.

—¿Se acuerda usted entonces de cuando era un niño? Él asegura que nació aquí.

—Y es verdad —manifestó la señora Macomber—. Su gente ocupaba la casita verde situada junto a la oficina del *sheriff*. Y su padre trabajaba como capataz en el turno de noche. Era un hombre entendido como minero. Wesley fue el último de los niños que yo vi nacer aquí, antes de irme. Esto ocurrió al final de los días de esplendor, cuando todos empezaron a abandonar la población. Wesley andaba a gatas cuando la mina cerró, ausentándose los suyos. Siempre he querido preguntarle por sus padres (no sé qué hicieron después de salir de Twin Lakes), pero nunca se me ha deparado una oportunidad… Siempre anda terriblemente ocupado, yendo de un lado para otro con ese raro vehículo suyo pintado de rojo, llevando y trayendo cosas, moviéndose por la mina. Esta mañana, al amanecer, ya estaba levantado. Lo vi tocado con ese absurdo sombrero que lleva siempre, que necesita igual que yo otra cabeza.

El grupo de la cocina oyó el ruido de un coche avanzando por la carretera. Allie subió corriendo la escalera para mirar por la ventana del descansillo. Regresó enseguida, para notificar a todos que Thurgood había vuelto y que le acompañaban dos hombres.

—Parecen mejicanos… —dijo la chica—. ¿Qué se propondrá?

—¿Por qué no se lo preguntas? —sugirió la señora Macomber.

—Porque no quiere hablarme —repuso Allie—, y si le importuno de nuevo, tío Harry ha amenazado con encerrarme aquí bajo llave.

—Dudo de que llegue a eso —declaró la señora Macomber.

La mujer se despidió de todos, dirigiéndose a su casa, al otro lado de la carretera.

En el curso de los siguientes días, los Tres Investigadores terminaron de podar el grupo de árboles más numeroso, reanudando su trabajo en otra zona. Allie les ayudaba, pero pasaba también mucho tiempo paseando con su caballo por las inmediaciones de las tierras de Wesley Thurgood. Los dos trabajadores de ojos oscuros y morenos cabellos se habían instalado al parecer en la gran estructura que en otro tiempo fuera el taller de la explotación minera. Una caseta de madera existente cerca de la entrada de la mina había sido dotada de un candado nuevo, reluciente. Veinticuatro horas después de la llegada de los dos hombres, se presentó allí un camión cargado de sacos de cemento, varias docenas de postes de hierro y algunos grandes rollos de alambre de espino. Bajo la dirección de Thurgood, la pareja se dedicó a instalar una cerca de casi dos metros y medio de altura en torno a la propiedad.

—Se está tomando muchas molestias para proteger una mina que no tiene ningún valor —observó Allie durante la comida, el mismo día en que los mejicanos iniciaron su labor—. ¿Quién va a fijarse en esa mina?

—Tú, por ejemplo —contestó su tío—. Darías lo que fuera por entrar en ella, y Thurgood lo sabe. ¿Y qué voy a decir de toda esa gente que se presentó aquí cuando fue hallado el cadáver? No se lo reprocho. Si todos se interesaran por mis árboles como se interesan por las minas, me vería obligado también a cercar el rancho.

Tío Harry se marchó tras la comida. Tenía cosas que hacer.

Jupe se reclinó en su asiento, preocupado.

—Nadie se interesa demasiado por estos árboles —dijo—. ¿Qué hacía entonces un ladrón la otra noche en el pajar? ¿Qué puede haber en éste capaz de suscitar una ávida curiosidad?

—Allí, nada —opinó Pete—. Allí sólo se encuentra heno para los caballos, algunas herramientas, unas mangueras, y un coche viejo que no anda.

—Tal vez quisiera hacerse el ladrón con un machete —apuntó Allie.

—Es una idea —manifestó Bob—. Un machete es un arma terrible. Pero si alguien deseaba un arma, ¿por qué había de ser un machete? Un revólver es más útil. Son muchos los hombres de Twin Lakes que poseen armas de fuego.

Una vez fregados los platos decidieron girar una visita al lugar, que no les reveló nada nuevo. Al salir de allí vieron el rojo «Chevy» de Thurgood, dirigiéndose a la mina. Junto a Thurgood, delante, divisaron un caballero de aspecto muy digno, que vestía un liviano traje de verano y se cubría con un sombrero blanco. Allie y los chicos echaron a correr hacia la casa para asomarse por la ventana del descansillo, desde donde podían observar perfectamente a Thurgood y a su visitante.

Los dos mejicanos no estaban trabajando en la cerca. Uno de ellos emergió de la mina. Miraba fijamente al frente mientras empujaba una carretilla cargada de tierra y piedras, Al llegar a la altura de Thurgood y su acompañante, el primero le hizo una seña para que se detuviera. Luego Thurgood se inclinó, cogiendo un puñado de tierra de la carretilla y mostrándosela al caballero del sombrero blanco. El trabajador continuó avanzando, vertiendo su carga en una rampa hecha con dos gruesos tablones. Seguidamente entró en el antiguo taller de la explotación por una puerta lateral. Thurgood y el otro penetraron en la mina.

Un minuto después, Allie y los chicos oyeron el sonido de una explosión apagada. El rumor persistió en sus oídos durante unos segundos…

—¡Está disparando de nuevo! —proclamó Allie.

—Eso no ha sido un arma de fuego —declaró Jupiter—. Fue algo mucho más fuerte. ¡Fue un explosivo, seguramente!

Al otro lado de la carretera la señora Macomber apareció en su porche, mirando hacia la mina.

Thurgood y su visitante se plantaron en la boca de aquélla. Les acompañaba el segundo trabajador. Se adentró en el taller empujando una carretilla cargada. Thurgood y su huésped estuvieron hablando durante unos minutos. A continuación subieron al vehículo rojo, conducido por Wesley, quien se dirigió a la carretera. No hizo el menor caso de la señora Macomber, todavía

en el porche de la vivienda. Minutos después la mujer se encaminaba al rancho, intentando, mientras avanzaba, cerrar el broche de un gran brazalete indio.

Los Tres Investigadores y Allie bajaron, coincidiendo con la señora Macomber en la puerta.

—¿Qué os parece eso? —preguntó—. ¡Wesley Thurgood está trabajando la mina!

Salió Magdalena de la cocina.

—¡No puede ser, señora Macomber! —protestó—. Esa mina está agotada. Lo ha dicho usted misma. Ahí ya no queda el menor rastro de plata.

—Está trabajando en ella, de todos modos —insistió la señora Macomber—. ¿Es que no oyó usted la explosión? No puedo estar equivocada. He oído demasiadas veces ese estruendo.

—Puede ser que desee convertir la mina en una atracción para turistas —sugirió Pete.

La señora Macomber pareció sentirse muy afectada.

—¡Echará a perder estos parajes! El turismo significa embotellamientos de tráfico, basuras… y…

—Bueno, al fin y al cabo esa finca es suya —manifestó Allie, imitando a su tío.

La señora Macomber hizo un gesto que denotaba su impaciencia y salió de la casa.

Jupe consideró detenidamente la situación.

—No creo que Wesley Thurgood piense abrir la mina para los turistas —decidió—. Twin Lakes es una población que queda lejos de las rutas comerciales.

—Pues entonces, ¿qué se propone? —inquirió Pete.

Jupe sonrió.

—Podríamos preguntárselo a sus trabajadores mejicanos —alegó—. Thurgood y su visitante se han ido. Veamos qué es lo que esos hombres pueden decirnos.

Unos minutos más tarde, los Tres Investigadores y Allie se situaban junto a la cerca de la propiedad de Thurgood, llamando a los dos hombres. Se dirigieron a ellos en inglés y no obtuvieron respuesta. Recurrieron al español, del que conocían unas cuantas palabras, y obtuvieron idéntico resultado. Los dos mejicanos se limitaron a mirar a los chicos con evidente recelo.

Optaron por regresar a la casa, con el propósito de pedir a Magdalena que les ayudara.

—Usted habla su idioma, Magdalena —dijo Pete—. En usted confiarán, ¿no cree?

Magdalena quiso complacerlos, dirigiéndose a la cerca de Thurgood. Pronto volvió para dar cuenta de su fracaso. Aquellos individuos no le habían hecho el menor caso. Había conseguido aproximarse allí sin que el perro la viera. Después, el animal empezó a ladrar furiosamente, delatando su presencia. Los mejicanos habían estado charlando. No habían captado más que una palabra de su conversación: «oro».

—¿Oro? —repitió Jupiter—. ¿Andará buscando oro en esa mina Thurgood?

—¡Pero si fue una mina de plata! —protestó Magdalena.

—A menudo el oro y la plata se encuentran juntos —explicó Jupe. Sacó la piedra de la rara veta brillante—. Tu tío piensa ir a Lordsburg, Allie… ¿Cuándo va a ser eso?

—Dijo que mañana —informó la chica.

—Le acompañaremos. Vamos a saber exactamente qué es lo que contiene esta piedra.

*CAPÍTULO 10*

# *¿Es oro la veta?*

Ya en Lordsburg, después de estacionar la furgoneta junto a una agencia de transportes, tío Harry dijo a sus jóvenes acompañantes:

—Pedí unos árboles a San José. En cuanto los haya recogido, iré a un almacén de materiales de construcción, pues necesito adquirir varias cosas. Nos veremos aquí a la una, para comer algo antes de emprender el viaje de regreso al rancho.

—Yo me quedo con Jupe, Pete y Bob —anunció Allie.

—Bueno. No me busquéis complicaciones, ¿eh? Aunque, verdaderamente, no sé por qué he de estar preocupado. Aquí, como no hay minas, no corremos el peligro de que te metas en una.

Tío Harry entró en el edificio inmediato.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Allie, deseosa de acción.

—Veremos lo de la piedra de Jupe —propuso Pete—. Esto no nos ocupará mucho tiempo. ¿Vamos a decirle al joyero dónde la encontramos cuando se la enseñemos?

—No. Es mejor —opinó Jupiter—. Hay que evitar que el rancho sea visitado por otros ladrones, y si esa veta es oro, nos encontraremos allí con un enjambre. Yo me ocuparé de eso. Ya se me ocurrirá alguna contestación oportuna.

Dos manzanas más abajo vieron una tienda con el escaparate lleno de relojes y pendientes. Un rótulo anunciaba que el propietario, J.
B. Atkinson
, compraba oro y plata.

—Exactamente lo que buscábamos.

Jupiter Jones abrió la puerta del establecimiento y entró en el mismo.

Un hombre grueso y de sonrosada faz ocupaba una banqueta al otro lado de un mamparo de cristales. Se había encajado en un ojo

una lente de joyero y estaba reparando un reloj. Vieron una bandeja cubierta de bellas piezas de plata, así como algunos alfileres y sortijas de oro, con el aspecto de haber sido usados.

—¿El señor Atkinson? —preguntó Jupe.

El hombre depositó sobre su mesa un diminuto destornillador y se quitó la lente, sonriendo.

Jupiter le mostró la piedra.

—Hemos pasado varios días con unos amigos de Silver City —explicó el chico—. Paseando por unos montes de allí conocimos a un viejo buscador de oro.

Atkinson asintió.

—Los hay por aquí, todavía.

—Dijo que andaba necesitado de dinero —continuó diciendo Jupiter—. Después de enseñarnos esta piedra nos comunicó que estaba dispuesto a vendérnosla. Añadió que llevaba la piedra mucho tiempo encima…

Jupe entregó la piedra a Atkinson.

El hombre examinó la piedra atentamente frotándola repetidas veces con un dedo. Continuaba sonriendo.

—¿Qué le disteis por ella? —preguntó.

—Cinco dólares —contestó Jupiter.

—Si es oro o no habrá que verlo… —murmuró Atkinson.

El hombre tiró de un cajón, del que sacó una botellita y una minúscula lima. Practicó una pequeña hendedura en la brillante veta de la piedra y vertió una gota del líquido contenido en el frasco.

—Esto es ácido nítrico —explicó—. En su presencia, se produce una reacción con la mayor parte de los metales. La única excepción, casi, es el oro. —Al cabo de unos instantes, asintió—. Pues sí. Creo que es oro.

—¿Se encuentra a menudo oro puro en la naturaleza? —preguntó Jupe.

—Habitualmente se encuentra en combinación con otros metales —repuso el joyero—. Éste parece ser del fino. ¿Dónde hallaría esta piedra vuestro amigo?

—No nos lo dijo —manifestó Jupe.

Atkinson devolvió la piedra al Primer Investigador.

—Yo supongo que esa piedra la encontró en alguna mina

agotada, de California probablemente. Muchos de los tradicionales buscadores de oro se ganaban la vida lavando arena en las corrientes de agua situadas en las proximidades de antiguas explotaciones.

Jupe se guardó la piedra en el bolsillo.

—El oro se encuentra a menudo combinado con otros metales. ¿Cree usted que hay algo de plata en éste?

—No. Es rojizo, lo cual delata la presencia de un poco de cobre. La plata le hubiera dado un tono verdoso. —El hombre abrió una de sus cajas, sacando de la misma una pieza que parecía tener muchos años. Ofrecía la forma de una hoja, y era de oro con cierto matiz verde—. Esto es lo que nosotros llamamos oro verde. Hay aquí un veinticinco por ciento de plata, cosa que significa que es oro de dieciocho quilates. Estos anillos de ahí son más finos. La gente los compraba antes para regalo, con motivo de un bautizo. Es oro de más de veinte quilates. Por eso algunos de ellos están tan desgastados. Son muy blandos. De vez en cuando vendo alguno, a título de curiosidad. Y eso es lo que vosotros tenéis ahí, en vuestra piedra: una curiosidad. Un recuerdo de los viejos tiempos de la fiebre del oro.

—¿Vale la piedra los cinco dólares que dimos por ella? —inquirió Pete.

—Me figuro que sí —informó Atkinson—. Hoy en día, en ocasiones se paga más dinero por cualquier pedazo de plástico. Conserva tu piedra, muchacho. Si algún día deseas hacerte con lo que contiene un alfiler de corbata o algo por el estilo, ven a verme.

Los chicos dieron las gracias a Atkinson por sus explicaciones y salieron a la calle.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. En esa mina, por lo visto, hay oro.

—Y también cobre —replicó Jupe, pensativo—. Pero el oro de nuestra piedra no está mezclado con plata. Es raro, ya que de la Mina Mortal en otros tiempos se extraía plata. Ya sé que en una misma explotación puede haber oro y plata. Ahora bien, ¿oro, plata y cobre…?

—Muy interesante, ¿eh? —comentó Allie—. Ese tipo, Thurgood, ha encontrado allí un filón cuya existencia nadie había sospechado nunca. Su padre trabajó en la mina… Es posible que él descubriera

algo, comunicándoselo a Wesley. Luego, Thurgood inventó esa historia acerca de su vuelta a la población de su niñez por motivos sentimentales. Compró la mina y ahora quiere explotarla.

Jupe frunció el ceño.

—Si es verdad que de un familiar a otro se transmitió la noticia secreta de la existencia del filón… ¿por qué tardó Thurgood tanto tiempo en regresar aquí? Hubiera podido dedicarse a sus investigaciones en cualquier momento a lo largo de los últimos veinte años, después de adquirirla por poco dinero. Puede ser que no le interesara el asunto de joven, cambiando de parecer hace unos años, con la subida del precio del oro. ¿Por qué no se dejó ver por aquí Thurgood entonces?

—¿Quién nos dice que no estuvo en estos parajes? —insistió Allie—. Puede ser que estuviera aquí hace cinco años, cuando Gilbert Morgan se cayó al pozo… Tal vez anduvieran asociados. Es posible que riñeran y que Thurgood hiciera caer a Morgan, para que se matara.

—¡Eso es absurdo, Allie! —protestó Bob—. Un hombre que había triunfado en la vida, ¿cómo iba a perder la cabeza con motivo de la posesión de una vieja mina? Ninguna razón justifica tal actitud. Y si en la mina hay oro y él lo sabía, ¿por qué habían de asociarse? Nadie le hizo ninguna pregunta cuando adquirió los terrenos, ¿verdad? Pero, hablando de ese delincuente, ¿no sería mejor que probáramos a dar con su rastro?

Bob sacó su agenda, poniéndose a leer una de sus páginas:

—«Gilbert Morgan. Estuvo en libertad vigilada, dejando de presentarse a la policía. Utilizaba también los nombres de George Milling, Gleen Mercer y George Martins. Salió de San Quintín y desapareció de San Francisco hace cinco años. Probablemente, abandonó la ciudad en el mes de enero o en los primeros días de febrero. Puede ser que llegara a Twin Lakes en mayo del mismo año, utilizando un coche robado en Lordsburg».

—Has resumido muy bien todos los datos —aprobó Jupiter.

—Siempre empleó las iniciales G. M., fuera cual fuera el nombre utilizado —añadió Bob—. Todo eso es lo que sabemos. Si estuvo en Lordsburg algún tiempo, dejaría algún rastro. ¿Por qué no probamos suerte en la biblioteca pública? Allí tendrán guías telefónicas, directorios ciudadanos y hasta ejemplares atrasados del

periódico local…

Allie les guió hasta la biblioteca. Jupe dijo a una empleada que aprovechando unas vacaciones que estaba pasando allí intentaba localizar a un tío suyo del que no sabía nada desde hacía mucho tiempo.

—Hace cosa de cinco años envió una tarjeta postal a mi madre desde Lordsburg —agregó—. Le escribimos, pero las cartas nos fueron devueltas porque no disponíamos de unas señas exactas. Prometí a mi madre que haría todo lo que pudiera por dar con él.

La bibliotecaria, impresionada por la formalidad de Jupe, le facilitó unas guías telefónicas y directorios correspondientes a los últimos cinco años. Allie y los chicos se acomodaron en torno a una larga mesa.

—Buscad un nombre que tenga las iniciales G. M. —indicó Jupe —. Ha de ser un nombre que sólo aparezca en un directorio o en una guía… de hace cinco años.

El trabajo no llevó mucho tiempo. A los pocos minutos, habían comprobado los nombres de dieciséis personas con las iniciales G. M. Todas ellas, menos una, habían permanecido en Lordsburg. El nombre destacado así, Gilbert Maynard, faltaba en varios directorios, pero aparecía en la guía telefónica corriente.

—Esa persona debió ausentarse, para regresar luego —manifestó Jupe—. Se alojó en las mismas señas.

—Entonces no puede tratarse de nuestro hombre —opinó Pete —. Bien. Morgan pasó por esta ciudad sin hacer ninguna de las cosas consideradas normales: colocarse, pedir un teléfono o empadronarse como residente.

—Si llegó a estar aquí, sólo unos pocos meses permaneció en la ciudad —puntualizó Bob.

—¿Ha habido suerte? —preguntó la bibliotecaria.

—No. Al parecer, mi tío no estuvo aquí —confesó Jupe. Se esforzó por dar la sensación de que se hallaba disgustado—. Tío Geoffrey tenía una manera… muy especial de llamar la atención. Quizás el periódico de cualquier día del año que a nosotros nos interesa…

—¡Ah! Conque era de esa clase…

La bibliotecaria movió la cabeza, pero los llevó hasta una habitación en cuyas estanterías se hallaba la colección

encuadernada del periódico de Lordsburg. No encontraron nada, nada que de un modo u otro pudiera guardar relación con el difunto atracador… hasta que llegaron al número correspondiente al 10 de mayo, cinco años antes.

Bob leyó unos titulares:

—«La Mina Mortal va a ser cerrada». En consecuencia, el cierre fue anunciado en este periódico. ¿Pudo tener algo que ver tal cosa con la muerte de nuestro atracador?

Jupe se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! Es posible que leyera la noticia en el periódico, decidiendo, por una razón que ignoramos, trasladarse a Twin Lakes para explorar la mina. ¿Qué día fue robado el coche en la zona de aparcamiento en que se encontraba?

Bob consultó sus notas.

—El 11 de mayo —repuso—. Es decir, un día después de que fuera anunciado el cierre de la mina en el periódico, y tres antes de que la misma quedara efectivamente cerrada. Estas cosas deben de estar relacionadas…

—¿Y qué? —alegó Allie—. Ese hombre se entera de que van a cerrar la mina, y tiene tanta prisa por llegar a ella que roba un coche, con el que se traslada a Twin Lakes. Una vez en la mina, se cae a un pozo, se mata… ¡y ya no vuelve a saberse nada de él en cinco años! Esto no tiene el menor sentido. Supongamos, sin embargo, que él y Thurgood se hubiesen citado…

—¡Allie! —saltó Pete—. ¿Es que no puedes olvidarte de Thurgood por un momento?

—Estamos donde habíamos comenzado —señaló Bob—. Sabemos que Gilbert Morgan pudo haber estado en Lordsburg y que pudo haber robado un coche, trasladándose a Twin Lakes, pero no nos es posible probar tales extremos. Había una probabilidad y teníamos que explotarla…

—No hemos perdido del todo la mañana —declaró Jupiter—. Estamos seguros de una cosa. —Enseñó a sus amigos la piedra cogida en la mina—. Sabemos que había oro en la Mina Mortal el día en que fue hallado el cadáver de Morgan. No sé qué puede significar eso, pero algo representará.

*CAPÍTULO 11*

# *El ladrón hambriento*

Llegaron al rancho, de regreso de su viaje, hacia el mediodía. Los chicos ayudaron a tío Harry a descargar la furgoneta, colocando los nuevos árboles cerca del pajar, donde fueron regados con una manguera. Cuando tío Harry se hubo metido en la casa, Jupe se volvió, fijando la vista en la casa de la señora Macomber.

—Yo creo que vuestra vecina sabe acerca de la Mina Mortal más cosas que nadie en Twin Lakes —dijo el Primer Investigador.

—¿La señora Macomber? Seguro que sí —contestó Allie.

—¿Le hacemos una visita? —sugirió el chico.

Sus amigos se mostraron bien dispuestos. Después de haber cruzado la carretera, llamaron a la puerta de la casa. La viuda les invitó a pasar. Se adentraron en la pequeña y pulcra cocina de la vivienda.

—¿Está usted trabajando? —preguntó Allie a la señora Macomber.

Ella sonrió, y las arrugas de las comisuras de sus párpados se tornaron más visibles.

—No ando muy atareada en la actualidad —dijo—. No obstante, os quedaría muy agradecida, muchachos, si sacaseis de la parte posterior de mi coche una caja que coloqué allí. Tengo que colocar en sus respectivos sitios mis provisiones. De lo contrario, me expongo a que se me echen a perder los productos congelados que he adquirido.

—Yo me encargaré de eso —se ofreció Pete.

El vehículo de la señora Macomber se encontraba junto a la casa. La caja en cuestión estaba atestada de bolsas de papel y pequeños paquetes. Pete la llevó a la cocina, dejándola sobre una mesa.

—Muchas gracias —dijo la mujer—. Cada vez puedo hacer

menos cosas.

Fue apilando en la mesa de la cocina sus verduras, el pan, los alimentos congelados y las restantes cosas.

De repente, percibieron un apagado estruendo. La señora Macomber se acercó a una ventana.

—Wesley Thurgood vuelve a jugar a los mineros —comentó—. Lo esperaba. Lo vi entrar en la mina con uno de sus visitantes.

—Al parecer, ha puesto la mina en explotación —apuntó Jupiter.

—Pues sí, cualquiera creería eso —convino la señora Macomber —. Está utilizando explosivos, de ello no hay duda. Yo nací aquí y estoy familiarizada con esa clase de ruidos. Mi marido y yo vivíamos en esta casa siendo él superintendente de la mina. La dinamita, al explotar en un túnel, produce un estruendo inconfundible. Pero Thurgood no se dedica a esta tarea continuamente. Sólo opera cuando tiene compañía. Me imagino que lo suyo es una especie de exhibición, realizada en honor de sus acaudalados amigos de Los Ángeles.

—¡Qué pasatiempo más salvaje! —exclamó Bob.

—Conozco otros más extravagantes —subrayó la mujer, sonriendo—. Una vez oí contar la historia de un hombre que adquirió una locomotora. Hizo instalar detrás de su casa trescientos metros de vía férrea y se pasaba las horas yendo y viniendo con la máquina. Cuando jugaba con su enorme juguete, aquel individuo se embutía en un uniforme de ferroviario. Hizo dinero. La gente que es así todo lo convierte en billetes. Ese hombre se valía de aquel truco para atraer a la gente al salón de baile de que era dueño. Puede ser que Wesley Thurgood desee evocar los antiguos tiempos, la época en que su padre trabajó como minero. Es una manía inofensiva.

—Usted presenta su actividad como algo completamente inocente —señaló Allie.

—Acepta mi consejo: no le busques tres pies al gato. Evita las complicaciones —contestó la mujer—. La verdad es que la tienes tomada con Thurgood porque… él no ha sido nunca complaciente contigo. Creo que no es tuya la culpa. Es un hombre más bien áspero. Yo me alegro de que se haya decidido a cercar sus tierras. Así su perro no disfrutará de tanta libertad. Pero ninguno tenemos derecho a reprocharle su aislamiento ni a prohibirle que tenga un

perro guardián.

Volvieron a oír el estruendo de minutos antes.

—Señora Macomber —preguntó Jupe—: ¿no podría ser que Thurgood se hubiese decidido a explotar la mina con objeto de conseguir algún beneficio?

Ella movió la cabeza, denegando.

—La Mina Mortal está agotada, completamente agotada. La última plata que dio se acabó hace cuarenta años. Esto lo sé muy bien. Mi marido y yo pasamos muchos apuros tras el cierre de la mina. Nos vimos obligados a salir de aquí. ¿Tú crees que nos hubiéramos ido de haber existido la probabilidad de continuar viviendo en este lugar? A la muerte de Henry, que falleció hace veinte años, a consecuencia de un ataque al corazón, cobré el dinero del seguro y abrí una tienda en Phoenix. Me dediqué a vender joyas indias y mocasines a los turistas. Pero acabé perdiéndolo todo. No sirvo para los negocios. Vendí el establecimiento, aunque seguí trabajando en él. Con mis privaciones procuré ahorrar algún dinero, a base de trabajar mucho, de pasarme días y más días en pie. —La expresión del rostro de la señora Macomber era muy dura. De pronto, se ablandó—. Me propuse volver aquí al retirarme —continuó diciendo—. Quise regresar al sitio en que había sido feliz, y me alegro de haber procedido así. Puede ser que Thurgood obre impulsado por idéntico objetivo. Me acuerdo de cuando era un niño de cara eternamente sucia, que correteaba por Twin Lakes chupando un caramelo de ésos con palito. Ya se notaba algo muy peculiar en él de chiquillo, pero… la verdad es que no acierto a recordar qué era…

—La mina, sin embargo… —insistió Allie.

—Bien. Esa mina hizo de Twin Lakes lo que era entonces —replicó la señora Macomber—. Pero yo no pensé que para evocar mis años felices tuviera que ser necesariamente dueña de la mina. Seguramente Wesley Thurgood piensa lo contrario. A lo mejor quiere llevar la cosa a sus últimas consecuencias, convirtiéndose en un auténtico minero, como lo fue su padre.

—¿No puede sacar nada verdaderamente de la explotación? —insistió Jupe.

—Nada.

—La mina era de plata. ¿Podría haber oro también? El oro y la

plata se encuentran a menudo combinados en la naturaleza.

—Allí no puede ocurrir eso.

—¿Y si hubiera cobre? —sugirió Jupe.

—En esa mina sólo había plata. —La mujer movió enérgicamente la cabeza, como para desembarazarse de un desagradable pensamiento—. Es algo que pertenece al pasado. Cuando la mina fue puesta en explotación, Twin Lakes era una población floreciente, y nosotros vivimos bien por algún tiempo. En la actualidad sólo poseo un pequeño resto de mis bienes. Si aquí hubiese otra época de prosperidad pondría en orden mis cinco casas, las alquilaría y ganaría una buena cantidad de dinero para mi vejez. Vámonos. Voy a enseñaros mis posesiones.

La señora Macomber, Allie y los Investigadores abandonaron la vivienda.

—Al trasladarme aquí pensé poner candados en las puertas de estas construcciones —explicó la mujer—. Pero lo cierto es que para que esto atrajera a cualquier vagabundo hubiera tenido que sembrar de dólares de plata el camino que nos separa de la carretera principal… Bueno, al menos tal fue mi idea hasta que Allie descubrió al individuo de la mina. Tras eso, han circulado muchos forasteros por aquí. ¿Ha sido encontrado el machete que le fue sustraído a tu tío, Allie?

—No.

—Probablemente se estará oxidando en cualquier remoto lugar de la montaña. —La señora Macomber se aproximó a la vieja casa situada al norte de su vivienda—. Esto fue de los Mackestry. El padre, el pagador de la mina.

La viuda empujó la puerta, que se abrió con un prolongado chirrido. Allie y los chicos entraron allí con ella. Vieron unos muebles largo tiempo en desuso; el yeso de las paredes se había agrietado; las puertas de algunos armarios estaban abiertas, mostrando en sus estantes raras piezas de barro, algunas rotas.

—Muchos se dejaron sus cosas aquí —explicó la señora Macomber—. Supongo que pensaron que no valían la pena…

—Para alquilar esta casa se verá usted obligada a efectuar muchas reparaciones —observó Allie.

—Desde luego. Tuve que emplearme a fondo en mi casa antes de instalarme en ella. Pero fue un trabajo ilusionado el mío.

Se olía intensamente a polvo y cosas resecas en las viviendas que fueron visitando. En algunas de ellas había penetrado el agua de las lluvias; los techos estaban rajados y manchados. En el interior de una de las estructuras los Investigadores vieron un montón de amarillentos periódicos, apilados en la vecindad de una herrumbrosa estufa.

Bob se inclinó, hojeándolos.

—¿Estaban estos periódicos aquí cuando usted compró esta propiedad, señora Macomber? —preguntó el chico.

—Supongo que sí. Bien. Claro que estarían donde están… No sé cómo hubieran podido llegar aquí posteriormente.

—Muy interesante —dijo Bob—. ¿Puedo quedarme con ellos?

—¿Y para qué demonios quieres tú un montón de periódicos viejos? —inquirió la señora Macomber.

—Los periódicos lo vuelven loco —comentó Allie, riendo—. Además, así podremos enterarnos perfectamente de lo que sucedió en Twin Lakes hace cinco años. Después de haber descubierto aquel cadáver en la mina, visitamos el local de la *Twin Lakes Gazette*, para tratar de averiguar qué fue lo que había estado haciendo por aquí Gilbert Morgan. Y el caso es que sabemos ya bastantes cosas…

Jupe obsequió a la chica con una amenazadora mirada, al tiempo que Bob se apresuraba a interrumpirla.

—Mi padre es periodista —explicó—. Ha conseguido despertar en mí la afición por los periódicos antiguos. ¿Me autoriza usted a quedarme con éstos?

La señora Macomber pareció quedarse desconcertada por un momento.

—Pues sí, no hay inconveniente —respondió, por fin.

Bob cogió el montón de periódicos con todo cuidado, colocándoselos bajo el brazo. Luego todos salieron de allí, al sol de la tarde.

—Bueno, chicos, ¿os apetece un refresco? Claro que esto puede estropearos la cena… —propuso la señora Macomber.

—No hay nada en el mundo capaz de estropearle a Jupe su cena —dijo Allie, riendo.

—Perfectamente. Os serviré unas naranjadas.

Regresaron a la vivienda de la mujer. Pero ésta no encontró lo que buscaba en el frigorífico, ni tampoco en los estantes de la

despensa.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió la viuda—. Yo tenía aquí unas cuantas botellas… Seguro que no las consumí.

Jupe, siempre pendiente de los detalles, estudió las provisiones dejadas sobre la mesa.

—También tenía usted aquí pan —dijo—. Y unas latas de atún en conserva. ¡Han desaparecido!

La señora Macomber se quedó mirando al Investigador, como si no hubiera comprendido sus palabras. Después, abrió la boca, asombrada. Echó a correr hacia el porche y miró a uno y otro lado de la carretera, como si hubiera esperado ver a alguien huyendo con sus víveres.

Bob dejó los periódicos encima de una silla. Del fregadero extrajo una colilla, mostrándola entre dos de sus dedos.



—Señora Macomber: usted no fuma, ¿verdad?

La mujer examinó el hallazgo de Bob.

—No, por supuesto que no —repuso. De pronto, ella pareció recobrarse de su extrañeza, añadiendo—: No me explico por qué han de robarme estas cosas. De haber alguien por ahí hambriento, ¡no tenía más que pedírmelas!

—Es posible que el visitante buscara algo más que comida —apuntó Pete—. Veamos qué ha pasado en el resto de la casa.

La señora Macomber se encogió de hombros, abandonando la cocina. Escudriñaron en todos los cuartos de la pequeña vivienda, y hasta en el de aseo. No descubrieron a nadie bajo ningún mueble. Todas las chucherías y recuerdos personales de la viuda seguían en sus sitios respectivos.

—Yo no poseo objetos de valor —puntualizó la señora Macomber—. Y no echo nada de menos ya…

—Le sugiero que ponga cuanto antes esos candados de que nos habló, señora Macomber —dijo Jupiter—. Y que cierre con llave siempre que salga.

—Pero es que por aquí nadie hace eso —protestó la viuda.

—Últimamente se han visto muchos forasteros por estos parajes —indicó Jupiter—. Una curiosidad morbosa ha atraído hacia aquí a numerosas personas, al enterarse del hallazgo del cadáver en la mina. Si una de ellas ha utilizado sus provisiones para alimentarse… ¡es posible que repita su hazaña!

*CAPÍTULO 12*

# *Un nuevo sospechoso*

Unos minutos después, los Tres Investigadores y Allie cruzaban de nuevo la carretera, en dirección al rancho de Harrison Osborne. Bob llevaba consigo sus periódicos.

—¿Para qué quieres esto? —preguntó Pete a Bob—. ¿Ofrecen algún interés histórico, o qué?

—¡Eh! —dijo Allie—. ¿Por qué me hicisteis callar en casa de la señora Macomber?

Bob movió un poco el montón de periódicos para que sus amigos pudieran ver las cabeceras.

—Estos ejemplares, en su casi totalidad, son números atrasados de la *Twin Lakes Gazette* —explicó—. ¡Y tan atrasados! Son de hace cuarenta años. Debieron de ser dejados en aquella casa por quienes la ocupaban, antes del cierre de la mina. Pero este periódico de encima es de Phoenix, y su fecha es de cinco años atrás, del nueve de mayo. ¡Fijaos en estos titulares!

—¡Hum! Creo que nos conviene buscar un sitio donde nadie pueda molestarnos, con el fin de leer detenidamente esa información, ¿no os parece? —propuso Jupiter.

Los Tres Investigadores y Allie se metieron apresuradamente en el pajar. Bob puso los periódicos junto al viejo «Ford» modelo T. Después de arrodillarse todos, desplegó el ejemplar del periódico de Phoenix que contenía los titulares que atrajeron su atención.

*ATRACO A UN COCHE BLINDADO*
*Los autores enmascarados del hecho huyeron con*
*250 000*
*dólares*

*Hoy, a las tres de la madrugada, fue atracado un coche*

*blindado perteneciente a la Securities Transport Corporation, frente a la Compañía de Ahorros y Préstamos de Phoenix, en la carretera de North Indian Head. Tres hombres enmascarados y armados con escopetas de cañones recortados, obligaron al conductor Thomas Serrano y al vigilante, Joseph Ardmore, a entrar en la parte posterior de su vehículo. Tras haber amordazado a Serrano y Ardmore, los atracadores huyeron con cierto número de valores negociables y dinero en efectivo, por una cantidad estimada en aproximadamente*
*250 000*
*dólares.*

*Según ha declarado un testigo, que solicitó que no fuese mencionado su nombre, los ladrones se dirigieron a un «Chrysler» estacionado en las cercanías del coche blindado. Una vez dentro, se tendieron en los asientos. Seguidamente, de una tienda vecina salió una mujer, quien ocupó el asiento del conductor, alejándose rápidamente del banco, hacia el norte de la carretera de Indian Head. La policía no ha logrado hacerse con una descripción completa de los atracadores, pero se sabe que la mujer sería de una edad comprendida entre los 55 y los 60 años. Era delgada, con los cabellos ligeramente grisáceos, y de tez morena. Se ha dicho que mediría de estatura un metro y setenta centímetros, aproximadamente, y de peso alrededor de los sesenta kilos. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca. El testigo añadió que se adornaba con un collar indio, exageradamente grande, hecho con turquesas y piezas de plata.*

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¡Nada menos que se llevaron un cuarto de millón de dólares!

Jupe murmuró:

—El nueve de mayo… Ese periódico tiene cinco años y está fechado el nueve de mayo. Bob, ¿no fue el día anterior cuando se anunció en el periódico de Lordsburg el cierre de la Mina Mortal?

—Cierto —repuso Bob—. Y el día once de mayo, hace cinco años, fue robado un coche en Lordsburg.

—Por entonces —dijo Jupiter—, todas las casas de la señora Macomber estaban vacías… Ella no volvió a Twin Lakes, y compró su propiedad, hasta octubre. Pero *alguien* que había estado en

Phoenix el nueve de mayo estuvo aquí, dejando este periódico en una de las casas de que es ella propietaria.

—¡Gilbert Morgan, el atracador muerto! —proclamó Pete.

—Es posible —convino Jupe—. Phoenix no queda lejos de Lordsburg. Un cuarto de millón de dólares robados unos días antes tan sólo del cierre de la Mina Mortal… Sí, puede ser que Morgan estuviese en Phoenix el nueve de mayo, para participar en el atraco de un coche blindado, y se trasladara inmediatamente a Lordsburg y después a Twin Lakes. Y ya me figuro qué estaba haciendo aquí.

—¡Se había escondido! —declaró Pete.

—No. Nadie puede pensar en vivir escondido en una población como Twin Lakes. Un forastero llama aquí la atención de todo el mundo. Supongamos que Morgan tomó parte en el atraco y que buscaba un lugar seguro donde ocultar lo que le tocara del botín. ¿Qué puede haber más seguro que una mina que está a punto de ser cerrada?

Allie miró a Jupe, sorprendida.

—Y poniendo su dinero en una mina cerrada, ¿cómo se las arreglaría para sacarlo más tarde?

—No creo que una verja de hierro corriente pueda significar mucho para un granuja de su calaña —puntualizó Bob.

—Entonces, ¡Thurgood se ha hecho con ese dinero! —gritó Allie —. Si estaba escondido en la mina, ¡Thurgood lo tiene ahora! No es de extrañar que silenciara la presencia del cadáver ahí. Probablemente planeaba desembarazarse de él, para que nadie supiera que había encontrado el dinero. ¡Pero nosotros fuimos los primeros en llegar!

—Puede ser —admitió Jupiter—. No nos ocupemos todavía de averiguar quién tiene el botín… Existe otra razón que explica la elección de Twin Lakes por parte de Gilbert Morgan…

—¿Cuál? —inquirió Bob.

—Supongamos que Gilbert Morgan supiera acerca de la Mina Mortal más de lo que había leído en el periódico de Lordsburg… Imaginemos que conocía a alguien que le había hablado de ella… ¡Supongamos por fin que esa persona fuese uno de sus cómplices!

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Allie.

—Tras haberse pasado unos años trabajando en un pequeño establecimiento de Phoenix, la señora Macomber regresó a Twin

Lakes… Eso fue unos meses después del atraco. Disponía de dinero en cantidad suficiente para comprar una finca de regulares dimensiones. ¡Ella podría ser la cómplice de Morgan!

—¡Tú estás loco! —acusó Allie.

—¡Oh! Nada de eso —contestó Jupe, muy digno—. Bob, vuelve a darnos la descripción de la conductora del vehículo que transportó a los atracadores.

—La mujer estaría entre los cincuenta y cinco y los sesenta años de edad. Tenía los cabellos ligeramente grises, y era de piel morena. Mediría de estatura un metro y setenta centímetros, y pesaría unos sesenta kilos. ¡Ah! Y se adornaba con un collar indio.

—¿No es cierto que esa descripción corresponde a una persona que todos conocemos? —insistió Jupiter.

—Pero… debe haber un sinfín de mujeres que respondan a tal descripción —objetó la chica—. Además, la señora Macomber es una persona muy agradable.

—No se trata de eso ahora. Ella vivía en Phoenix en la época en que se cometió el atraco. Había perdido su hogar y trabajaba en algo que no podía dejarle mucho dinero. Sin embargo, dispuso del dinero suficiente para comprar su casa y todo lo demás, poco después del robo de los 250 000 dólares. Y en la actualidad vive desahogadamente, sin trabajar en nada. Es una mujer fuerte, serena, segura de sí misma. Se trata de las condiciones requeridas para tomar parte en un hecho de esa naturaleza. Y, por añadidura, su apariencia se acomoda a la descripción que conocemos de la conductora de aquel vehículo…

—Bueno, ¿y qué? —dijo Allie, con actitud desafiante—. ¿Te has dado cuenta, Jupiter, de que no disponemos de la menor prueba real contra la señora Macomber?

—Es verdad —reconoció Jupiter—. Pero he advertido muchas coincidencias y ahora podemos tratar de encontrar las pruebas indispensables. —Miró pensativo a Allie—. Todavía existe otra posibilidad que debemos considerar. Si la señora Macomber tomó parte en el atraco del coche blindado…

Jupe calló de pronto.

—Sigue, sigue —le ordenó Allie.

—… Puede ser muy bien que Gilbert Morgan no se presentara en

Twin Lakes solo. Quizá… quizá no llegó a disponer de una ocasión propicia para esconder su dinero…

—¿Quieres decir que la señora Macomber fue la causante de la caída al pozo de ese hombre? —preguntó la chica—. ¡Has perdido la cabeza, Jupiter Jones! Me niego a continuar escuchándote.

Allie salió hecha una tromba del pajar.

Bob miró a Jupiter.

—Oye, Jupe, no estarás pensando que la señora Macomber asesinó a Morgan con objeto de robarle su parte del botín, ¿eh?

—No. Simplemente no he sabido resistirme a la tentación de exponer tal idea a Allie. Sin embargo, no me sorprendería mucho que esa mujer estuviese relacionada de algún modo con el atraco.

*CAPÍTULO 13*

# *La viuda desaparece*

Al día siguiente, después del desayuno, Allie y los Investigadores se quedaron solos en la cocina. Jupiter había estado muy abstraído, sentado a la mesa. Finalmente, con la vista fija en su plato, preguntó a Allie:

—¿Cuál era el nombre de aquella tienda de Phoenix en que trabajó la señora Macomber? ¿Tú lo sabes?

—No sé qué puede significar eso para ti. Te diré, sin embargo, que se llamaba «El Tipi». La señora Macomber me habló muchas veces de ella tiempo atrás. La adquirió una mujer, la señora Harvard, y la antigua dueña pasó a ser su dependienta. La señora Harvard era muy tacaña. La señora Macomber me dijo en una ocasión que le hubiera pagado de buena gana con dinero confederado, de haber dispuesto del mismo.

—¡Oh! —exclamó Jupe—. Ahora resulta todavía más sorprendente que la señora Macomber fuese capaz de reunir el dinero necesario para adquirir su propiedad. Bueno, esta parte de la historia será comprobada en su momento.

—¡Jupiter Jones! ¡Que no se te ocurra meter las narices en las cosas de la señora Macomber! De ella nadie puede decir nada. Es una mujer muy de mi agrado.

—En cambio, Wesley Thurgood te es profundamente antipático —subrayó Jupiter—. Esto no significa que Wesley Thurgood sea un criminal, claro, ni lo otro que la señora Macomber sea un ángel. En realidad, esta mujer me gusta. Ahora bien, por mi condición de detective no puedo permitir que mis sentimientos personales influyan en mi juicio.

—Bueno, bueno… Tus juicios a mi no me inspiran la menor confianza. ¡Mira que la idea de que la señora Macomber pudiera ser una atracadora!

Jupe suspiró.

—Escúchame con atención, Allie. Yo no sé que la señora Macomber haya hecho nada. Pero sí sé que vivía en Phoenix cuando una mujer que se parecía notablemente a ella tomó parte en un atraco. Por añadidura, uno de los atracadores fue encontrado muerto en una mina que la viuda conoce muy bien. Tales coincidencias han de ser investigadas, pues podrían no serlo… Para empezar, ¿por qué no nos aseguramos de que es verdad que la señora Macomber trabajó durante muchos años en aquel establecimiento? Deberíamos enterarnos.

—Bien, pues telefonea a Phoenix —contestó Allie, desafiante—. Te convencerás así de que ella no mintió y ya no tendrás por qué seguir por ese camino.

—Es posible —concedió Jupe.

Todos se trasladaron al cuarto de estar, donde se encontraba el teléfono. El servicio de información les proporcionó el número de «El Tipi», en Phoenix. Jupe lo marcó y se quedó a la espera, adoptando una grave expresión.

—¿Es «El Tipi»? Quisiera hablar con la señora Harvard…

Se produjo una breve pausa.

—¿La señora Harvard? —preguntó Jupe—. Soy Emerson Foster, de «Galerías El Buen Tono», de Lordsburg, Nuevo México. Tenemos una solicitud de colocación en nuestro establecimiento de una señora apellidada Macomber. Nos ha dado su nombre como referencia. Tengo entendido que dejó de trabajar en «El Tipi» hace cinco años, aproximadamente. La señora Macomber nos ha dicho que renunció a su empleo y que…

Hubo otra pausa. El teléfono produjo unos sonidos que los demás no pudieron descifrar.

—¿Quince años? —inquirió Jupe, finalmente.

—Ya te dije —susurró Allie— que a ella no vas a poder reprocharle nada…

Pero Jupe continuaba escuchando a la persona que le hablaba, y estaba muy serio.

—La verdad… la verdad es que cuesta mucho creerlo —dijo—. Sí. Bueno, muchas gracias por haberme hablado con tanta franqueza. Créame: les estamos muy agradecidos.

Jupe colgó el teléfono.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Pete.

—La señora Macomber trabajó en «El Tipi» durante quince años —explicó el Primer Investigador—. Salió de allí hace cinco. La señora Harvard dijo que eso ocurrió en el mes de abril o mayo, no lo recuerda con exactitud. Ahora bien, la señora Macomber no se despidió…

—Fue despedida, ¿verdad? —meditó Allie—. ¿Y qué?

—No fue despedida —aclaró Jupe—. Simplemente: una mañana no se presentó en el establecimiento. Ni siquiera telefoneó para justificarse. Entonces, otra de las dependientas se trasladó a su apartamento para ver qué le ocurría… Se había ido. Había abandonado su alojamiento sin dejar sus nuevas señas.

Allie miró, inexpresiva, a Jupe.

Bob, tendido a medias en el sofá, se incorporó.

—Hace cinco años, un día de primavera, fue atracado aquel coche… Jupe: es posible que estés en lo cierto. Esa mujer condujo, quizás, el automóvil en que se fugaron los forajidos. Y luego desapareció. Yo me pregunto dónde estuvo durante los meses que mediaron entre su salida de «El Tipi» y su vuelta a Twin Lakes.

—¿Estaría escondida en alguna parte? —sugirió Pete.

—No saques conclusiones precipitadas —respondió Jupe—. Todo se explicará en su momento. ¿Por qué no vamos a verla? Tal vez pudiéramos conseguir que nos contase más cosas acerca de Phoenix y de lo que sucedió aquel año.

—Un sutil interrogatorio —propuso Pete—. Jupe: a ti se te dan bien esas cosas. Vamos a verla, sí.

—A mí me parece que habéis perdido todos la cabeza —manifestó Allie, irritada.

—Bueno, pues no nos acompañes —apuntó Pete.

—¡Oh! Por supuesto que os acompañaré. Quiero ver la cara que ponéis cuando hayáis descubierto que os equivocasteis en vuestras suposiciones.

Nada más cruzar la carretera, Allie y los Tres Investigadores comprendieron que no asistirían a ningún sutil interrogatorio. El vehículo de la señora Macomber no estaba en su sitio de costumbre y nadie les contestó al llamar a la puerta de la vivienda.

—Probablemente ha ido a la población —indicó Allie—. Esto tiene arreglo. Le dejaré una nota en la mesa de la cocina,

invitándola a comer con nosotros. Magdalena no se opondrá.

La chica abrió la puerta, entrando en la cocina seguida por los Investigadores.

—¡Señora Macomber! —llamó Allie.

Como continuaran sin oír respuesta alguna, Allie entró en el cuarto de estar, buscando una hoja de papel. Los Investigadores se quedaron en la cocina, que no aparecía tan pulcra como el día anterior. Vieron algunos utensilios desordenadamente colocados y unos cuantos platos sin fregar, que llevaban allí bastantes horas.

—Yo creo que la señora Macomber se ha ido de viaje —declaró Allie.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso? —preguntó Jupe, entrando en el cuarto de estar.

Allie señaló la puerta que conducía al dormitorio de la viuda, en aquel instante abierta. Sobre la cama había una pequeña maleta. Al lado había unas cuantas prendas de vestir.

Jupe penetró ahora en el dormitorio.

—¡Se ha ido, en efecto! —exclamó después de estudiar brevemente la estancia.

—¿Qué pasa?

Pete acababa de plantarse a su lado.

Jupe señaló el armario, con sus puertas abiertas.

—Sus ropas han desaparecido de ahí. Y fíjate, los cajones de la cómoda… están vacíos. La señora Macomber se ha marchado… ¡y a mí me parece que a toda prisa!

—¿Qué quiere decir? —demandó la chica.

—Todo lo que se ve aquí revela que su partida ha sido muy precipitada —contestó Jupe—. Ya visteis cómo estaba la casa ayer. Todo se hallaba en perfecto orden. La señora Macomber no es una mujer capaz de salir de su casa dejándose los cajones abiertos, olvidando una maleta sobre la cama, despreocupándose de los platos sucios del fregadero… Esto no es posible en ella, ¡a menos que tuviera mucha prisa o que la obligaran a salir rápidamente de aquí!

—¡Ha sido secuestrada! —proclamó Allie—. Ese tipo que robó sus provisiones ayer… A lo mejor, logró descubrirlo y…

—¿Cómo iba a secuestrarla indicándole primeramente que debía coger sus ropas antes de marcharse? —objetó Jupe—. Eso no es

probable…

—¿Y si se ha ido de vacaciones? —sugirió Pete.

—No puede ser. Ella no habría dejado la casa así. Además, ayer no se refirió para nada a esas supuestas vacaciones.

—Puede que se trate de alguna urgencia de carácter familiar —apuntó Bob—. ¿Y si alguien la llamó por teléfono cuando nosotros nos fuimos? ¿Y si la visitó alguna persona?

Jupe se mordió el labio inferior, arrugando el ceño.

—No es mala idea la tuya, Bob. Sin embargo, hemos de considerar otra posibilidad. Probablemente decidió marcharse de aquí tan precipitadamente por haber dado tú con ese periódico de Phoenix.

—Pero es que ella ignoraba lo que contenía el periódico —opuso Allie—. Nos dijo que estaba aquí cuando compró todo esto…

—Tal vez no mintiera —concedió Jupe—. Pero si tomó parte en el atraco y tuvo ocasión de ver de pasada los titulares, supo qué clase de información figuraba en el periódico. Enseguida se daría cuenta entonces de que corría peligro. Recuerda, Allie, lo que dijiste; que estábamos investigando la historia del atracador muerto. Comprendería que nosotros podíamos llegar a relacionar unas cosas con otras para acabar haciéndole algunas preguntas embarazosas. ¿Qué podía hacer en tales circunstancias?

—¡Huir! —exclamó Pete.

—Si es eso lo que estáis pensando, ¿por qué no llamas al *sheriff*? —arguyó Allie.

—¿Y qué voy a decirle? —preguntó Jupiter—. ¿Que la señora Macomber se ha ido? Tiene derecho a irse de aquí siempre que se le antoje. No podemos probar que estuvo relacionada con Morgan o con el atraco. Todo se reduce a conjeturas.

Jupe salió de la casa, dirigiéndose al camino que llevaba a la carretera. Una vez aquí se agachó, estudiando los rastros de los neumáticos en el polvo. Hizo ver a sus amigos las huellas más recientes, superpuestas a las anteriores. Por ellas vieron que el vehículo que había pasado por allí se encaminó luego a la finca de Wesley Thurgood.

—¡Qué raro! —exclamó Jupiter Jones—. No se dirigió hacia la población, sino que avanzó en otro sentido…

—Si es que esas huellas corresponden a los neumáticos de su

coche —subrayó Allie.

—Son iguales a las que hemos visto en el camino interior —rebatió Jupe.

Allie y los Tres Investigadores siguieron el rastro perceptible en la polvorienta carretera. El coche de la señora Macomber había cruzado la puerta de Wesley Thurgood. Cuando los chicos y Allie entraron en la zona acotada, el enorme perro guardián saltó, haciendo tintinear la cadena y ladrando salvajemente. Normalmente, tras la terminación del cercado, el animal era dejado en libertad por su dueño. No vieron a Thurgood ni a sus trabajadores mejicanos por ninguna parte.

Unos centenares de metros más allá de la propiedad de Thurgood descubrieron un punto en el cual el coche había girado para enfilar un bacheado tramo apenas identificable como camino. Ascendía por la montaña, en una serie de cerradas curvas.

—¡Cómo! ¡Si se fue por la vieja carretera de Hambone! —dijo Allie, muy sorprendida.

—¿Hambone? —inquirió Jupe.

Allie extendió un brazo.

—Allí arriba, en lo alto de ese promontorio, había un poblado. Se llamaba Hambone. Contaba con una mina, que se cerró, igual que la Mina Mortal. Carecían de un aserradero con que prolongar la vida de la población, de manera que se quedó desierta. Nunca he subido hasta ese lugar. El camino es muy malo. Se necesitaría un *jeep* u otra clase de vehículo con tracción a las cuatro ruedas…

—La señora Macomber disponía del coche adecuado para ese desplazamiento, y ella se fue hacia allá —sostuvo Jupiter.

Pete parecía estar muy excitado.

—¿Por qué no seguimos su rastro? —propuso—. Sólo así sabremos a qué atenernos. Allie: tu tío tiene una camioneta con tracción a las cuatro ruedas…

—Sí, pero sólo puedo conducirla dentro del rancho —recordó Allie—. Hay otra solución… —El rostro de la chica parecía haberse iluminado—. ¿Por qué no cogemos los caballos? Con ellos se puede subir perfectamente por esos repechos. Es algo que no podemos dejar de hacer, además. Si la señora Macomber ha sufrido algún accidente en esa carretera, o bien ha tenido cualquier avería, podría pasarlo mal. Nos llevaremos unas provisiones y diremos a tío Harry

que pretendemos explorar el poblado fantasma.

—Encárgate tú de decírselo, Allie —pidió Pete—. ¡A la hora de inventar cuentos te las arreglas mucho mejor tú sola que nosotros tres juntos!

CAPÍTULO 14

# *El final del rastro*

Magdalena preparó una serie de bocadillos para Allie y los Investigadores, que quedaron distribuidos en las alforjas de sus monturas.

—Tened cuidado cuando hagáis fuego para preparar vuestros bocadillos —recomendó Magdalena desde el porche—. No vayáis a incendiar la montaña.

Agitó un brazo repetidas veces, a modo de despedida.

Allie montaba su *Rey Indio,* aquel hermoso ejemplar «appaloosa». Jupe, sudando ligeramente, se encaramó sobre el lomo de una robusta yegua. Pete se acomodó con toda desenvoltura en otro caballo, muy huesudo, en tanto que a Bob correspondió un auténtico corcel, de fina estampa.

Al dejar atrás la puerta de Thurgood, el perro comenzó a ladrar desesperadamente, atrayendo las severas miradas de los dos mejicanos. Estos hombres andaban ahora ocupados pintando la cabaña de su patrono.

Allie marchaba al frente del grupo. Jupe seguía a la chica en su yegua, la cual se interesaba más por el pasto que por remontar rápidamente la pendiente. En cierto momento, Allie dio la vuelta, asiendo las riendas de la montura del Primer Investigador.

—¡Tienes que procurar que avance con la cabeza así, levantada! —le reprendió la chica—. ¡Veamos qué tal lo haces!

Jupe se puso encarnado como la grana. Tiró de las riendas y la yegua aceleró el paso. Pero a los pocos minutos aminoró la marcha perezosamente.

—¡Así vamos a necesitar todo el día para llegar a la cumbre! —protestó Allie.

Jupe golpeó con sus gruesas piernas los costados de la yegua, pero el animal no se inmutó.

—Desde luego, nadie va a confundirte con el «Llanero Solitario» —comentó Bob, burlón.

Éste montaba su corcel con alguna rigidez, mirando con recelo de vez en cuando la accidentada ladera.

—No me haría ninguna gracia sufrir una caída por aquí —musitó.

De cuando en cuando distinguían, en los puntos cubiertos de tierra o arena, las huellas de los neumáticos del vehículo de la señora Macomber. Los pinos, a uno y otro lado de ellos, bloqueaban parcialmente la visión de la pendiente. Era más de la una en el instante en que pisaron la cresta de la elevación, deslizándose por la polvorienta calle principal de Hambone. Estaban rodeados de estructuras de madera con las ventanas rotas y los postigos alabeados, sin el menor rastro de pintura. En medio de la calle encontraron somieres herrumbrosos amontonados con latas de conservas, muebles rotos y fragmentos de cristales.

Allie se apeó, atando las riendas de su montura a un poste, frente a lo que en otro tiempo fuera el establecimiento más importante de Hambone.

Los chicos la imitaron.

—Esto impone —comentó Pete, mirando a su alrededor y pensando que la abandonada población podía ser el escenario natural de más de un fantasma.

Allie pareció adivinar sus pensamientos.

—Tío Harry dice que éstos son los dominios de un auténtico espectro. Periódicamente hay quien viene por aquí, haciendo pedazos cuanto encuentra al paso y arrojando las cosas por las ventanas de las viviendas. —La chica señaló un gran edificio existente al final de la calle, semejante al que había en la propiedad de Wesley Thurgood. Las paredes y el tejado eran de planchas de hierro ondulado. Gracias a los numerosos agujeros se advertía el lóbrego interior—. Ahí debían de estar los talleres de la mina.

Echaron a andar hacia la gran estructura.

—Fijaos bien dónde ponéis los pies —avisó Allie—. Y no levantéis ninguna de las planchas que veáis tiradas en el suelo. Los reptiles se refugian debajo de ellas para librarse del sol. Si llegaseis a espantar a una serpiente de cascabel…

—Sabemos muy bien qué suele ocurrir cuando se espanta a una

serpiente de cascabel —contestó Pete—. No te preocupes. No pensamos dedicarnos a rebuscar entre la chatarra.

Se detuvieron enfrente de la puerta de acceso al edificio. Mucho tiempo atrás, la puerta había abandonado sus goznes. Dentro reinaba la oscuridad.

—¿Cederá ese piso bajo nuestros pies? —inquirió Bob—. Debe hallarse en muy mal estado…

—No es necesario que nos molestemos en averiguarlo —opinó Jupiter—. El coche no se encuentra aquí. Por otro lado, no hemos venido a curiosear. —El Primer Investigador estudió en el centro de la calle unas huellas de neumáticos—. Por supuesto, la señora Macomber llegó hasta la cumbre de la loma —anunció—. De esto no cabe la menor duda —Jupe empezó a ir de un lado para otro, hasta situarse en una de las esquinas del edificio que albergara un día los talleres—. ¡Ajá! —exclamó, finalmente.

—¿Qué ocurre?

Allie se unió a él, seguida por Pete y Bob.

Detrás de la construcción medio en ruinas se encontraba el vehículo de la señora Macomber.

—¡Señora Macomber! —gritó Allie, echando a correr hacia el coche—. ¡Señora Macomber! ¡Soy yo! ¡Allie! ¡Señora Macomber!

Muy cerca de su meta, oyeron todos un sonido especialmente desagradable.

—¡Allie! ¡Quieta! ¡No hagas ningún movimiento! —le advirtió Jupiter.

La chica intentó retroceder. Pero entonces resbaló, cayendo al suelo. Una forma siniestra emergió de debajo del coche. Allie se echó rápidamente a un lado. Una intimidante cabeza dotada de impresionantes mandíbulas y colmillos se disparó hacia el punto en que un segundo antes estuviera la chica.



Allie no se movió ya.

La serpiente permaneció tendida en toda su longitud durante un momento. Luego, una vez más, sonó un amenazador aviso, empezando a enroscarse.

—¡No te muevas, Allie! —susurró Pete.

Cogió una piedra grande, apuntó cuidadosamente y la lanzó contra el reptil.

—¡Vaya pulso! —elogió Bob—. ¡La has alcanzado en la cabeza! Acabas de sacar a Allie de un buen apuro.

Allie se puso en pie con cierta torpeza, contemplando horrorizada la serpiente, que no cesaba de retorcerse.

—Gracias —Fue todo lo que pudo decir a Pete.

Estaba muy pálida y temblorosa.

—Cualquier *boyscout* bien entrenado es capaz de hacer eso —dijo Pete, modestamente. A continuación, se agachó, mirando debajo del vehículo, siempre a una distancia prudente—. Creo que por aquí no hay más serpiente que ésta…

Moviéndose en torno al agonizante reptil, comenzaron a inspeccionar el coche de la señora Macomber. Allí no había nada. El equipaje, de haber transportado alguno en definitiva, no estaba en su interior. Asimismo las llaves del vehículo habían desaparecido.

—De haber sido llamada a causa de cualquier urgencia de tipo familiar no habría dejado su automóvil en este lugar —dijo Bob.

—No lo entiendo —manifestó Allie—. ¿A dónde habrá ido? ¿Dónde se encuentran sus cosas?

—¿Se habrá escondido en algún sitio? —preguntó Pete.

Exploraron el desierto poblado, mirando por las ventanas de las casas, abriendo puertas cuyos enmohecidos goznes chirriaban. Sólo dieron con muebles destrozados, con montones de cosas que ya no podían tener ninguna aplicación. Descubrieron huellas de pisadas… Algunas eran debidas a ellos mismos, pero otras no. A veinte metros del coche, vieron el rastro de un segundo juego de neumáticos.

—Indudablemente, por aquí ha habido movimiento —señaló Jupe—. Varias deben de haber sido las personas que han circulado por este lugar.

—Alguien se presentó conduciendo un *jeep* o un coche parecido a ése —opinó Pete.

Los dos investigadores siguieron aquellas huellas hasta el final

del poblado, dando entonces con una carretera estrecha, pero en relativo buen estado de conservación.

Jupiter se quedó en actitud reflexiva.

—Es posible que ella se citara con alguien aquí —manifestó después—. Sí… Esto es lo que debe haber ocurrido: una vez en este lugar, proveniente de Twin Lakes, trasladó sus efectos a otro vehículo, abandonando el suyo… Allie, ¿a dónde lleva este camino?

—No lo sé con certeza —admitió Allie—. Nunca había llegado hasta este punto. Ahora bien, me consta que hay una extensión desértica al otro lado de las montañas.

Una nube de polvo se cernió sobre los árboles de la pendiente que tenían a sus pies, y oyeron entonces el rumor de un coche que subía.

—¡Nuestra amiga regresa! —exclamó Pete.

Pero no se trataba de la señora Macomber. Vieron un *jeep* que ascendía dando continuos saltos, derrapando incluso sobre la suelta gravilla del camino. Iba al volante del *jeep* un hombre ya entrado en años, que se tocaba con un sombrero de paja de ala ancha. A su lado se sentaba una mujer embutida en un vestido de algodón estampado.

—¡Hola, chicos!

El hombre sonrió, parando el *jeep* ante Allie y los Investigadores.

—¡Hola! —contestó Pete.

—¿Habéis venido solos hasta aquí? —inquirió el hombre.

Pete asintió.

—Supongo que andaréis buscando botellas.

—¿Buscando botellas? —dijo Bob.

—Tal es el motivo de nuestra presencia en este paraje —explicó la mujer—. Desde Casa Verde solemos visitar estos antiguos poblados de las montañas. Con un poco de suerte es posible encontrar algunas botellas antiguas, verdaderas rarezas. ¡Pero mucho cuidado, eh! No toquéis nada con las manos. Cuando necesitéis mover alguna cosa, utilizad un palo. Hay muchas serpientes por aquí.

—Ya lo sabemos —repuso Jupiter—. ¿Suele venir… mucha gente a este lugar?

—Me imagino que sí —declaró el hombre—. La carretera no es del todo mala. Bueno, estos viejos poblados encierran mucho

interés, de manera que la visita siempre resulta tener alicientes, aunque no se encuentren botellas. En uno de estos poblados fantasmas me hice yo la semana pasada con una lámpara de queroseno. Estaba casi nueva.

El desconocido dejó estacionado su *jeep* delante de lo que en otro tiempo fuera una gran tienda o almacén.

—Las otras huellas de neumáticos no nos van a servir de nada —indicó Bob—. Lo mismo pueden pertenecer a un vehículo conducido por alguien que deseaba reunirse con la señora Macomber, que ser el automóvil de cualquier buscador de antigüedades.

Jupiter suspiró.

—¿Y qué más da, no? La señora Macomber estuvo aquí, pero ha desaparecido. Hemos llegado al final del rastro.

*CAPÍTULO 15*

# *El perro silencioso*

Una vez consumidos sus bocadillos, Allie y los Investigadores volvieron a sus monturas. El viaje de regreso a Twin Lakes fue lento, formando un compacto grupo. Al descender por la empinada pendiente, viéronse obligados a adoptar todo género de precauciones para evitar caídas.

—Nunca lo hubiera creído —murmuró Jupe—. La señora Macomber me pareció una mujer serena, sosegada. Por lo que veo, algo la asustó, haciéndola emprender la huida.

—Todo eso son suposiciones —alegó Allie—. Nosotros no conocemos todas las circunstancias de la vida de la señora Macomber. Puede ser que haya otra explicación.

—Al parecer, sólo hay una —manifestó Jupiter—. Al darse cuenta de que nosotros estábamos investigando lo que pasó aquí hace cinco años, se asustó y huyó. Lo más seguro es que se reuniera con uno de sus asociados de otro tiempo en Hambone. Es posible también que otro miembro de la pandilla de atracadores se haya dejado ver por Twin Lakes en el curso de los pasados días. No hemos sabido explicarnos todavía la presencia en el pajar del ladrón que robó uno de los machetes.

A Pete se le ocurrió una idea, de pronto:

—Ese ladrón perteneció, seguramente, a la banda. ¿Y si la señora Macomber le ayudó a esconderse la noche en que el *sheriff* estuvo buscándolo?

—¿Os acordáis de las provisiones… y de aquella colilla? —añadió Bob.

—¿Qué pasa con esas cosas? —quiso saber Allie.

—Escuchad un momento —dijo Bob—. Supongamos que la señora Macomber ayudó al ladrón a esconderse… Digamos que formaba parte de aquella pandilla… Probablemente andaba muy

cerca de nosotros cuando fuimos ayer a ver a la viuda. Tenía hambre y decidió tomar un bocado mientras visitábamos las casas de la señora Macomber. Recordad que no fue ella quien echó de menos las cosas. Fue Jupe el que señaló su desaparición.

—Eso está bien razonado, Bob —aprobó Jupiter.

—¡Bah! —exclamó Allie, despectiva—. ¡Sois unos chiflados!

—No te enfades, Allie —pidió Jupe—. Nos estamos limitando a formular suposiciones. Hemos llegado ya a enfrentarnos con unos cuantos datos extraños… Hemos dado con el cadáver de un hombre que pudo estar implicado en un atraco a mano armada, o no, cinco años atrás. Conocemos también a una mujer que también pudo tener algo que ver con eso, la cual ha desaparecido misteriosamente. Sabemos de un ladrón que robó un machete… ¿Estaba relacionado con la señora Macomber? ¿Había tenido relación con el hombre muerto de la mina? Lo ignoramos… La misma mina constituye un enigma. Ahora resulta que una antigua mina de plata, cerrada tiempo atrás, está siendo explotada por un acaudalado individuo de Los Ángeles. Y obra en nuestro poder una piedra con una veta de oro. Según la señora Macomber, en esa mina no hubo nunca el menor rastro de oro.

—Puede ser que la señora Macomber mintiera —propuso Pete.

—Cualquiera que haya sido su relación con el hombre muerto, no hay nada que justifique su mentira —puntualizó Jupe—. Al parecer, ella no ha tenido que ver con Wesley Thurgood… Sin embargo, recuerda su nacimiento aquí, en Twin Lakes.

—No te olvides del botín del atraco —recordó Pete—. Si estuvo en alguna ocasión aquí, ¿se apoderó de él Thurgood? O bien: ¿hizo eso precisamente la señora Macomber cinco años atrás?

Los cuatro guardaron silencio el resto del camino. Llegaron al pie de la elevación ya muy avanzada la tarde. A la vista de la propiedad de Thurgood, advirtieron que el coche rojo que conducía no estaba allí. Cerca de la cabaña de Wesley había unos recipientes de pintura, pero la tarea de los dos mejicanos no había terminado. Ignoraban dónde podrían encontrarse estos hombres en aquellos momentos. El enorme perro guardián dormía plácidamente, tendido al sol.

A paso normal, los caballos avanzaron junto a la puerta de acceso a los dominios de Thurgood. El perro continuó durmiendo.

—Es raro —comentó Jupe—. Habitualmente, ese animal se lanza sobre el cercado nada más vernos, con el ansia de llegar hasta nosotros.

Llegados al prado de Harrison Osborne desensillaron sus monturas. La puerta principal de la casa estaba abierta y sobre la mesa de la cocina encontraron una nota que decía lo siguiente: «La hermana de Magdalena la necesita. Voy a llevarla a Silver City. Estaremos de regreso esta noche, a última hora. Preparaos unos bocadillos para cenar y *¡no os metáis en líos!* Con cariño, tío Harry».

—¡Mira qué bien!

La faz hasta aquel momento grave de Jupiter se había animado.

—Pues yo no creo que esto esté tan bien… ¿Y si la hermana de Magdalena se ha puesto enferma? Dime, Jupiter Jones: ¿qué es lo que te pasa a ti? —preguntó Allie.

—Esperemos que la hermana de Magdalena no se haya puesto enferma —contestó Jupe—. Lo que a mí me parece bien es que aquí no haya nadie. La señora Macomber se ha ido. Hemos echado de menos el coche de Thurgood, y no hemos visto por ningún lado a sus dos trabajadores. Tu tío y Magdalena se han ausentado. Nuestro camino se halla despejado de obstáculos… Ahora estamos en condiciones de investigar el misterioso caso que todavía no hemos estudiado a fondo, es decir, el asunto de la aparición de una pequeña cantidad de oro en una mina de plata agotada.

Jupe sacó la piedra de uno de sus bolsillos, arrojándola al aire para cogerla entre sus manos. Seguidamente, miró a sus compañeros.

—¡En marcha! Aprovechemos esta oportunidad. Tenemos que descubrir qué está pasando en esa mina.

—Te has olvidado del perro —advirtió Pete—. El perro está allí, y no encadenado ahora, precisamente.

—¡No te preocupes por el perro, hombre! —Allie se acercó al frigorífico, del cual extrajo lo que quedaba de la pata de cordero que les sirviera de cena la noche anterior. Inmediatamente, añadió —: Aquí hay alguna carne todavía. Y luego habrá un buen hueso. El viejo *Fido* podrá estar entretenido durante un buen rato.

Unos minutos más tarde, los Tres Investigadores y la chica se encaminaban hacia la mina por entre unos árboles. Al llegar a los límites del rancho de tío Harry, echaron un vistazo al cercado

levantado por Thurgood. El perro continuaba durmiendo.

Pete le dio una voz.

—¡Eh! *¡Fido!*

—¡Vamos, *Fido*! —gritó Allie, agitando en el aire la pata de cordero.

El perro no hizo el menor movimiento.

Pete volvió a llamar al animal. Como siguiera inmóvil, el Investigador se aferró a la cerca, trepando a lo alto de ella. Después, se dejó caer al otro lado.

—¡Cuidado, Pete! —dijo Bob.

—Dadme esa pata —pidió Pete—. Si se despierta, se la arrojaré.

Allie obedeció. Pete observó el perro.

—Cualquiera diría que está muerto —manifestó el chico.

—Saquemos el mayor partido posible de esta situación —aconsejó Allie.

También ella ahora subió por la cerca, de casi dos metros y medio de altura, cayendo junto a Pete. Bob imitó su ejemplo. El último en salvar aquel obstáculo fue Jupe, entre continuos resoplidos, a causa de su volumen.

Los cuatro se aproximaron al perro adoptando ciertas precauciones.

Allie le habló.

—*Fido*… Vamos, pequeño. ¿Qué te sucede? —dijo en voz baja.

—Ten cuidado, Allie —recomendó Jupiter.

La chica se inclinó, pasando una mano por el lomo del animal. Éste se agitó levemente, gimiendo, como si estuviera soñando.

—Duerme… —declaró Allie—. Lo que no me explico es por qué no se despierta.

Jupe descubrió un recipiente junto a la cerca. Husmeó unos trozos de carne que contenía.

—No huelo nada extraño, pero es posible que el perro haya sido drogado —anunció—. Puede ser que alguien haya tenido interés en quitárselo de en medio.

Los otros miraron, intimidados, a su alrededor, pero no vieron a nadie.

—¿Dónde se encontrarán los mejicanos? Me refiero a los dos hombres contratados por Thurgood.

Sin proponérselo, Bob había ido bajando la voz, hasta reducirla

a un susurro.

—¡Eh! —gritó Pete—. ¿Hay alguien por aquí?

Oyeron el eco progresivamente más débil de estas palabras, repitiéndose hasta desaparecer.

—¡Cállate! —ordenó Allie—. Alguien ha drogado al perro y aquí no hay nadie ahora. —La chica sacó la linterna que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón—. Actuemos con rapidez antes de que aparezca cualquier inoportuno.

Echó a andar hacia la entrada de la mina, en sombras en aquellos momentos, ya que el sol acababa de perderse tras una montaña. No tardaría mucho en hacerse allí la oscuridad.

En las proximidades de la boca de la mina, había varias palas y una carretilla. Allie paseó el haz luminoso de su linterna por las paredes del túnel y las vigas que lo reforzaban.

—¿Qué ha estado haciendo esa gente aquí? No hay nada en este lugar que muestre los efectos de una explosión.

—Estamos muy cerca todavía de la boca —señaló Jupe—. Recuerda que era apagado el sonido de las explosiones. Nos trasladaremos al sitio en que yo encontré mi piedra.

Jupe cogió la linterna, situándose a la cabeza del grupo, llegando así a la bifurcación del túnel. Sin vacilar, siguió por el corredor de la izquierda.

—Ese punto quedaba a unos veinte metros o algo menos de distancia —declaró.

Sobre el piso de la mina vieron ahora un peñasco desprendido y algunas piedras sueltas de diversos tamaños, todo lo cual había dejado en una pared un profundo hueco. Algo brillaba hacia el fondo de la cavidad…

—¡Mirad! —gritó Pete—. ¡Oro!

Jupe dio un paso adelante, repasando una y otra vez con la luz del muro. Ésta hizo brillar algunos puntos.

—¡Es sorprendente! —exclamó Jupe.

Rascó con las uñas de una mano la dura tierra. Seguidamente, apuntó la linterna sobre el montoncito de polvo.

—Entonces —consideró Allie—, la señora Macomber estaba equivocada. ¡En esta mina hay oro!

De repente, los cuatro se quedaron petrificados.

Muy débilmente, proveniente de alguna parte, fuera de la mina,

llegó a sus oídos el sonido de un disparo, o de un motor de coche… No supieron a qué atenerse.

—¡Alguien viene! —susurró Pete.

—¡Será mejor que huyamos! —declaró Allie—. ¡No quisiera que volviesen a sorprenderme de nuevo aquí dentro!

Jupe guardó el oro recogido en un bolsillo y todos echaron a correr en dirección al túnel principal. La boca de la mina, a cierta distancia, era ahora un cuadrado de luz muy tenue. Jupe apagó la linterna. Fueron en busca del aire fresco, tropezando a cada momento a causa de las irregularidades del piso. Ya en la boca de la mina, Jupe hizo una seña a sus compañeros para que se detuvieran.

El perro continuaba yaciendo en el mismo sitio de antes, casi invisible en la oscuridad, creciente. Un coche se detuvo al otro lado de la cerca. Allie y los Investigadores vieron que se apeaban del vehículo dos hombres.

—De acuerdo, Gasper —dijo uno de ellos—. Busca una piedra grande y haré saltar en un periquete el candado de la puerta.

—¿Para qué tomarse tanto trabajo, Manny? —objetó el otro, resoplando—. ¡Lo haré saltar de un balazo!

—¿Te has vuelto loco? —inquirió el primer hombre—. Podría oír alguien el disparo. Ese condenado *sheriff* no tardaría en presentarse aquí. Dame la piedra.

Desde su puesto de observación, a varios metros de la puerta, Allie y los chicos percibían claramente la agitada respiración del hombre llamado Gasper.

—¡Jupe! —susurró Pete—. Esa respiración… ¡Es la del ladrón que estuvo en el pajar! Me refiero al que quiso atacarme con el machete. Respiraba así, trabajosamente…

Retrocedieron, fundiéndose con las sombras del interior de la mina.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Allie—. Si emprendemos la huida esos individuos nos verán, con toda seguridad… Y no creo que se hayan dejado caer por aquí en plan amistoso. Esta noche no hay un alma por estos parajes… ¡ni siquiera en el rancho!

En aquel momento Gasper empezó a descargar golpes con la piedra sobre el candado de la puerta de Thurgood. El candado fue a parar al suelo por fin y la puerta quedó abierta.

—De estar aquí, probablemente lo tendrá en la casa —dijo

Gasper.

Los dos hombres cruzaron el claro que les separaba de la cabaña de Thurgood.

—Desde luego, es probable que no lo encontremos aquí —admitió el socio de Gasper—. Ha dispuesto de tiempo de sobra para hallar otro escondite…

—Si no diera resultado esta inspección, registraríamos la mina.

—Y si al final fracasamos —replicó Manny—, esperaremos a que ese tipo vuelva y le obligaremos, por la fuerza, a que nos diga dónde lo escondió.

Los dos hombres se echaron a reír al entrar en la cabaña de Thurgood.

Allie se estremeció.

—Nos van a sorprender aquí dentro —señaló—. Debiéramos llegar al rancho. Allí podremos llamar al *sheriff*.

—¿Has perdido la cabeza, Allie? —susurró Pete—. ¡Esos tipos van armados!

—Sin embargo, Allie tiene razón —medió Bob—. ¡Tenemos que hacer algo!

Jupe se aproximó a la boca de la mina, mirando a un lado y a otro. Vio un recipiente que contenía un líquido, cerca de la desvencijada choza en cuya puerta Thurgood había instalado un candado varios días antes. Jupe husmeó el contenido de aquella lata, fijándose en las secas maderas que formaban las paredes de la choza.

El Primer Investigador volvió sobre sus pasos.

—Junto a la choza de Thurgood —anunció a sus amigos—, los mejicanos dejaron una lata de disolvente para pinturas. Si consiguiésemos pegarle fuego a esa casucha, desde el poblado se vería la humareda y alguien se apresuraría a llamar al servicio de contraincendios. El *sheriff* no tardaría en presentarse aquí, probablemente. Así, lograríamos que esos granujas fuesen atrapados. Pete, tú llevaste cerillas a Hambone hoy, por lo que pudiera pasar. ¿Las tienes todavía encima?

Pete sacó su caja de cerillas. Jupe y él se fueron aproximando a la entrada de la mina. El Primer Investigador cogió la lata de disolvente y arrojó su contenido sobre las paredes de la choza. Pete encendió entonces una cerilla, que tiró en la misma dirección.

Instantáneamente surgió una llamarada, abrazando las resecas maderas. La casucha empezó a arder de un modo espectacular.

—¡Estupendo! —exclamó Pete—. Todo el mundo verá eso…

De pronto, Jupe gritó:

—¡Seguro que sí, Pete! ¡Rápido! ¡Adentrémonos en la mina! Creo saber ya qué era lo que Thurgood guardaba en esa construcción.

Los cuatro se tumbaron sobre el empinado piso.

A escasa distancia de ellos, la choza explotó. Y aquel terrible estruendo pareció sacudir la tierra…

*CAPÍTULO 16*

# *La huida*

Las montañas multiplicaron el eco de la explosión, terrible, ensordecedora. Cuando se hizo el silencio, aún parecía persistir en los oídos de Allie y los Tres Investigadores aquel rumor impresionante. Los cuatro se apresuraron a salir de la mina. Junto a su boca ardían los restos de la casucha, extendidos por las inmediaciones.

—¡Lo que nos falta! —exclamó Pete.

—¡Debía haber adivinado que lo que Thurgood guardaba en esa pequeña construcción era dinamita! —repuso Jupiter.

Luego, los acontecimientos empezaron a producirse con asombrosa rapidez. La puerta de lo que fuera antiguo taller de la mina se abrió de repente, emergiendo los dos mejicanos. Saltaron hacia la cerca, desapareciendo entre las rocas existentes en la pendiente situada sobre la mina. Manny y Gasper salieron de la cabaña en el preciso instante en que el rojo vehículo de Thurgood se deslizaba por la abierta puerta y cruzaba el claro.

—¡Cuidado, señor Thurgood! —gritó Pete, mientras corría—. ¡Esos individuos se metieron en su vivienda y están armados!

Gasper se volvió, amenazador, hacia Pete. Thurgood se plantó en el suelo de un salto, empuñando un rifle.

—¡No se muevan! —aulló—. ¡Si dan un paso más, disparo!

Pero Gasper actuó con más rapidez que él. Antes de que Thurgood tuviera tiempo de levantar su arma, asió violentamente a Pete por un hombro. El chico sintió que algo muy duro se apoyaba de pronto en su espalda.

—¡Deje caer el arma —dijo Gasper a Thurgood— si no quiere que haga saltar a este chico en dos!

Thurgood abatió el brazo lentamente. El rifle cayó al suelo. Manny se adelantó para cogerlo. En su aplanada cara apareció una

desagradable sonrisa. Su vista se posó en los otros chicos, situados todavía cerca de la boca de la mina.

—¡Tú, niña! —gritó—. ¡Ven aquí!

—¡No! ¡Espere!

Bob intentó colocarse ante Allie.

—¡Apártate de nosotros! —le ordenó Manny. Sin soltar el arma, se aproximó a Allie, asiéndola por un brazo y retorciéndoselo sobre la espalda.



—¡Vamos! ¡En marcha! —añadió después.

Súbitamente, oyeron el gemido de una sirena. Era la del coche contraincendios de Twin Lakes.

Manny y Gasper intercambiaron una mirada, reteniendo más bruscamente a sus rehenes.

—Esa carretera…, —Manny señaló con un movimiento de cabeza el bacheado camino de Hambone, apenas visible a aquella hora—. ¿A dónde lleva esa carretera?

La pregunta iba dirigida a la chica.

—A… a una población abandonada —repuso Allie, temblorosa.

—¿Qué hay al otro lado de esas montañas?

—El desierto.

Allie se sentía atemorizada, pero levantó la cabeza, con aire muy digno.

Gasper indicó ahora el vehículo de Thurgood.

—Utilizaremos ese coche, que tiene tracción a las cuatro ruedas.

—¡No conseguirán huir! —chilló Allie.

—¡Tú te callas! —ordenó secamente Gasper.

Percibieron a lo lejos el rumor del coche contraincendios. Sonó de nuevo su sirena.

—¡De prisa! ¡Al coche enseguida!

Manny dio un empujón a Allie, haciéndola caer sobre uno de los asientos posteriores del vehículo rojo, para sentarse luego junto a ella. Pete y Gasper se situaron delante. Jupe, Bob y Thurgood contemplaban la escena visiblemente impresionados. El coche abandonó el claro y tras unos ruidos provenientes de la caja de cambios comenzó a trepar por la pendiente que llevaba a Hambone.

Jupe y Bob echaron a correr detrás del vehículo. Gasper conducía sin luces y el coche se perdió pronto de vista entre los pinos de la ladera. En otra dirección avanzaban las rojas luces del coche contraincendios, más allá de la puerta del rancho de tío Harry. Unos minutos después, se detenía en el claro de Thurgood. El automóvil del *sheriff* siguió casi inmediatamente, haciendo a su vez una brusca parada.

El *sheriff* Tait se apeó, echando un vistazo a los restos de la choza, ahora un humeante montón de maderas quemadas.

—Al parecer, Sam, llegas tarde —dijo el *sheriff* al conductor del coche contraincendios. Seguidamente, se volvió hacia Wesley

Thurgood—. ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó—. Allí abajo sonó la explosión como si acabara de derrumbarse una montaña.

Jupiter se apresuró a mediar en la conversación.

—Le pegué fuego a la choza —explicó—. Dos hombres entraron en la cabaña del señor Thurgood violentamente y deseaba captar su atención… Sin embargo, esto carece de importancia ahora. ¡Esos hombres se llevaron consigo a Allie Jamison y a Pete Crenshaw! ¡Y también el coche del señor Thurgood! Se dirigen a Hambone. Están armados… y dan la impresión de hallarse dispuestos a todo.

El *sheriff* miró hacia las sombras.

—¿Que alguien se ha llevado a Allie?

—Sí. Y a nuestro amigo Pete Crenshaw —insistió Jupiter—. ¡A punta de revólver!

El *sheriff* se pasó, pensativo, una de sus manazas por la barbilla. Frunció el ceño.

—¿Cuándo se pusieron en marcha?

—Hace unos minutos, solamente. Usted podría alcanzarlos si se diera prisa. Conducen sin luces, de manera que no podrán ir muy lejos.

—Si se dan cuenta de que les persigo irán más rápidos, corriendo entonces el peligro de salirse de la carretera. Es peligroso darles caza, habiéndose hecho acompañar de los chicos.

—Pues espérelos usted al otro lado de la montaña —propuso Jupe—. Seguro que no se detendrán en Hambone. Estando la carretera bloqueada al otro lado de la loma…

—¿Qué carretera? —inquirió el *sheriff*.

Jupiter se quedó boquiabierto.

—¿Hay más de una?

—Mira, hijo: si llegan a Hambone, podrán escoger entre una docena de caminos. Hay muchos en las laderas opuestas. Arrancan de la carretera principal de Hambone y llevan a pequeñas cabañas y antiguas minas. Luego, serpentean por el desierto. Esos sujetos podrían permanecer escondidos en tales parajes durante meses si se les antoja.

—Pero… ¡eso no es posible! —gritó Bob—. ¡Les acompañan Allie y Pete!

El *sheriff* se acercó a su coche, cogiendo el micrófono del transmisor-receptor de radio.

—Dentro de media hora dispondré de un helicóptero del servicio de patrullas —manifestó—. Y voy a decir a nuestros hombres que cubran con un buen servicio de vigilancia las otras vertientes. Lo único que se puede pedir ahora es que esos forajidos no piensen que dispondrán de mayor libertad de movimientos si se desembarazan de sus rehenes.

*CAPÍTULO 17*

# *La avería*

Jim Hoover, el piloto del helicóptero, sonrió, haciendo un gesto de asentimiento, cuando Jupe y Bob le rogaron que les permitiese participar directamente en la búsqueda de los fugitivos.

—Esta idea no me gusta nada —se lamentó el *sheriff* Tait—. Podría resultar peligroso…

No obstante, se hizo a un lado para que los Investigadores se acomodaran, de rodillas, tras los asientos del piloto y el pasajero. Tait ocupó este último, colocando sobre sus piernas un rifle dotado de mira telescópica.

—¿Listos? —preguntó Hoover.

El helicóptero se elevó, situándose encima de la carretera que discurría cerca de la mina de Thurgood. La Luna, que empezaba a apuntar en el firmamento, iluminaba muy débilmente el paisaje. A los pocos segundos, Hoover tocó un interruptor. El haz luminoso de un proyector horadó la noche.

—Puede usted controlar la luz con esta palanca —indicó Hoover al *sheriff* Tait, mostrándole un pequeño brazo situado frente al asiento del pasajero.

El *sheriff* se inclinó hacia delante.

—Siguen sin utilizar las luces de sus faros, indudablemente.

Tait movió la palanquita. Un amplio rayo luminoso barrió las sombras, abajo. Vieron así unos enormes peñascos, que adoptaban fantásticas formas. Descubrieron, asimismo, porciones de la serpenteante carretera que unía a Twin Lakes con Hambone. La espesa masa, verde a la luz del día, se advertía casi blanca en aquellos instantes.

—No tendrán más remedio que seguir por esa carretera, por lo menos hasta llegar a Hambone —declaró Hoover.

El helicóptero giró rápidamente y Jupe sintió un angustioso

vacío en el estómago. Se le escapó un gemido.

—Tómatelo con calma, muchacho —dijo el piloto—. Hazte la cuenta de que estás en un ascensor que en lugar de subir y bajar se desplaza hacia ambos lados.

—No se preocupe —murmuró Jupe—. Me encuentro perfectamente.

El helicóptero cubrió la carretera de Twin Lakes a Hambone en su totalidad. Sus ocupantes no lograron localizar, sin embargo, al vehículo de los fugitivos.

—No me explico cómo, sin luces, han podido llegar tan rápidos a la cumbre de la montaña —consideró, pensativo, el *sheriff*.

Bob reflexionó. ¿Habían logrado Manny y Gasper alcanzar realmente su objetivo? Existía la posibilidad de que Gasper se hubiese despistado en la oscuridad, saliéndose de la carretera… ¿Seguirían sin novedad Pete y Allie? ¿No estarían en aquellos momentos dentro de los restos del coche, probablemente heridos?

Bob se agitó, inquieto. El *sheriff* Tait comprendió su estado de ánimo.

—No te preocupes, hijo —manifestó, para tranquilizarlo—. Mi ayudante, en compañía de otro hombre, se ha lanzado por esa carretera en un *jeep*. Si a ese vehículo le ha pasado algo, no tardarán en encontrarlo.

Hoover sobrevoló los tejados de las estructuras de Hambone. La luz del proyector rebuscó en las zonas oscuras existentes entre las desvencijadas casas.

—¿Qué significa eso? —preguntó el *sheriff*—. Ahí abajo hay un coche…, ¡detrás de los antiguos talleres de la mina de Hambone!

Jupiter alargó la cabeza.

—Es el coche de la señora Macomber —explicó—. Lo encontramos abandonado en ese sitio esta tarde. Y no sabemos dónde para la viuda.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —preguntó el *sheriff* Tait.

—Creo que más tarde podré explicárselo —repuso Jupe—. Ahora lo que más nos interesa es dar con Allie y Pete.

—Bueno, pues si salieron de Hambone se hallarán en la ladera occidental, bajando por una de esas empinadas carreteras —dijo el *sheriff*—. Personalmente, no sé cuál puede ser peor para huir en compañía de dos criaturas como Allie y Pete.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —indicó Jim Hoover.

El helicóptero avanzó hacia el Oeste. El poblado fantasma quedó a sus espaldas…

* * *

Allie y Pete, sentados en sus sitios respectivos, junto a Manny y Gasper, escucharon el ruido peculiar de las aspas del helicóptero desplazándose sobre sus cabezas. El haz luminoso de su proyector se paseó por las copas de los árboles, fijándose a veces en la desierta carretera que conducía a la población abandonada. Hubo un momento en que repasó un trozo del camino que acaban de dejar.

Allie Jamison, emocionada, contenía la respiración. Deseaba con toda su alma que los del helicóptero los descubrieran cuanto antes. «¡Por favor!», rogó mentalmente. «¡Por favor! ¡Mirad por aquí! ¡Estamos aquí abajo! ¿Es que no podéis vernos?».

Luego, el ruido del helicóptero se hizo más débil, desvaneciéndose casi por completo. Gasper emitió una risita.

—¡Vamos! ¡En marcha de nuevo!

El motor profirió un rugido. Manejó torpemente la palanca del cambio. El coche sufrió una sacudida, comenzando a avanzar penosamente rumbo a Hambone. Continuaban moviéndose en la oscuridad.

—Si conseguimos escapar de ésta, yo no pienso volver más —declaró Gasper—. Ya no se podría hacer nada, de todos modos. En el caso de que ese granuja de Thurgood no haya encontrado lo que nosotros buscábamos, empezará a explorar el terreno. No se necesita ser un gran genio para comprender que andábamos tras algo muy gordo.

—¿A cuánto ascendía la participación de Gilbert Morgan? El botín fue de un cuarto de millón de dólares… —dijo Allie.

Gasper descargó el pie sobre el freno, deteniéndose el coche bruscamente.

—¿Quién te habló a ti de ese cuarto de millón de dólares?

Allie guardó silencio. El hombre se llevó un cigarrillo a los labios.

—Tendremos que dejar a éstos en algún sitio —comunicó a su

compañero—, un sitio donde nadie pueda encontrarlos jamás.

Allie se puso a toser, agitando una mano para alejar el humo del cigarrillo.

—Fumar es un hábito terrible —comentó—. Perjudica a la garganta, como ya habrá notado usted, y llega hasta a cambiar la voz… Nada ganarían ustedes desembarazándose de nosotros. Estamos informados acerca del atraco de Phoenix, cometido cinco años atrás. Participaron en él cuatro delincuentes, tres hombres y una mujer. Gilbert Morgan fue uno de los hombres, ¿verdad? Y ustedes son los otros dos. Nosotros lo sabemos todo… Y también Bob y Jupe.

A Manny se le escapó un gemido.

—¡Los otros dos chicos! ¡Y los dejamos allí!

—Han sido ustedes unos estúpidos, ¿verdad? —inquirió Allie.

La mano de Manny se crispó sobre la culata de su arma, y la chica guardó silencio.

Llegados a Hambone, iniciaron el descenso por la ladera opuesta de la montaña. Gasper dejó rodar el vehículo, limitándose a contenerlo con una marcha. Al cabo de un rato llegaron a un lugar en que la carretera principal describía una curva hacia la derecha. A la izquierda quedaba un camino más estrecho y bacheado. Gasper aplastó lo que quedaba de su cigarrillo, en el cenicero, desbordante de colillas, señalando la primera de las accidentadas vías.

—¿A dónde se va por aquí? —preguntó a Allie.

—No lo sé —replicó la chica, moviendo todavía las manos para eludir el humo—. Me imagino que al desierto.

—Sigamos por el otro camino —ordenó Mafiny—. Me da el corazón que a estas horas nos estarán esperando cien policías al término de la carretera principal.

Gasper respondió a estas palabras con un gruñido, internando el vehículo donde acababa de indicársele. El camino era poco más que un par de surcos entre árboles. El vehículo ascendía y descendía desordenadamente, pero Gasper, firmemente asido al volante, pudo seguir adelante. El forajido arrojó por la ventanilla otro cigarrillo que acababa de encender, sujetando ya ahora el volante con ambas manos en todo momento.

—Si logra pegarle fuego a la montaña las patrullas nos localizarán en unos minutos —dijo Allie, descaradamente.

Gasper estaba demasiado ocupado conduciendo el coche para molestarse en replicar.

Pete y Allie tuvieron la impresión de que aquel viaje estaba durando una eternidad. De vez en cuando divisaban cabañas, oscuras y escondidas, en las arboledas. En cierto momento pasaron por un poblado más pequeño que Hambone, con las casas más en ruinas todavía. Un coyote corrió a lo lejos, manteniéndose siempre en la sombra. Varias veces volvieron a ver la luz del proyector de un helicóptero que se aproximaba a ellos. En tales momentos Gaspar se apartaba del camino, haciendo un alto hasta que el helicóptero se alejaba. Pete y Allie intentaron dormir un poco, pero los bruscos movimientos del vehículo les hizo continuar despiertos.

Durante largo rato estuvieron ascendiendo incesantemente. Finalmente empezaron a zigzaguear, pendiente abajo.

—Creo que lo hemos conseguido —murmuró Gasper.

Sus manos no se apartaban del volante. La luna había desaparecido. Tan sólo la luz de las estrellas iluminaba débilmente el camino. Éste, después, se tornó más amplio y nivelado. Habían llegado al pie de la elevación. Tenían delante una carretera en condiciones, que iba de un lado a otro. Más allá empezaba el desierto.

Gasper detuvo el coche, mirando cautelosamente a la derecha y después a la izquierda. Manny sonrió.

—Aquí no hay nadie —comentó—. Lo que me figuré: los polis nos están aguardando en la carretera principal.

—Pueden estar donde menos nos figuremos. —Gasper hizo una profunda inspiración, tosiendo—. Ese camino tampoco nos conviene —decidió, señalando el que tenían delante.

Metió la primera marcha, cruzó aquella vía y se plantó con un brusco salto más sobre el piso del desierto.

—¡Ay! —chilló Allie, al sentirse proyectada hacia delante—. Este coche no irá muy lejos…

—¡Cállate de una vez! —ordenó Gasper, aplastando nerviosamente en el cenicero otro cigarrillo recién encendido—. Podremos coger una carretera sólo cuando nos separe de esa gente una buena distancia… Necesitamos dar con una que no esté vigilada.

La luz de las últimas estrellas se desvaneció. Pete volvió la

cabeza, advirtiendo un débil resplandor tras las montañas. Cuando por fin brilló el sol en lo alto, la carretera, dejada a sus espaldas, ya no era visible.

—Pronto daremos con un camino que nos convenga seguir, por no hallarse comunicado con…

Gasper calló de repente. El vehículo se inclinó violentamente a un lado. Oyose un siseo, y a continuación vieron humo que salía de debajo del capó del motor.

—¡Maldita sea!

Gasper paró el motor, apeándose para dirigirse a la parte delantera del vehículo. El blanco polvo del piso se había oscurecido, formándose allí un pequeño charco de agua de color marrón.

—¿Qué pasa? —preguntó Manny.

—¡Se ha roto el radiador! —explicó Gasper—. Y también el eje delantero.

—¡Imbécil! —gimió Manny.

Gasper se situó junto al coche, empuñando su revólver.

—¡Los dos! ¡Abajo! —ordenó a Allie y a Pete—. Ahora vamos a andar un poco.

—¿Se ha vuelto usted loco? —protestó Allie.

—¡Cállate y obedece!

Allie y Pete se apearon. Lo mismo hizo Manny, quien contempló, pensativo, la desértica llanura que se extendía ante ellos.

—Por ahí… —decidió, extendiendo un brazo—. Caminaremos en esa dirección, teniendo las montañas a nuestras espaldas. Antes o después daremos con algún camino.

—¡No! —repuso Allie—. Ustedes pueden estar caminando kilómetros y más kilómetros por ahí, sin dar con ningún camino. Y cuando el sol haya salido del todo, la temperatura en el desierto llegará a alcanzar los cincuenta o los sesenta grados… Nos quedaremos en el coche.

—Nosotros somos hombres muertos si nos quedamos aquí —objetó Manny.

—Todos moriremos si nos apartamos de este sitio —insistió Allie.

Allie se sentó en el suelo.

—Puede usted matarme, si quiere, pero yo no pienso moverme de aquí. Prefiero morir de un tiro a perecer por efecto del calor o a

volverme loca a consecuencia de la sed.

La chica miró con aire desafiante a los dos hombres.

Pete vaciló. Finalmente, optó por sentarse también junto al coche.

Gasper les dirigió una mirada cargada de amenazas. Sus dedos oprimieron con más fuerza la empuñadura de su arma. Luego, Manny, bruscamente, giró en redondo, echando a andar por el desierto.

Gasper estuvo meditando sobre las palabras de su compañero. Por último, se lanzó tras Manny.

Allie y Pete vieron cómo los dos hombres se alejaban, hasta convertirse en dos simples puntos en la lejanía. El sol ascendía rápidamente por el firmamento. Un mar de luz ondeaba sobre el piso del desierto.

—¿Qué va a ser de nosotros si han interrumpido la búsqueda? —preguntó Pete. Su voz sonaba ronca a causa de la ansiedad que le dominaba—. También aquí podemos morir, de sed.

*CAPÍTULO 18*

# *Perdidos en el desierto*

Desde el helicóptero, Bob y Jupiter vieron que las montañas tomaban un color rosado bajo la luz del amanecer. El *sheriff* Tait apagó el proyector del aparato, bostezando. Tras tantas horas de exploración tenía los ojos enrojecidos. Además, le dolían. Jim Hoover cambió de postura, desplazando el helicóptero una vez más sobre los promontorios.

—No me explico cómo pudieron llegar a la cresta de la montaña y emprender el descenso sin que les localizáramos —manifestó el *sheriff*—. Me inclino a pensar, sin embargo, que ya no están por ahí. Hemos repasado todos los caminos.

—¿Dónde pueden encontrarse entonces? —inquirió Bob—. De haber descendido por la carretera principal los agentes del servicio de patrullas los hubieran localizado… Y el piloto del otro helicóptero anunció que también había inspeccionado aquella carretera.

—Puede ser que continúen en las montañas —opinó Jupe—. Hay muchas poblaciones abandonadas en ellas, y árboles bajo los cuales pudieron ocultar el coche.

—Puede ser que estés en lo cierto, Jupiter —replicó el *sheriff* Tait—, pero apostaría cualquier cosa a que utilizaron uno de los caminos en desuso para lanzarse luego por el desierto. Hay que tener en cuenta que carecen de provisiones, y que por tanto, no podrán ir muy lejos.

—¿Y podremos dar con ellos de hallarse en el desierto? —preguntó Bob.

—Desde luego que sí —contestó el *sheriff*—. El desierto es grande, pero se encuentra despejado de obstáculos. Probemos suerte por allí.

Jim Hoover asintió. El helicóptero giró hacia el Oeste, para

abandonar las montañas.

* * *

Allie sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de sus pantalones, secándose la frente. El sol calentaba cada vez más. Estaba muy cansada, pero se hallaba también demasiado preocupada para quedarse dormida. Por quinta vez se levantó aquella mañana, dando la vuelta al vehículo. Luego se dejó caer junto a Pete, a la sombra del coche.

—Ha pasado ya mucho tiempo —dijo—. Deben de ser casi las doce. ¿Cómo es que no han dado con nosotros todavía?

Pete comentó, sombrío:

—Y no hemos comido nada desde ayer, cuando estuvimos en Hambone. Tengo hambre.

—¿Cómo puedes estar pensando en la comida? —saltó Allie—. Tengo los labios resecos.

—Si no se hubiese roto el radiador, habríamos podido calmar la sed con el agua que contenía —declaró Pete.

Allie se encogió. De pronto, exclamó:

—¡Oh! Acaba de ocurrírseme una idea.

—¿De qué se trata?

Allie se puso en pie de un salto, cogiendo las llaves del encendido del coche. Seguidamente abrió la guantera grande, junto al tablero de los instrumentos. Rebuscó en su interior y sacó un diminuto botiquín sanitario de primeros auxilios. Dentro del mismo halló unas tijeras pequeñas.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —le preguntó Pete, al ver que se las mostraba con aire de triunfo.

La chica señaló un cacto, no lejos de ellos.

—Nos haremos con dos trozos de ese cacto —explicó—. Estas plantas albergan siempre en sus troncos y palas cierta cantidad de agua. La absorben cuando llueve, reteniéndola para cubrir sus necesidades durante los período de sequía. ¿Cómo es que no he pensado en esto antes?

—Mejor es tarde que nunca —dijo Pete—. ¡Uf! Ha de saber muy bien una cosa que está húmeda…

El chico cogió las tijeras, aproximándose al cacto. Hendió una de las palas de la planta, haciéndose así con dos trozos de jugosa pulpa. Entregó uno a Allie y dio un mordisco al suyo. Los dos hacían poco después un expresivo gesto de repugnancia.

—No sé qué es peor —declaró Pete—: si morir de sed… o de esto.

Allie masticó lentamente la pulpa, escupiéndola luego. Ahora estaba el sol ya, casi, en el cénit.

—Deberíamos protegemos del sol colocándonos bajo el coche —indicó la chica—. Si el helicóptero continúa buscándonos acabarán por verlo.

Los dos se deslizaron debajo del vehículo.

—Aquí, verdaderamente no hace tanto calor —dijo Pete, estirándose, dispuesto a esperar.

Sintiéndose algo mejor, Allie y Pete se mantuvieron atentos a lo que sucedía a su alrededor. Oyeron el tenue gorjeo de un pájaro del desierto, vieron emerger del suelo la cabeza de una rata canguro, que no tardó en perderse de vista. Varios lagartos corrieron junto al vehículo, en busca de alimento. La tierra se calentaba; reverberaba la luz solar en las lisas y bruñidas superficies del desierto. Al cabo de algún tiempo, Pete levantó la cabeza. Y Allie también, casi simultáneamente. Los dos se miraron.

—¿Has oído?

En la lejanía, percibieron el rumor inconfundible de un helicóptero.

—¡Se acercan! —proclamó la chica.

Salieron de debajo del coche, procurando hacerse bien visibles. Pero el ruido se perdió en la distancia. Escudriñaron el cielo protegiéndose los ojos, sin descubrir nada.

—Era un helicóptero —afirmó Allie.

Callados, se mantuvieron atentos… Nada, ni el menor sonido.

—¡Oh! ¿Cómo es que no vienen? —inquirió Allie—. De no presentarse aquí pronto, moriremos.

—No digas eso… Nos encontrarán, estoy seguro de ello.

Pero en la voz de Pete había más escepticismo que convicción.

Volvió a llegar a sus oídos el sonido de antes. Era un helicóptero… Pete y Allie comenzaron a saltar alocadamente, a agitar los brazos, a dar grandes voces.

—¡Estamos aquí! ¡Aquí! —chilló Allie.

El helicóptero los había visto, ya que se deslizaba en dirección a los dos. Una vez se hubo posado en el suelo, Pete y Allie echaron a correr hacia sus amigos, inclinándose para evitar que les alcanzaran sus aspas, todavía girando.

El *sheriff* Tait descendió del aparato.

—¿Os encontráis bien? —les preguntó.

—Estamos bien, sí. ¡Perfectamente!

Pete señaló el desierto.

—Nuestros dos secuestradores huyeron por ahí… ¡a pie!

—Decidieron abandonarnos en este lugar cuando se averió el coche —añadió Allie.

El *sheriff* se echó a reír.

Jupiter y Bob estaban deseando apearse del helicóptero para saludar a sus amigos. Pero el *sheriff* tornó a ocupar enseguida el asiento del pasajero, diciendo algo a Hoover. El piloto asintió, pronunciando unas palabras ante el micrófono de la radio de a bordo. Luego, asomó la cabeza por la ventanilla para gritar a Pete y Allie, dominando el ruido del motor del aparato:

—¡Aquí no disponemos de sitio para vosotros! Por eso he llamado a otro de nuestros helicópteros. Estará en este lugar dentro de cinco minutos. Ahora vamos en busca de vuestros secuestradores.

Después, alargó una cantimplora a Pete. El helicóptero se elevó para tratar de localizar y detener a Manny y a Gasper. Pete y Allie se miraron, sonrientes.

—Apuesto lo que quieras a que esa pareja no anda muy lejos de aquí —dijo la chica, muy satisfecha.

*CAPÍTULO 19*

# *El secreto del millonario*

Allie estaba en lo cierto. Una hora más tarde Manny y Gasper eran llevados a Twin Lakes, siendo depositados en el claro cercano a la cabaña de Wesley Thurgood por el piloto de un helicóptero y un agente. Los dos delincuentes se encontraban extenuados. El sol había levantado ampollas en su piel. Habían logrado recorrer unos kilómetros por el desierto, antes de caer derrumbados por efecto del intenso calor. Allie y Pete, que habían sido llevados con anterioridad a la población por vía aérea, sonrieron complacidos al ver descender del helicóptero a los dos forajidos, convenientemente maniatados.

El *sheriff* Tait se presentó acompañado de Jupe y Bob. Los chicos saludaron, desbordantes de júbilo, a sus amigos, y también a tío Harry, risueño ahora, tras los malos momentos vividos. Magdalena se hallaba también presente. Andaba muy ocupada, repartiendo bocadillos y enredando con motivo de los dos trabajadores mejicanos. Éstos habían regresado a la mina durante la noche. Habíanse sentado ante la cabaña de Thurgood, en uno de los peldaños de la entrada. Veíaseles recelosos, asustados, negándose a hablar con nadie. El perro de Thurgood estaba encadenado junto a la cabaña, tranquilo. Su dueño andaba por las inmediaciones, dando la impresión de hallarse cansado y perplejo.

—Ahora que estamos todos —dijo Thurgood—, ¿quién de ustedes me va a hacer el favor de explicarme qué hacen esos hombres aquí? —señaló con un movimiento de cabeza a Gasper y Manny—. ¿Quiénes son? ¿Qué ha pasado?

Sin hacer el menor caso de las palabras de Thurgood, Allie se volvió hacia Jupe para decir:

—¡No nos habíamos equivocado con respecto a Gilbert Morgan! Participó en el atraco cometido en Phoenix hace cinco años… ¡y

esos dos tipos le acompañaban! Así lo reconocieron anoche, cuando nos desplazábamos por la montaña.

—Nosotros no hemos dicho nada —declaró Manny.

—Sí, sí… —insistió Allie—. Cuando yo hablé de que estábamos enterados del robo me contestaron que tendrían que abandonarnos. Supongo que querrían tirarnos por algún precipicio, o dejarnos morir de hambre. ¡Eso vale tanto como admitirlo!

La cara redonda de Jupiter Jones era la de un querubín contento.

—Así pues, nuestro planteamiento de los hechos era correcto —dijo—. Cada trozo del rompecabezas comienza a encajar en su sitio.

—¿De qué estás hablando tú? —preguntó el *sheriff* Tait.

—Podrías ponernos en antecedentes de todo, ¿no te parece? —meditó tío Harry—. Yo estoy tan a oscuras como los demás.

—Voy a intentarlo —repuso Jupe, evidentemente satisfecho.

Se acabó de comer el bocadillo que tenía en las manos y tomó aliento.

—Cuando el hombre muerto de la mina fue identificado como un delincuente, como un individuo buscado por la justicia que había estado en libertad vigilada, nos preguntamos qué podía haber estado haciendo un sujeto así en un lugar tan remoto como Twin Lakes. ¿Qué era lo que le había llevado a la Mina Mortal? Entonces, empezamos a leer los números atrasados de la *Twin Lakes Gazette*, descubriendo que la población había sido escenario de varios interesantes acontecimientos cinco años atrás.

»Supimos que hace cinco años el cuerpo de Gilbert Morgan quedó encerrado en la mina. El mismo día en que se cerró ésta se encontró junto a la entrada un coche que había llegado aquí en ese vehículo. En consecuencia, intentamos seguir el rastro de Morgan hasta Lordsburg, pero había sido robado en Lordsburg. Supusimos que Morgan sólo pudimos dar con el anuncio, publicado en el periódico de esta última población del cierre de la Mina Mortal.

»Hace cinco años la señora Macomber volvió a Twin Lakes, adquiriendo la casa que ahora tiene. En una de sus casas abandonadas hallamos un periódico de Phoenix de hace cinco años, que contenía información sobre un atraco, un atraco que proporcionó a tres hombres y una mujer unos doscientos cincuenta mil dólares. El periódico databa de una fecha anterior en unos días

al cierre de la mina, varios meses antes también de que la señora Macomber se hiciese cargo de su propiedad. Es muy posible que Gilbert Morgan trajese consigo aquí el periódico, que estuviese en la casa antes de entrar en la mina. Adivinamos que Morgan había sido uno de los atracadores. Y no nos equivocamos… Los otros dos son esos hombres.

Jupiter señaló a Manny y a Gasper.

—La semana pasada, cuando fue encontrado el cadáver en la mina, este lugar se llenó de curiosos. Usted, Gasper, también se presentó aquí al enterarse de aquel hecho. Se metió en el pajar de Harrison Osborne, y al verse sorprendido atacó a Pete con un machete. Pero andaba buscando algo y tenía que quedarse. Vagó un poco por las inmediaciones, en torno a la casa de la señora Macomber sobre todo.

»Estoy seguro de que fue usted quien robó las provisiones de la señora Macomber, tirando una colilla al fregadero. Claro que también podría ser que ella le hubiese facilitado los alimentos que necesitaba, espontáneamente.

Gasper no formuló ningún comentario.

—No importa —añadió Jupe—. Manny debió de estar por estos parajes también, pero nunca llegamos a verlo. Supongo, Gasper, que usted actuaba como una especie de centinela. Ayer por la tarde no había obstáculos a la vista. Todo el mundo parecía haberse ido de aquí. Por tanto, tras haber drogado al perro con un poco de carne convenientemente preparada, fue en busca de Manny. Juntos ya, volvieron a fin de intentar dar con la parte de Morgan referente al botín del atraco.

Jupe se volvió ahora hacia Wesley Thurgood.

—Usted encontró el dinero en la mina, ¿verdad, señor Thurgood?

Thurgood agitó la cabeza, denegando.

—Lo siento, muchacho, pero creo que sigues un mal rastro. He de admitir que no exploré la mina en su totalidad cuando la abrí. Sin embargo, estuvo allí el *sheriff* Tait tras el hallazgo del cadáver. En esa mina no hay nada.

—¿Nada, señor Thurgood? —preguntó Jupiter. Sacó una piedra de uno de sus bolsillos, echándola al aire—. ¿Ni siquiera… ni siquiera oro?

Thurgood pareció sobresaltarse.

—¿Oro? —inquirió el *sheriff* Tait—. En la Mina Mortal no hubo jamás oro.

—Pues ahora lo hay —declaró Jupiter—. Esta piedra la cogí en la mina el día en que Allie descubrió el cadáver de Morgan. Se la enseñé a un joyero de Lordsburg. Me dijo que esta vetita brillante y rojiza es oro… oro mezclado con un alto porcentaje de cobre.

El *sheriff* se quedó perplejo.

—Pero… si hay oro en la Mina Mortal, ¿por qué no fue descubierto antes?

Jupe se guardó la piedra, mostrando ahora un segundo trozo de brillante metal, que entregó al *sheriff*.

—Porque no lo había allí cuando el señor Thurgood compró la mina —añadió Jupiter—. Cuando estuvimos en ella anoche encontré la piedra alojada en una pared, junto con otros trocitos de metal. Si examina la muestra de cerca observará que es oro verdoso, probablemente oro con un alto porcentaje de plata.

»Anoche, mientras explorábamos la montaña buscando a Allie y a Pete, empecé a pensar en las dos muestras de oro. Yo sabía que el oro se encuentra a menudo en aleación con otros metales, cobre o plata, pero dudaba de que pudiesen hallarse tan cerca una de otra dos aleaciones completamente diferentes. Recordé a continuación el disparo en la mina… y los otros estruendos. En consecuencia, estudié atentamente la muestra de oro verdoso. Haga usted lo mismo que yo, *sheriff* Tait, y verá que no estuvo siempre alojada en la pared de la Mina Mortal.

El *sheriff* examinó detenidamente el trozo de metal.

—¡Esto… esto presenta un dibujo! —exclamó.

Jupiter Jones asintió con aire triunfal.

—Unas flores de azahar, ¿verdad? ¡Ese oro fue en otro tiempo parte de un anillo de boda!

Thurgood dio un paso adelante.

—¿Dónde te lo procuraste? —preguntó—. ¿De dónde lo sacaste realmente? ¡No me digas que lo hallaste en mi mina!

—No es necesario que le dé explicaciones —repuso Jupe—. Estoy seguro de que si insistió en utilizar trozos de viejas joyas en su juego, habrá otros ejemplares semejantes en la pared de la mina, fácilmente identificables. El *sheriff* no tiene más que ponerse a

buscarlos.

Jupe se volvió hacia el *sheriff*.

—El señor Thurgood ha recurrido a un antiquísimo timo. Simplemente, se ha dedicado a «cebar» su mina. Cargaba su escopeta con trozos de oro, y las partículas, tras el disparo, quedaban incrustadas en las paredes. Luego, mostraba a quien le convenía su «hallazgo». Sus trabajadores mejicanos manipulaban la dinamita siempre que tenía visitantes, para hacer creer que la mina estaba en explotación.

Supongo que los incautos se trasladaban por avión hasta Lordsburg, donde los recogía Thurgood. Después, los llevaba en coche a su mina, convenciéndoles para que efectuasen alguna inversión en ella.

—Hay algo aquí que no tiene sentido —objetó tío Harry—. Wesley Thurgood es un hombre acaudalado… ¿Por qué había de meterse en un asunto tan sucio como ése?

Thurgood sonrió, burlón:

—Naturalmente. Tal idea no puede resultar más absurda.

—Cuando entremos en la mina podremos ver… —empezó a decir Jupe.

—¡Nadie va a entrar en ella para nada! —gritó Thurgood. Su rostro estaba ahora encendido, revelando una ira terrible—. Voy a llamar a mi abogado. El que quiera entrar en la mina, mientras tanto, habrá de enseñarme una orden legal de registro, pues de lo contrario formularé una denuncia en regla.

—Desde la cárcel podrá llamar a su abogado —dijo el *sheriff* Tait, muy frío—. Dispongo ya de pruebas suficientes para retenerle como sospechoso…, y para obtener sobre la marcha una orden de registro.

—¿Es que va usted a dar crédito a lo que diga ese estúpido chico? —chilló Thurgood.

—A mí no me parece nada estúpido —manifestó el *sheriff*.

—Gracias, *sheriff* Tait —replicó Jupe—. Bueno, hay otra cosa que deseo aclarar.

Volvióse hacia Manny y Gasper.

—¿Dónde está la señora Macomber? —preguntó Jupiter—. ¿Espera reunirse con ustedes en alguna parte?

—¿La señora Macomber? —dijo Manny, muy confuso.

—La dueña de las casas situadas al otro lado de la carretera —explicó Allie— se apellida Macomber.

Jupe se quedó atónito.

—Pero… ¿es que no la conocen? ¿De veras que no la conocen?

Manny se encogió de hombros.

Jupiter se pellizcó el labio inferior.

—Sospechamos que la señora Macomber era la cuarta persona en el atraco de Phoenix. Pero carecíamos de pruebas para relacionarla con el hecho. Sólo sabíamos que se acomodaba a la descripción de la conductora del coche en que huyeron los forajidos. Se acomodaba a ella perfectamente… y la mujer había desaparecido de Phoenix hacia la misma fecha en que se cometió el atraco. Luego, tras haber sabido que seguíamos el rastro de Morgan, desapareció de nuevo.

Thurgood contestó, airadamente:

—¡Le digo que ese chico está loco! ¿A quién se le ocurre pensar en una asociación de la señora Macomber con esos granujas?

Otra vez, inconscientemente, Thurgood fijó la mirada en la boca de la mina.

—Bueno, si yo estoy loco, ¿por qué está usted sudando, Thurgood? —preguntó Jupe.

De repente, el Primer Investigador se dio una palmada en la frente.

—¡He sido un necio! —agregó—. Pensé que la señora Macomber desapareció porque había intervenido en aquel atraco. Pero no hubo nada de eso, ¿verdad, Thurgood? La viuda desapareció porque lo conocía a usted… Sabía algo acerca de su persona que usted hubiera preferido que ignorara. ¿Qué ha sido de ella, Thurgood? ¿Dónde está la señora Macomber?

Thurgood tragó saliva.

—¿Y cómo voy a saberlo yo?

Sin darse cuenta de lo que hacía, el hombre empezó a acercarse a la mina.

Jupe giró en redondo, lanzándose sobre el coche del *sheriff*, del que sacó una gran linterna. Inmediatamente echó a correr hacia la boca de la explotación.

El *sheriff* señaló a Thurgood.

—¡Vigila a este hombre! —rugió, dirigiéndose a su ayudante.

Luego, él, Allie, tío Harry, Pete y Bob siguieron a Jupe, adentrándose en la Mina Mortal.

El Primer Investigador les llevaba bastante ventaja. Los otros se guiaban por la luz de su linterna. Continuaron avanzando por el pasillo de la izquierda una vez dejado el túnel principal. En cierto momento, brevemente, bajo el haz luminoso apuntado por Jupiter, brillaron unos puntos en una pared.

Bob y Pete casi habían alcanzado a Jupe cuando éste se deslizó por el corredor que en otro instante de su aventura llevara a Allie hasta el cadáver del atracador. Al final del túnel, se detuvo, en unión de sus amigos, fijando la vista los tres en el fondo del pozo. Allí, atada y amordazada, pero forcejeando denodadamente para liberarse de las cuerdas que la inmovilizaban, se encontraba la desaparecida señora Macomber.

*CAPÍTULO 20*

# *¿Dónde está el botín?*

Cuando la señora Macomber vio al grupo sobre su cabeza, sus ojos centellearon. Rápidamente, el *sheriff* Tait se procuró una escalera, descendiendo hasta el fondo del pozo.

—¡Por fin! —exclamó la viuda, tan pronto le quitaron la mordaza—. Creí que no llegaría a ver a nadie ya por aquí.

Una vez libre de sus ataduras, irguió el cuerpo calmosamente, sacudió el polvo que impregnaba sus ropas y trepó por la escalera sin ayuda de nadie. El *sheriff* la siguió, haciéndose cargo del maletín que había tenido al lado.



—¿Dónde está ese canalla? —preguntó la mujer.

—¿Wesley Thurgood? —dijo Jupe.

—¡Ése no es Wesley Thurgood! —exclamó la señora Macomber—. Finalmente, recordé un detalle poco habitual del pequeño Thurgood. Al nacer, tenía los ojos castaños. Pocos son los niños cuyos ojos tienen tal color cuando nacen. En su mayor parte los tienen azules y si han de tenerlos castaños cambian de color al cabo de algún tiempo. Pero los ojos del pequeño Wesley Thurgood eran oscuros y éstos no cambian. En cambio, son azules los de ese hombre… ¡que es un completo impostor!

—Supongo que usted se lo diría —aventuró Jupiter.

—Bien. Le pregunté qué llevaba entre manos aquí. Por toda respuesta me encañonó con un revólver. Me obligó a bajar a ese pozo y luego me tiró el maletín. ¿Dónde para ese hombre?

—Está ahí fuera —explicó el *sheriff*—. Y no tardará en encontrarse en la cárcel.

—¡La cárcel es una cosa demasiado buena para él! —declaró la señora Macomber.

—Estoy de acuerdo con usted, pero es lo mejor que podemos reservarle, de momento.

Unos minutos más tarde, el *sheriff* se llevaba en su coche a Thurgood, en compañía de Gasper y Manny, para entregarlos a la justicia.

El *sheriff* Tait regresó al rancho aquella misma tarde, a última hora. Tío Harry y Magdalena habían estado en Hambone para recuperar el vehículo de la señora Macomber. Ahora, la viuda se hallaba sentada en el cuarto de estar de Osborne, con una taza de té en las manos.

—¿Y bien? —dijo, al ver al *sheriff*.

Tait obsequió con una sonrisa a la mujer, a Allie y a los Tres Investigadores.

—Estabais en lo cierto, muchachos. Los dos bribones se confesaron autores del atraco al coche blindado, cometido hace cinco años. Bueno, ésa es una más entre sus muchas hazañas. Están reclamados por otros cuatro Estados, por otras acciones delictivas. Su situación no mejorará precisamente con la acusación de secuestro que formularemos.

Tal como vosotros os figurasteis, Gilbert Morgan formaba parte

de la pandilla.

—¿Y qué hay sobre el canalla de Thurgood? —inquirió la señora Macomber.

—Está esperando la llegada de su abogado. Le va a hacer falta. Pedimos sus huellas dactilares a Washington por telégrafo. Creo que es un profesional del delito y que tiene un buen historial. Acerca de esta gente todo acaba por saberse, por listos que sean. Por supuesto, no es Thurgood. Me he puesto en comunicación con Los Ángeles, hablando con el auténtico Wesley Thurgood.

—Nada más verlo presentí que era un farsante —alegó Allie—. Vosotros debierais haberme hecho más caso, especialmente después de mentir al afirmar que su coche antiguo fue utilizado en *Los cazadores de fortunas*.

—Eso ya pertenece al pasado —dijo el *sheriff*—. Lo interesante es que he conseguido una orden de registro. Pienso inspeccionar todo lo suyo.

—¿Busca usted más pruebas? —preguntó Bob.

—Sí. ¡Y también busco un cuarto de millón de dólares!

El *sheriff* hizo una pausa, calibrando tranquilamente el efecto causado por sus últimas palabras. Luego, añadió:

—Según Manny Ellis y Gasper, cuyo verdadero nombre es Charlie Lambert, en el atraco de Phoenix participaron también Gilbert Morgan y una mujer llamada Hannah Troy. Ésta condujo el coche de los fugitivos. Se encuentra en prisión ahora, pero probablemente será traída aquí. Todos se trasladaron directamente a Lordsburg, alojándose en un motel situado en las afueras de la población. Al día siguiente de su llegada Morgan les dio el esquinazo, huyendo con todo el botín,
¡250 000
dólares! Ellis y Lambert no volvieron a saber de Morgan hasta el día en que su cadáver fue hallado en la mina. Se presentaron aquí figurándose que en este lugar estaría el botín aún, opinión que yo comparto…

—Sin embargo, Thurgood pudo encontrar ese dinero ocultándolo en alguna parte… —arguyó Pete.

—Eso no es probable —objetó Jupe—. De haber encontrado el botín, ¿por qué continuar aquí, corriendo peligros al «cebar» su mina? Consideremos la situación… Tras el hallazgo del cadáver de

Morgan, estos parajes se llenaron de curiosos. El *sheriff* Tait se dejaba ver a cada paso. Thurgood se buscó sus dos trabajadores mejicanos, haciéndose visitar por los inversionistas en perspectiva, e hizo explotar algunas cargas de dinamita… De haber encontrado los 250 000
dólares se habría limitado a cogerlos y a desaparecer de aquí cuanto antes.

—Yo me figuro que el dinero sigue aquí —dijo el *sheriff*—, escondido en alguna parte. ¿Dónde? Me consta que no se encuentra concretamente en la mina, puesto que yo exploré detenidamente la misma tras el hallazgo del cadáver de Morgan. Puede ser que Morgan escondiera el botín en alguno de los viejos edificios… Ya se hallaban abandonados entonces.

—¿No pensaría en alguna de las casas de la señora Macomber? —propuso Allie.

—¿Por qué no nos dedicamos a buscarlo? —preguntó Pete—. ¡Un cuarto de millón de dólares!

El grupo empezó a actuar inmediatamente. En primer lugar, su atención se concentró en las casas de la viuda. En una de ellas encontró Harrison Osborne el machete sustraído por Gasper, oculto bajo un sofá. Pero del dinero ni rastro… Inspeccionaron todos los rincones de la estructura que albergara los talleres, así como la cabaña de Wesley Thurgood. Hicieron lo mismo con las restantes construcciones. Sólo dieron con registros de cuentas bancarias y listas de nombres y señas, relacionadas con los asociados en ciernes de Thurgood. No vieron nada que pudiese referirse al escondite del buscado cuarto de millón de dólares.

—Sólo nos queda una probabilidad —dijo Jupe, extendiendo el brazo para señalar el pajar de tío Harry—. Esa estructura estaba aquí hace cinco años, a la llegada de Gilbert Morgan. Gasper intentó explorarla, pero nosotros lo asustamos, obligándole a huir. Vamos a probar suerte en el pajar ahora. Y si ahí no hay nada tendremos que pensar que enterró el dinero o que lo escondió en otro sitio.

Como escondite, el pajar parecía ofrecer muy escasas condiciones. Las paredes de la construcción eran simples tablones sostenidos por gruesas estacas. El piso era de tierra batida. Allí no había más que polvo y telarañas. Allie se encaramó al viejo modelo T y miró aquí y allí, sin mucho entusiasmo.

—Es posible que Morgan no llevara consigo el dinero al llegar a Twin Lakes —consideró.

Dejóse caer sobre uno de los asientos del automóvil, moviéndose sorprendida a un lado y a otro.

—Este asiento está suelto —declaró.

—¿Suelto? —preguntó Jupe—. Sal de ahí, Allie.

La chica se plantó de un salto en el suelo.

Pete y Jupe levantaron rápidamente el asiento en cuestión.

—¡Aquí está, por fin! —exclamó Jupe, alegremente.

El *sheriff* Tait se acercó a los Investigadores. En el espacio bajo el asiento había unas cuantas docenas de paquetes envueltos en plástico. El *sheriff* cogió uno de ellos, abriéndolo. Contenía un puñado de billetes de veinte dólares. Los billetes estaban tersos; eran nuevos, como si nadie los hubiera tocado nunca.

—¿Cuánto tiempo tardará uno en contar 250 000 dólares? —dijo Pete.

—Creo que se llevará bastante esta tarea —manifestó el *sheriff* Tait—. ¡Me propongo contarlos sin prisas!

CAPÍTULO 21

# *Un recuerdo para el señor Hitchcock*

Cuando los Tres Investigadores entraron en el despacho de Alfred Hitchcock, varios días después de su regreso a California, el famoso director de cine contempló sus rostros con una maliciosa sonrisa.

—Me dijisteis que habíais estado en Nuevo México, cuando hablamos por teléfono, dedicados a la tarea de podar árboles —recordó—. Puesto que expresasteis el deseo de verme lo antes posible, supongo que lograsteis hacer de vuestro prosaico trabajo veraniego una interesante aventura.

Bob sonrió a su vez, poniendo en manos del director de cine una carpeta.

—¡Ajá! —exclamó el señor Hitchcock.

Pausadamente, leyó las notas redactadas por el Investigador sobre los acontecimientos relacionados con la Mina Mortal. Finalizada la lectura, dirigió una mirada de reproche a Jupiter Jones.

—Supongo que te sentirás avergonzado —dijo—. ¡Mira que sospechar de la señora Macomber! A propósito… ¿donde estuvo la inocente viuda entre el día en que abandonó el establecimiento de Phoenix y aquel de su aparición en Twin Lakes? Además, ¿de dónde sacó el dinero necesario para comprar su propiedad?

—Lo heredó —manifestó Jupe—. Tenía una tía ya muy entrada en años, que se puso enferma de pronto y la llamó a su lado. Dejó la tienda sin previo aviso porque se trataba de algo muy urgente. Además, le desagradaba profundamente la mujer que regentaba entonces el establecimiento y no quiso molestarse en darle explicaciones. Entre mayo y septiembre estuvo en El Paso, cuidando a su tía. La tía falleció, dejándole cuanto poseía.

El señor Hitchcock hizo un gesto de asentimiento.

—Resulta estimulante ver que la virtud siempre es

recompensada. Tengo la impresión de que la señora Macomber es una mujer encantadora, de una gran rectitud. Ya sé que se recobró rápidamente de su ingrata experiencia de la mina. Me imagino que el hombre que decía apellidarse Thurgood habrá comparecido ante la justicia.

—Se han formulado contra él varios cargos —explicó Jupiter—. Se trata de un experto timador, como ya sospechara el *sheriff*. Su verdadero nombre es John Manchester. Se había especializado en esta clase de estafas, operando siempre con valores públicos, acciones de empresas, etcétera. Entre sus clientes figuraban hombres acaudalados de Dallas. Manchester trababa relación con ellos en un club elegante, haciéndose pasar por Thurgood. A algunos logró convencerles de que había dado con un rico filón de oro en la Mina Mortal. Se valió de documentos falsos para establecer su identidad adoptada ante tío Harry y un banco de Lordsburg. Tales papeles le sirvieron para tratar con los incautos que fueron a visitar su mina.

»Manchester invirtió poco dinero en este asunto. Pagó a Harrison Osborne mil dólares por su propiedad y firmó un documentos por el que se comprometía a abonarle veinticinco mil más en diversos plazos. Jamás pasó por su cabeza la idea de llegar a pagarlos. Pensaba quedarse con el dinero que pudiera sacar a sus víctimas, liquidar su cuenta bancaria y desaparecer. Siempre ha procedido así en otras ocasiones.

Bob fue el que habló a partir de aquí.

—Esta vez, sin embargo, tropezó con la señora Macomber —dijo —. Tras haber acusado a Manchester de farsante, el hombre la obligó a bajar al pozo y se llevó su coche a Hambone. Lo abandonó y regresó a Twin Lakes a pie. Quiso que la gente pensara que la viuda se había ausentado para tomarse unas vacaciones. Por eso preparó su maleta también. No creemos que se propusiera dejarla en la mina indefinidamente, ni que quisiera causarle algún grave daño. Simplemente, necesitaba un poco de tiempo para redondear su timo de la mina. Pero los acontecimientos se precipitaron… ¡Manny y Gasper se ocuparon de eso!

—¿Qué hay de los mejicanos? —inquirió el señor Hitchcock—. Me figuro que no formaban parte del plan.

—En efecto —replicó Jupe—. Manchester necesitaba disponer

de unos trabajadores para dar la impresión de que estaban extrayendo mineral de la mina. Les hizo levantar la cerca y que empezaran a pintar la cabaña. Todo el mundo creería así que pensaba quedarse en Twin Lakes. Esos hombres habían entrado aquí ilegalmente. Por eso no querían hablar con nadie, cosa que se acomodaba a los deseos de Manchester.

—Para ellos esta historia ha tenido un final feliz —declaró Bob—. Tío Harry se puso al habla con las autoridades. Arreglados sus papeles, se quedarán en Twin Lakes, dedicándose a la poda de los árboles. Magdalena, por otra parte, se ha hecho cargo del perro, que ha engordado bastante, tornándose tan manso como un cachorro. Actualmente duerme al pie de su cama.

—Un caso muy interesante —comentó el director de cine, recostándose en su asiento—. ¡Lástima que no haya quedado del todo aclarado!

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Pete—. ¡Nosotros lo hemos resuelto!

—En sus facetas más importantes, sí, desde luego —repuso el señor Hitchcock—, pero a mí me parece que nunca se sabrá con exactitud qué pasó cuando Gilbert Morgan se presentó en Twin Lakes hace cinco años, ni por qué escondió el botín del atraco en el viejo «Ford».

—Es verdad —convino Jupiter—. Puede ser que Morgan viera en el viejo automóvil sólo un escondite provisional, entrando seguidamente en la mina para buscar otro más seguro. ¿Estaba vivo todavía cuando fue la mina cerrada, o había muerto ya? Nunca lo sabremos. Sí, estamos convencidos de que Manchester encontró el cadáver tan pronto abrió la mina. Probablemente planeaba volar el pozo… No le interesaba atraer la atención de las autoridades sobre su persona, lo cual hubiera sucedido nada más revelar el hallazgo. No es de extrañar que se pusiera tan furioso cuando sorprendió a Allie en sus dominios.

»Debo añadir que por el hecho de no ser la Mina Mortal una mina como las demás, le hemos traído un recuerdo relacionado con ella.

Jupe entregó a Alfred Hitchcock una pequeña piedra, que éste examinó con interés.

—¡Un trozo de mineral de oro! —exclamó a continuación—.

Muchas gracias. Lo aprecio en lo que vale. No todos tienen la suerte de poseer una piedra así, con unas anaranjadas flores de azahar grabadas en ella…

—Allie tiene también una —declaró Pete.

—Yo diría que se la ha ganado.

—Es cierto. Es una chica despierta, dotada de buenos instintos. Quiero decir que parece conocer a la gente. Ahora, es tan… tan…

—¿Enérgica, impulsiva? —propuso el señor Hitchcock.

—Pues sí. Pero también podría decirse de ella que resulta tan poco cómoda como… como un calcetín lleno de hormigas.

FIN



MARY VIRGINIA CAREY. (New Brighton, 1925 - California, 1994) fue una escritora conocida principalmente por sus novelas juveniles, muchas de ellas para la Factoría Disney, adaptando películas como «Mary Poppins» o «Merlín el encantador», y también por las series de libros «Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores», con los que consiguió un gran éxito internacional. Nacida en Inglaterra, el mismo año de su nacimiento su familia emigró a los Estados Unidos. Asistió a la universidad de Mount St. Vincent en Riverdale (Nueva York) y terminados sus estudios, empezó a trabajar como periodista. En 1955 obtuvo la ciudadanía estadounidense. Ese mismo año se unió a la Walt Disney Productions, donde trabajó durante catorce años como escritora. Fue miembro de la asociación de escritores PEN y de la Mystery Writers of America.

Hasta su muerte en 1994, Mary Virginia Carey vivió en Ventura, California.

## *Notas*

[1] *Twin Lakes* quiere decir «Lagos Gemelos». (N. del T.) <<

[2] Este caballo ya apareció en el volumen 17 de la serie, titulado *Misterio de la serpiente susurrante*, con el nombre de *Reina India*. Se ha mantenido el nombre de *Rey Indio* por figurar así en la edición impresa. (Nota del E.D.) < <